
Dangerous
GAMES
CORRUPT BLOODLINES
LYDIA HALL

DANGEROUS GAMES (SPANISH EDITION)

LYDIA HALL

Copyright © 2026 por Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto por el uso de citas breves en una reseña del libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Dominic
2. Nanette
3. Dominic
4. Nanette
5. Dominic
6. Nanette
7. Dominic
8. Nanette
9. Dominic
10. Nanette
11. Dominic
12. Nanette
13. Dominic
14. Nanette
15. Dominic
16. Nanette
17. Dominic
18. Nanette
19. Dominic
20. Nanette
21. Dominic
22. Nanette
23. Dominic
24. Nanette
25. Dominic

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Rico, poderoso, cruel, mayor y dominante. Soy todo lo que ella odia... y todo a lo que no puede resistirse.

Nanette Slater es la hermana de mi nuevo sicario. Por desgracia para la guapa morena, su hermano no es bueno en su trabajo, lo que significa que Nanette acaba secuestrada y en mi cama…

A menos que cumpla su promesa, me quedaré con su hermana. No es que me queje.

Es bastante irresistible a pesar de la diferencia de edad, y cuanto más tiempo pasa en mi casa, más difícil es resistirse a sus curvas prohibidas. Después de todo, soy un hombre… Un hombre al que su hermano desprecia. Pero no voy a dejar que eso me detenga.

Puede que el hermano de Nanette piense que soy un criminal bueno para nada, pero ella toma sus propias decisiones. Y en cuanto salga a relucir mi naturaleza dominante, la pobre y guapa Nanette va a enamorarse de mí.

Perdidamente.

DANGEROUS GAMES (SAPNISH Edition) es el primer libro de la serie The Corrupt Bloodlines. ¡Esta novela de romance

oscuro, sensual y retorcido *no* se corta con el picante!

1

DOMINIC

Estoy sentado en mi coche vigilando la casa. Él está allí dentro con su hermana, una unión que no interrumpiré por ahora, siempre y cuando haga lo que le digo. Pero no esperaré mucho. Los hombres como Jimmy Slater tienen muchas habilidades pero poca lealtad, y si intenta poner pies en polvorosa, estaré en un buen aprieto. Así que me veo obligado a vigilar su minúscula casita de estilo artesanal y esperar a que esté desocupado. He hecho esto un par de veces; cada vez su hermana está aquí, y Dios sabe lo que ella está intentando decirle o lo que él le ha contado.

La puerta se abre y sale la morena de piernas largas. Sus rizos caen alrededor de su cuerpo delgado y con curvas. Es inusual. Normalmente lleva el pelo recogido, pero hoy puedo disfrutar de ella en todo su esplendor. Se queda en el escalón superior mirando a su hermano y yo admiro ese culo suyo, firme y respingón, como si saliera a correr o algo así. No ayuda el hecho de que lleve tacones y unos vaqueros tan ajustados que parecen pintados.

Mi polla late con solo mirarla. Está de rechupete y yo soy un hombre hambriento. Le daría un bocado en cualquier momento, pero ahora mismo no puedo distraerme. No con los problemas a los que me enfrento. Y más vale que Jimmy cumpla conmigo, o tal vez acabe

encontrando la manera de cobrarme mi merecido postre con un poco de guinda en el pastel. Nanette Slater podría ser justo la guinda que estoy buscando.

Se da la vuelta, baja las escaleras y mira directamente hacia mi coche. Sé que no puede verme; los cristales están demasiado tintados. Pero tiene el ceño fruncido. Me pregunto si Jimmy le habrá contado en qué anda metido, pero es listo. Le he amenazado lo suficiente como para que sepa lo que le conviene. Mis asuntos son privados y no suelo tener que repetir las cosas dos veces. Lo que le he contratado para hacer es incluso más peligroso que un encargo normal, y he seleccionado al mejor sicario de la ciudad que no forma parte de la familia.

Cuando Nanette está a más de una manzana de distancia, salgo del coche y me abrocho el abrigo. La pieza convenientemente enfundada en mi cadera derecha es discreta. Nadie sabría que está ahí si yo no lo digo. Pero Jimmy lo sabrá. Él sabe quién soy y de lo que soy capaz.

El vecindario está tranquilo; lo único que oigo es el sonido de un cortacésped a lo lejos y el pío de algunos pájaros. Jimmy no me espera, aunque al menos debería tener algo que informar. El trabajo no debería llevar tanto tiempo. Le he dado acceso a todos mis recursos; a los leales, al menos. Y tiene fondos ilimitados, cortesía de mi tarjeta de crédito. No hay razón para que se ande con estos rodeos.

Hundo el dedo en el botón del timbre y oigo el sonido al otro lado de la puerta. Luego cruzo las manos frente a mí con naturalidad y espero. El olor a orina de gato me llega a la nariz y me repugna. Al menos podría baldear el porche si no va a ahuyentar a los callejeros. Jimmy tiene unos hábitos de higiene pésimos en lo que respecta a los animales.

La puerta se abre de golpe y él tiene la cara enterrada en el móvil. —¿Qué pasa, Nan? ¿Te has olvidado algo? Sus ojos suben hasta

encontrarse con mi mirada y se abren de par en par. — Oh… Dom, hola, amigo. Yo, esto… tengo…

—Quite —le digo, y cruzo el umbral. Él retrocede hacia el interior de su casa asustado, como debe ser. Está tardando demasiado y lo sabe—. Cierre la puerta. Entro en su salón y me pongo directamente debajo de la lámpara montada en el centro del techo. La vieja alfombra amortigua mis pasos sobre los tablones de madera, pero los pies de Jimmy, en calcetines, no hacen ruido. Un asesino entrenado no hace ruido al moverse; así fue como supe que Jimmy era bueno en la primera entrevista.

—Esto, Dom, yo es que… Lo siento. Me he retrasado y…

—Cállate —. Miro alrededor de la habitación. Todo está como la última vez que vine. No es un maníaco del orden, pero tampoco un guarro, excepto por los gatos callejeros del porche. Aunque la vieja casa ha visto días mejores, un problema que Jimmy podría remediar si terminara este trabajo. Le espera un pago más grande de lo que jamás ha soñado. —Dígame qué tiene.

Su comportamiento quejumbroso es repugnante. Habla en círculos, soltando cosas que ya me dijo la última vez. — Todo el dinero remite a una cuenta en el extranjero. Los pagos van a alguien llamado Henry Watts. Es un hombre de medios, exmilitar. No estoy seguro…

—Déjese de chorradas, Jimmy —. Mi voz lo sobresalta y da un respingo. A estas alturas ya habrá descubierto la verdad sobre mi identidad. Nunca he intentado ocultarla; simplemente no la anuncié antes de que aceptara el trabajo porque los hombres como él no suelen meterse en la cama con los de mi clase. Al menos no por voluntad propia.

—Dom, por favor, tienes que entender que si hubiera sabido que eras de la Bratva habría rechazado este trabajo. No soy capaz de esto —. Se mete el móvil en el bolsillo y niega con la cabeza, lo cual despierta mi mal genio. No le conviene despertar mi mal genio.

—¿Qué ha dicho, Jimmy? Creo que ha dicho que no iba a hacer lo que me dijo que haría. Ahora, si no recuerdo mal, ya le he dado una compensación bastante buena. Acceso a cada pizca de información que tengo. Fondos ilimitados. El poder incluso de hacerme daño. ¿Y ahora se echa atrás? —. Doy un paso hacia él y se encoge, levantando las manos en actitud defensiva.

—Dom, por favor. No tiene por qué acabar así, ¿vale? Te juro que no diré ni una palabra —. Sacude la cabeza mientras retrocede contra la pared y yo avanzo hacia él lentamente, un monstruo cazando a su presa.

—Sabe que esto no funciona así, Jimmy. Es un hombre inteligente. Ya debería haberlo deducido —. Me desabrocho el abrigo y saco mi Smith & Wesson; Jimmy literalmente gime. Qué puto cobarde. ¿Y se hace llamar sicario? — Ahora, se supone que debe darme resultados. Necesito saber quién encargó el asesinato y quién lo va a ejecutar. Tiene tres días para averiguarlo, o va a acabar muy mal conmigo.

—Dom, oye — dice con voz temblorosa —. Mira, amigo, no soy tan bueno. Como poco necesito dos semanas, esto es un asunto peliagudo. No puedo decirte cualquier cosa; tengo que tener la verdad. Eso es lo que quieres, ¿no? Hechos.

Introduzco una bala en la recámara y me inclino para asegurarme de que me oye cuando digo: — Tres días, Slater.

—Eso es una locura. No puedo hacer el…

El arma se dispara justo al lado de su oreja, lanzando una bala a través de la pared que termina incrustada en el muro del otro lado de la cocina contigua. Sin duda encontrará un agujero en el revestimiento de la parte trasera de la casa. Él hace una mueca, tapándose el oído y gritando. —Tres días, Jimmy, o tal vez tengamos que charlar sobre cómo redactar su testamento.

—¡Joder! ¿Por qué has hecho eso?

—Considérelo un recordatorio amistoso de que es mío. Está en mi nómina, lo que lo hace tan culpable como yo. ¿Quiere echarse atrás? Bueno, yo limpio todos mis desastres. No dejo cabos sueltos.

—Dios, Dominic, tienes que entender que yo también tengo familia. No puedo verme envuelto en este lío. Quiero una vida buena —. Está ocupado frotándose el oído que le pitaba cuando descargo la culata de mi pistola con fuerza sobre su hombro, y cae de rodillas.

—Su familia agradecerá que sea un hombre trabajador en cuanto termine este trabajo y me dé lo que quiero. Debería haber hecho los deberes antes de aceptar el encargo. Ahora tiene tres días para terminarlo, o...

—¡Lo sé, lo sé! — grita, lo cual es un error. Mi pie conecta con su estómago y se hace un ovillo.

Con mi mensaje enviado, salgo por la puerta principal como si nada hubiera pasado y camino hacia mi coche. Al menos hace un día agradable. El sol brilla y tengo otros asuntos que atender. Así que, cuando me subo al coche, me dirijo directamente de vuelta a la oficina; mi pequeño trozo de cielo en la parte trasera de la librería. No puedo evitar que mis ojos se detengan en el culo de Nanette al pasar junto a ella, que ya está a varias manzanas de distancia y sigue caminando. Me da la idea de llevármela por las malas y darle placer en la parte trasera de mi coche, pero los negocios son lo primero.

Llego a la librería y aparco en mi sitio habitual. Los chicos me están esperando, estoy seguro. Debería haber llegado hace una hora, pero Nanette se tomó tanto tiempo haciendo lo que quiera que fuera con Jimmy que no tuve otra opción. En cuanto entro, me bombardean a preguntas. Estos tíos son peores que una jauría de chihuahuas ladradores.

—Mira, llevamos una hora esperando. ¿Qué demonios ha pasado?

—Sí, jefe, viene un cargamento y necesitamos su firma en el papeleo o…

—Callaos — les espeto, guiándolos a mi despacho. Enciendo las luces y me siento tras mi escritorio. Nadie me mete prisa y nadie me dice cómo hacer mi trabajo. Aparte del hecho de que no puedo decirles ni una palabra sobre Jimmy Slater ni sobre la tarea que le he encomendado. Este es un trabajo interno; sé que eso es verdad, y no tengo los medios para olfatearlo por completo yo solo. El problema es que no sé en quién confiar, quién es leal. — Sentaos.

Nick y Leo se sientan frente a mí, ambos con cara de pocos amigos, pero no me importa. Aquí mando yo y ellos hacen lo que yo diga. Nick cruza una pierna sobre la otra y se inclina hacia atrás como si fuera el dueño del local, y Leo sacude la cabeza, altanero y a punto de que le bajen los humos. Desenfoundo mi arma, guardada a buen recaudo después de casi dejar sordo a Jimmy, y la pongo sobre el escritorio. Eso los obliga a ponerse serios y parecen menos hostiles.

—Las armas llegan mañana. ¿Quién se encarga de ese cargamento?

—Hemos oído que va a ser el mismo tipo que la última vez —. El informe de Nick no me agrada, pero no me sorprende. El traficante de armas armenio con el que trabajamos se ha vuelto descuidado y no se puede confiar mucho más en él.

—Pongan entonces a tres hombres extra. No podemos permitirnos un fallo. Y Leo, le quiero en la azotea. Ponga la mira del rifle en el camión. Si algo sale mal, reviente primero los neumáticos. Si no se detiene, apunte a su frente —. Leo asiente; comprenden mis instrucciones y sé que las cumplirán, incluso si son parte del problema aquí. —Ahora, ¿dónde está el papeleo?

Nick mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un fajo de papeles doblados. Los cojo y los desdoblo para ver que el pedido de setenta rifles AR está en orden. Garabateo mi nombre en la parte inferior y le devuelvo los papeles; él se los vuelve a meter en el bolsillo. Esto ya me cansa, y estoy listo para ascender, dejar que mi

hermano Sven se haga cargo de esto para que yo pueda hacer el trabajo real de dirigir esta familia, pero solo una vez que le haya demostrado mi valor a mi padre.

—Fuera — les digo, listo para rumiar mi cabreo con Jimmy. Se escabullen como ratoncitos asustados. Yo me recuesto en mi silla y escucho el clic de la puerta al cerrarse. Alguien en mi organización ha contratado a un hombre para matarme. No estoy seguro de si es Nick o Leo. Por lo que sé, incluso podría ser uno de mis hermanos. Cada uno tiene un motivo: desbancarme como el próximo Pakhan para poder arrebatarme mi trono legítimo, aunque no sospecho realmente de ninguno de los cuatro.

Me pellizco el puente de la nariz, dejando escapar un profundo suspiro. Este estrés no es ni de lejos tan malo como algunas de las situaciones en las que he estado antes, pero está ahí arriba, y lo único que me quita la tensión es un buen polvo. Lástima que Nanette Slater esté un poco fuera de mi alcance por el momento, pero si Jimmy no juega bien sus cartas, puede que tenga que utilizarla como moneda de cambio. Se vería muy bien doblada sobre el borde de mi escritorio o abierta de piernas en mi cama. Y solo de pensarlo, la polla se me pone dura.

Saco el móvil y paso las fotos que hice mientras esperaba a Jimmy las últimas veces que aparecí por su casa. Nanette sale en todas y cada una de ellas, aunque algunas me llaman más la atención que otras. Como esta en la que lleva una minifalda ajustada. Se le cayó algo y tuvo que agacharse para recogerlo, y al hacerlo, vislumbré las bragas negras que llevaba.

Aunque sin duda merece la pena recrearse la vista con Nanette, ella es más valiosa. Jimmy tiene una debilidad por ella. Lo he visto con mis propios ojos. Ella le riñó por no alimentar a los callejeros y ese mismo día él quitó el plato de comida del porche delantero. Tal vez podría usar esa debilidad en su contra, obligarle a cooperar conmigo y quizá disfrutar también de algo que deseo de forma adicional.

Ahora mismo, Jimmy es un lastre. Sabe demasiado sobre mí y mi organización. Si se fuera de la lengua, yo caería, así de simple. Necesito una garantía de que va a hacer lo que le digo, y Nanette podría ser justo lo que necesito. En el momento en que apriete ese gatillo, será tan culpable como yo, y con eso es con lo que cuento. Una vez que lo haga, estará acabado. Caería tan hondo como yo si nos delatara. Y tal vez Nanette sea lo único que lo obligue a terminar lo que empezó.

Una cosa es cierta: tengo que desenterrar al topo y protegerme o no quedará nada de la organización. Al menos, no como es hoy. Mi vida depende de ello, y también mi posición en esta familia, y sé que Jimmy Slater es el único hombre que puede hacer esto. Con mi ayuda, por supuesto. Y tal vez con un pequeño empujón de la diosa a la que llama hermana.

2

NANETTE

No puedo creer el hematoma de un color lila oscuro que tiene Jimmy en las costillas. Quienquiera que haya hecho esto lo va a pagar. El corte que le han dejado con la punta de una bota es tan profundo que debería haber recibido puntos, y me pregunto si llevaría una cuchilla fijada para hacerlo a propósito. Chasqueo la lengua y suspiro. Debería haber ido a urgencias.

—Jimmy, esto es una locura. ¿Quién te ha hecho esto? —La herida tiene un rojo intenso, está llena de pus y bordeada por el blanco puro del hueso.

Sumerjo el trapo en el agua y lo saco con un tirón firme. Las burbujas bailan por los lados y desaparecen en el vapor. El agua está casi hirviendo y el trapo está empapado en sangre de un rojo oscuro. En cuanto le pongo el trapo encima, grita y me lo arranca, salpicando el agua por el suelo.

—¡Joder, eso duele! ¿Puedes tener cuidado? —me espeta Jimmy, pero esto es por su propio bien. Si esto se infecta, lo lamentará.

—Deberías habérmelo dicho cuando pasó. —El agua del cuenco ya está tan sucia con su sangre seca que necesitaré agua limpia para terminar de curarlo.

—Solo vas a reabrir la herida. —Jimmy se aparta de mí y coge el cuenco. Vacía el agua y, cuando agarra el paño, intento retenerlo un momento, pero él es más fuerte que yo—. Dámelo, Nan. Ya lo hago yo.

Cedo, soltando el trapo, y lo miro limpiar la piel sensible de su caja torácica hasta que desaparece la sangre. El corte no es tan grave como pensaba, aunque sigo creyendo que necesita puntos. También le quedará cicatriz, pero no será tan mala como la que recorre el lado izquierdo de su cuerpo. Esa todavía habla hoy de los horrores por los que pasamos.

Vuelve a sentarse a mi lado a la mesa de la cocina y extiendo pomada antibiótica sobre la herida; luego aplico un vendaje de gasa grande, rodeando todo su cuerpo para que no se suelte. Cuando termino, me echo hacia atrás y contemplo mi obra maestra. No soy enfermera, pero eso al menos debería evitar que se infecte.

—¿En qué te has metido esta vez? —Me reclino en la vieja silla de metal. El vinilo verde está roto, evidencia de una vida mejor en algún momento. Jimmy es un hombre pulcro, pero se aferra al pasado. Estas sillas en concreto estaban en casa de mis padres antes de que fallecieran. Tenía que tenerlas, decía que guardaban recuerdos. Yo digo que hay que tirarlas como el pasado: olvidado y para nunca ser recordado. Nunca he entendido cómo algunas personas tienen recuerdos cariñosos y anhelan el ayer. Mi ayer es tan seductor como un gulag ruso.

—No es nada, ¿vale? Solo tienes que mantenerte al margen de esto. —Se pone una camiseta por la cabeza y luego se peina con los dedos. Esconde algo, y probablemente sea peligroso. Hace esto cuando ha cruzado una línea. Quiere protegerme, pero no puede. Siempre acabo enterándome y muchas veces tengo que ayudar—. Sé lo que estás pensando, Nanette, y esta vez no. Te vas a quedar lo más lejos posible de esto. Probablemente deberías irte antes de que...

La puerta principal se cierra de golpe y Jimmy se sobresalta. Traga saliva y veo el miedo en sus ojos, lo que hace que mi corazón también se acelere. Se yergue un poco más mientras oímos unos pasos fuertes que bajan por el pasillo. Me levanto, con la esperanza de interceptar al visitante no deseado y echarlo, pero antes de llegar a la puerta de la cocina, el hombre ya está aquí, alzándose sobre mí. Sus hombros anchos llenan el umbral y no hay sitio para que yo pase a su lado. Los brazos del hombre parecen de acero mientras me bloquea el paso.

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha entrado así? —Me planto con los brazos cruzados sobre el pecho con indignación y él me dedica una media sonrisa, como si yo fuera una pulga en el lomo de un perro. Es intimidante, pero, guau, también es muy atractivo. No sé si desmayarme o defender a Jimmy. El hombre es alto y corpulento, su cuerpo está hecho de crestas y valles con cúmulos de músculo en todos los lugares adecuados. Su pelo es un desorden de ondas castañas oscuras. Aunque está lejos, todavía puedo oler su locura. Es sutil, dulce, tentadora. Va vestido todo de negro, y el único punto de color es el escarlata de sus labios cuando me frunce el ceño. Tengo el presentimiento de que este es el cabrón que le dejó la marca de la bota.

—Domestica a tu perra, Jimmy, antes de que la mande a la fábrica de salchichas. —La voz del hombre es aterciopelada y suave, un barítono profundo que resuena en mi interior. Me siento atraída por él a pesar de mi recelo. También me da un poco de miedo. Es enorme y es algo mayor que yo, quizá diez o quince años. Eso significa que tiene experiencia y, para Jimmy, eso puede significar problemas.

—Mire, Dom, es mi hermana. Ella no tiene nada que ver con esto. —Jimmy tiembla mientras se levanta. Me busca y me tira hacia atrás, y yo accedo de buen grado. Quiere defenderme; siempre lo ha hecho. Me coloca detrás de su espalda y ladea la cabeza mientras levanta las manos a la defensiva—. Puede dejar que se vaya antes de que charlemos. No hace falta que se involucre.

—Ah, bueno, Nanette es una mujer muy valiosa. No querríamos que ese hermoso rostro suyo se echara a perder. Pero tengo algunos planes para ella. —El hombre —¿Dom?— da unos pasos hacia el interior de la habitación y Jimmy se acobarda como un tonto. Yo no tengo miedo. Aparto a Jimmy de un empujón y me planto frente a él.

—Escuche, no sé a qué juego está jugando, pero Jimmy está fuera. Debería darle vergüenza. ¿Le hizo usted eso en el costado? Debería llamar a la policía.

—Contén a tu perra, Jimmy. Te lo advierto. —El hombre me mira desde arriba, con unos ojos intensos clavados en los míos. Por dentro estoy tan asustada como Jimmy, pero ya he lidiado con tipos de su clase antes y por aquel entonces era débil. Me niego a ser débil. Me niego a acobardarme de nuevo.

—Nan, por favor. Deja que me encargue yo de esto. —Siento las manos de Jimmy en mi espalda, intentando apartarme, pero no retrocedo.

—¿Quién se cree que es?

—Nanette, este hombre de aquí atrás debe de quererla muchísimo. —Dom es diplomático, imperturbable. No ha levantado la voz ni ha mostrado ni un ápice de ira. Algo me dice que podría haber agredido a Jimmy con la misma expresión apacible en el rostro y sin pestañear—. Es debido a ese amor por lo que creo que vas a ser mi mayor activo. —No se mueve, ni siquiera respira. Está tan quieto como una estatua y es el doble de duro.

El familiar temblor me recorre la columna al imaginar sus manos bajando por mis brazos, por mi cuerpo. El miedo de aquella noche me atormenta, pero no puedo dejar que eso me afecte ahora, no cuando Jimmy me necesita.

—¿Activo? —Miro a Jimmy, ahora nerviosa. ¿Qué querrá decir con eso?

—Jimmy, ¿ha hecho ya lo que le pedí? —Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras Jimmy gime su respuesta. Sea quien sea este hombre, tiene a Jimmy muerto de miedo. No hay agresividad en su mirada: es como un gato aburrido y arrogante que sabe que es la mayor atracción de feria conocida por el hombre.

—Eh, no. Dom, por favor. Solo han pasado tres días.

—Le dije que tenía un plazo de tres días. —Ahí está, el primer atisbo de ira. El más leve de los gruñidos asoma en el pecho del hombre y mis manos tiemblan tanto como la voz de Jimmy.

—Dominic, por favor, deje a Nan fuera de esto. Deje que se vaya. Podremos hablar cuando ella se marche. —Jimmy consigue apartarme de Dominic y me alegro de que lo haga. No tengo ni idea de lo que está pasando ni de qué trabajo se supone que Jimmy tenía que hacer para este hombre, pero ahora temo por él. Este tipo dobla el tamaño de Jimmy y también es rico, por lo que parece. Ese traje de Armani no ha sido barato, y el Rolex tampoco.

—¿Y si Nan viniera a quedarse conmigo un tiempo? ¿Quizá como un pequeño seguro de que vas a hacer bien el trabajo?

Eso no suena a sugerencia. El tono de su voz es siniestro, maníaco. Sus ojos me beben como un vaso de whisky barato. Nunca un hombre me ha mirado así y no estoy segura de si me disgusta. Jimmy se interpone ante mí con los brazos extendidos como si levantara un muro. Su pequeño muro no detendrá a Dom, hasta yo lo sé. Nada detendría a este hombre si quisiera algo.

—No, Dom. Le juro que lo haré. Se lo juro. Solo necesito más tiempo, por favor. —Jimmy está suplicando ahora, arrastrándose como un idiota.

—¿Qué trabajo, Jimmy? —pregunto con la voz trémula. No estoy segura de querer saber la respuesta.

—No, no diga nada. —Jimmy sacude la cabeza con fuerza. Sé que es un sicario. ¿Qué podría ser peor que eso? No lo entiendo. Parece

aterrorizado de que yo descubra lo que está pasando, lo que solo hace que yo también tenga más miedo. ¿En qué se ha metido?

—Jimmy, eres un hombre inteligente. Ya te lo he dicho. Sabes cómo trabajo. No me ando con chiquitas ni juegos. —Dominic me tiende la mano, moviendo los dedos. Hay algo en ese gesto que me impulsa a actuar. Camino hacia él en contra de mi buen juicio, sin dejar de temblar—. Vamos, Nanette.

—Nan, no —suplica Jimmy. Me agarra del brazo y tira de él, pero la fuerza gravitatoria de este gigante que tengo delante me absorbe. Es aterrador pero devastadoramente guapo, todo a la vez. ¿Por qué me hago esto a mí misma?

—Está bien, Jimmy. Estaré bien. —Sé que si no voy, algo malo le pasará a Jimmy, algo peor que la marca de una bota en las costillas y un tajo. Y por mucho que Jimmy crea que ha sido mi protector durante la última década, he sido yo quien ha cuidado de él. Soy capaz de hacerlo—. Iré con usted, si promete no volver a hacerle daño. —Intento mantener un tono uniforme y la voz firme, pero se me quiebra.

—Oh, mira qué tierno, Jimmy. —Dominic sonríe, pero no es una sonrisa genuina de felicidad. Es siniestra, ¿incluso seductora?—. Ella te guarda las espaldas. Qué devastador sería perder un regalo tan preciado en tu vida. Está dispuesta a caminar sobre brasas por ti, a pesar de que tu vida no vale ni el par de botas que llevas puestas.

Me quedo boquiabierta y el hechizo se rompe. Este hombre no es encantador, es un capullo. Empiezo a retroceder, pero él me agarra de la muñeca y me atrae hacia su costado, donde no puedo moverme. Le empujo, gruñendo y arañando su traje caro. Quiero escapar. Quiero retirar mis palabras, pero Dominic es fuerte, demasiado fuerte.

—Cuanto más tardes, más tiempo será Nanette mía. Si tardas demasiado, será mía para siempre, o tal vez a uno de los dos os

suceda algún percance desafortunado. —Empieza a retroceder por el pasillo, apretándome contra su costado, y yo sigo forcejeando.

—Dominic, por favor. Podemos solucionarlo. No tiene por qué hacer esto. Por favor, no lo haga. —Jimmy nos sigue. Sus manos rodean mi muñeca y tira, pero no sirve de nada. Dominic no me soltará jamás. Tiene lo que quiere y no estoy segura de por qué soy yo lo que desea.

—Termina el trabajo, Jimmy. —Las últimas palabras de Dominic mientras me obliga a salir por la puerta principal vienen acompañadas de un gruñido. Está enfadado, y ahora estoy a solas con él. El vecindario está tranquilo, pero es plena luz del día. Si grito, alguien me oirá. Alguien se dará cuenta y llamará a la policía. Pero presiento que si hago eso, pasarán cosas malas. Siento la pistola enfundada a su costado, clavada en mis costillas por la presión de su brazo alrededor de mi cuerpo.

—No se saldrá con la suya —protesto mientras me mete en su coche. Empujo la puerta para que no pueda cerrarla, pero él simplemente me aparta para que no llegue a ella y la abre con facilidad—. Es usted un monstruo.

—Prefiero el término bestia, pero sí. Lo soy. Ahora suba al coche o Jimmy morirá. —Está cerca, demasiado cerca. Puedo oler el cuero de su chaqueta, la colonia que lleva. Puedo ver los músculos de sus brazos tensándose bajo la camisa.

Es increíblemente impresionante, y no lo digo por su aspecto. Me refiero a que hay algo tan cautivador y oscuro, algo que se supone que no debo ver, algo que no debería saber.

Sin embargo, su amenaza me hace recobrar la lucidez. Saboreo el miedo que me seca la boca, tan denso que apenas puedo tragar. Miro a mi alrededor, esperando que alguien haya visto esto, pero hoy no hay nadie fuera. Jimmy vive en un barrio demasiado bueno, demasiado tranquilo. Joder. Subo al coche por voluntad propia y me siento. Dominic me abrocha el cinturón y acciona el interruptor en el

hueco de la puerta para activar el cierre de seguridad para niños. Siento la presión del cinturón al tensarse alrededor de mi cintura. En cuanto la puerta se cierra, intento abrirla, pero no cede. Me late la mano y empiezo a sentirme mareada.

Cuando él sube al coche, mete la mano en el bolsillo y saca una tira larga de tela. Me la entrega al cerrar la puerta. —Toma, átate esto en los ojos.

Suelto un bufido y me niego a cogerlo. —¿Por qué?

—Póntelo, Nanette. No voy a pedirlo dos veces. —Su tono me indica que debería hacerle caso, aunque apenas creo que sea necesario. Me asusta pensar que podría estar llevándome a algún lugar lo bastante peligroso como para necesitar esta venda, pero me la ato alrededor de la cabeza, asegurándome de tener los ojos cubiertos.

—¿Adónde me lleva? —Me tiemblan las manos mientras aprieto el nudo y el coche empieza a moverse.

—Te llevo adonde llevo todas mis cosas valiosas: a un lugar seguro. Deja de hacer preguntas.

—No soy de su propiedad, ¿sabe? —Digo las palabras, pero sé que no son ciertas. Mientras esté con él, soy de su propiedad. Sé lo que espera. Un hombre como él también consigue lo que quiere, y bien podría ser yo su juguete con el que hacer lo que le plazca. La idea me aterroriza y me excita al mismo tiempo. ¿Por qué me excita eso? ¿Qué me pasa?

—Sí que eres de mi propiedad, mientras ese desgraciado de tu hermano retrase su trabajo.

Me enfurece. Quiero gritarle y hacerle ver lo abusivo que está siendo, que no puede tratar así a la gente, pero él está armado y yo no. Y algo me dice que no dudará en usar la pistola que lleva al cinto. Después de ver la herida en las costillas de Jimmy causada por la punta de la bota de este hombre, me muero de miedo de que haga algo aún peor la próxima vez. No puedo obligar a Jimmy a

hacer el trabajo, así que lo único que puedo hacer es seguirle el juego a este capullo y rezar para que Jimmy trabaje rápido.

—No va a volver a hacerle daño, ¿verdad? Quiero decir, me he ofrecido voluntaria para venir. Necesito saber que Jimmy estará a salvo. —Sueno estúpida, suplicando por la seguridad de mi hermano como si fuera capaz de negociar con este loco. Pero necesito que me asegure algo. Necesito saber que no le hará daño a Jimmy.

—He dicho que dejes de hacer preguntas.

Dominic detiene el coche, pero no me permite quitarme la venda. Abre mi puerta y me desabrocha el cinturón, luego me coge del brazo y me guía a algún lugar, subiendo unos escalones y cruzando una puerta. El aire huele a humedad, como si el lugar hubiera estado cerrado durante algún tiempo. También hace fresco; me estremezco y me froto los brazos.

—¿Dónde estamos?

Oigo sus pasos, luego siento sus dedos en la venda. La desata y, mientras cae y parpadeo para enfocar la vista, no puedo creer lo que veo. El lugar es una mansión, con imponentes y grandiosas escaleras enfrentadas a ambos lados de esta entrada maciza. El suelo de mármol refleja la lámpara de araña de cristal que cuelga encima. Las obras de arte de las paredes parecen caras, pero todo tiene una capa de polvo.

—¿Vive usted aquí? —Me he quedado boquiabierta; debo de parecer idiota. Pero este lugar es más elegante que cualquier casa en la que haya estado. Es más bien un castillo.

—Es mi hogar, sí, pero no me quedo aquí a menudo. Es... más seguro para usted. —Elige sus palabras con cuidado—. Vaya al segundo piso, tercera puerta a la derecha. Es su habitación. Hay un vestido sobre la cama. Póngaselo y esté lista para cenar a las seis. —Se da la vuelta como si fuera a marcharse y yo clavo los pies en el suelo. No voy a dejar que me den órdenes.

—Lo que llevo puesto está bien y no tengo hambre.

Dominic se vuelve de golpe con una mirada autoritaria. —Déjame recordarte, Nanette, que si no haces lo que te ordeno, puede que tu hermano no esté a salvo. —Su mano aparta el lateral de la chaqueta de su traje, revelando el arma enfundada allí.

—No me amenace. No puede pensar que voy a ser simplemente su esclava y a hacer lo que usted quiera. —Estoy indignada, negándome a jugar a esto. Estoy aquí, y sé que habrá cosas que esperará de mí, pero quiero poner todas las cartas sobre la mesa. No soy alguien a quien se pueda pisotear.

Ni siquiera responde. Simplemente marcha hacia mí y me levanta, cargándome sobre su hombro. Suelto un grito ahogado ante la repentina brusquedad con la que me maneja y me doy cuenta de lo increíblemente fuerte que es. Soy menuda, peso cincuenta kilos empapada, pero este tipo es puro músculo. Le golpeo la zona lumbar con los puños y grito. Es lo único que puedo hacer. Es demasiado fuerte para superarlo.

—¡Pare! ¡Bájeme!

—Pórtate bien, Nanette. —Me lleva escaleras arriba y por el pasillo mientras le grito improperios. Entra en una habitación oscura y me deja caer sobre la cama; un pequeño quejido escapa de mi boca al aterrizar con un fuerte rebote—. Cena a las seis. Ponte el vestido y estate lista.

Dominic sale y, cuando cierra la puerta, oigo el clic de la cerradura. Corro hacia ella y la golpeo, gritándole que vuelva, pero se aleja. Oigo cómo sus pasos sobre el suelo de mármol se desvanecen y me quedo encerrada en su castillo dándole vueltas a mis pensamientos.

Dios, Jimmy, haz el puto trabajo de una vez para que pueda salir de aquí y alejarme de este hombre exasperante.

3

DOMINIC

Miro mi reloj: las seis y cuarto. Nanette llega tarde a la cena a pesar de que he enviado a Mika a buscarla hace casi veinte minutos. Soy un hombre paciente, pero cuando la gente no hace lo que digo con prontitud, me enfado. Tamborileo con los dedos sobre la caoba pulida, tratando de mantener la compostura, pero estoy harto de esperar. Si Nanette no baja esas escaleras pronto, tendré que ir a buscarla y lamentará haberme hecho esperar.

Se cierra una puerta y espero verla entrar en el comedor mientras se oyen pasos que se acercan, pero no es Nanette. Mi doncella entra con una mueca en el rostro. Se inclina y asiente, esperando a que me dirija a ella, pero sé lo que va a decir. Nanette se niega a venir a cenar. Puedo verlo en sus ojos. Mika me tiene miedo, aunque no tiene motivos para temerme, pero es lo bastante sabia como para saber que soy de temer.

—Señor, no quiere venir —Mika vuelve a inclinarse, muy respetuosa, así que se lo agradezco.

—Gracias, Mika. Iré a ver si nuestra invitada accede a venir a cenar con mi persuasión —aparto la silla y me levanto, ajustándome la

corbata y abotonándome la chaqueta del traje—. Puede empezar a servir la cena. Solo tardaré un momento.

Ella me dedica una sonrisa forzada y vuelve a asentar, retrocediendo para salir de la habitación, y yo cruzo la puerta y subo las escaleras. Nadie que me conozca de verdad me pondría a prueba de esta manera, así que tengo que ser paciente con ella. No tiene ni idea de quién soy ni de lo que soy capaz de hacerle. Pero ya aprenderá, y solo hará falta una interacción. Hará lo que le diga o será castigada, solo que he reservado el tipo de castigo más dulce para una mujer como ella.

Me acerco a su puerta y llamo, pero no tiene el pestillo echado. Se abre con facilidad, así que la empujo más y entro. Nanette está sentada con aire despreocupado en el sillón junto al tocador, con una pierna cruzada sobre la otra. Está reclinada, leyendo una revista, y sigue llevando los vaqueros y la camiseta, no el vestido que le preparé. De hecho, ni siquiera veo el vestido por ninguna parte, y la habitación parece no haber sido tocada en absoluto, salvo por la revista que tiene en la mano en lugar de estar en la pila de la mesita de noche.

—La cena ha empezado hace... —consulto mi reloj de nuevo— diecinueve minutos. ¿Qué está haciendo?

Nanette levanta la vista hacia mí con una expresión seca y no dice nada. Sus ojos vuelven a la revista como si la estuviera aburriendo o hubiera interrumpido algo importante. Una de las cosas que más odio, además de que me desobedezcan, es que me ignoren. Me acerco a ella, le arrebato la revista de la mano y la estampo contra el tocador. Todo el mueble se sacude, el espejo tambalea y Nanette se endereza en su asiento.

—Estaba leyendo eso.

—Le estaba hablando —no me molesto en intentar controlar mi genio ni mi tono. Me inclino y la miro directamente a los ojos. Ella no

parpadea ni se amedrenta; ni siquiera se echa hacia atrás—. Vístase, ahora.

—No tengo hambre. Ya se lo he dicho antes —cruza los brazos sobre el pecho y me fulmina con la mirada, mirándome fijamente. Soy un toro que ve el color rojo, listo para embestir, y ella se queda ahí sentada sin dejarse intimidar en absoluto por mí. Está claro que no sabe con quién está tratando.

No permitiré que se me falte al respeto de esta manera, y ella está a punto de aprender una lección muy valiosa. Mientras esté bajo mi techo, hará lo que se le diga, le guste o no. Me pongo de pie y aparto la chaqueta del traje, revelando mi pistola. Sus ojos bajan un instante para mirarla y luego vuelven a mi rostro. Traga saliva; es un gesto casi imperceptible, pero veo cómo el miedo se apodera de su cuerpo: los hombros se tensan, sus pupilas se contraen, las cejas se elevan.

—Jimmy ya tiene una cita con el sepulturero planeada para su futuro. Me doy cuenta porque parece que usted no entiende que su seguridad depende de lo bien que se comporte.

A Nanette se le cae el alma a los pies. Aprieta los labios y se aferra a los brazos del sillón con tanta fuerza que se le quedan los nudillos blancos. Veo que está dispuesta a negociar conmigo, así que voy al armario y busco un vestido que sea adecuado. Cuando vuelvo a la habitación, ella está de pie, de nuevo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No me voy a poner eso —protesta, arrugando la nariz con asco. Está mona cuando intenta hacerse la dura, pero hará lo que yo diga de todos modos.

—Póngaselo —le ordeno, lanzándolo sobre la cama. Es un modelito azul, con la espalda descubierta y una abertura en el muslo. Es mi costumbre vestirme para cenar todas las noches, para recordar que incluso el diablo debe ser un caballero a veces, y ella estará espléndida con ese vestido.

—No quiero llevar un vestido —niega con la cabeza y yo me siento en el sillón que ella acaba de dejar libre y la observo.

—Póngaselo, Nanette. No se lo estoy pidiendo.

Ella suspira y mira el vestido, luego vuelve a mirarme. Veo el destello de ira en sus ojos, pero sabe que ha sido derrotada. Sacude la cabeza y pone los ojos en blanco, luego mira hacia la puerta. —Bueno, ¿no se va a ir? Al menos déme algo de intimidad para cambiarme —con las manos en las caderas, espera, pero no tengo ninguna intención de irme. Estoy disfrutando demasiado de esto y, además, probablemente no hará lo que le digo a menos que esté aquí para recordarle por la fuerza que ahora me pertenece.

—Vístase, o le vaciaré el armario, le arrancaré la ropa y tendrá que ir desnuda a todas partes —me reclino en el sillón, dispuesto a disfrutar del espectáculo, y sus mejillas se tiñen de un rojo intenso. Está furiosa pero, si no me equivoco, también veo un atisbo de excitación en sus ojos. Bien, me gusta una mujer que aprecia a un hombre asertivo.

—Es usted un puto pervertido —espeta, dándome la espalda. Se desnuda lentamente, como si nunca antes hubiera estado desnuda ante un hombre, pero una mujer como ella seguro que ha tenido algún que otro encuentro. Se quita la parte de arriba, de espaldas a mí, y luego se desabrocha los pantalones.

—Míreme —le digo, con el pene ya experimentando un ligero hormigueo de anticipación.

—No —su negativa no hace más que volverla aún más tentadora para mí.

—Dése la vuelta ahora, Nanette. No puedo recalcarle lo suficiente que es mía y que hará lo que yo diga. Puede hacerlo con obediencia o será castigada.

—Usted no es mi puto dueño, Dominic —se queda quieta, con las manos sujetando la bragueta de sus vaqueros, y estoy a punto de ir

a darle la vuelta yo mismo, pero ella desliza lentamente la tela vaquera sobre sus caderas hasta que la hace bajar por sus muslos. Las bragas de encaje negro que lleva se le suben un poco por el trasero, revelando más de sus nalgas. Son perfectas, redondas y firmes; mis manos ansían sentirlas, apretarlas. Debe de montar pollas como una profesional para tener un culo así.

—Dése la vuelta, o haré que se dé la vuelta, y no querrá que tenga que castigarla ya. Es su primer día aquí —la textura sedosa de sus bragas hace que quiera tocarla más, sentir la suavidad satinada de su piel.

Cuando se gira, sus mejillas siguen rojas y sus pezones están erectos. La luz del dormitorio proyecta su sombra como una silueta sobre las sábanas de la cama. Se despoja de los vaqueros y alarga la mano hacia el vestido, y yo chasqueo la lengua. —Espere —le digo, examinando cada una de sus curvas con la mirada. Es perfecta, tiene unos pechos que guardan un equilibrio ideal con la curva de sus caderas, y noto que también se depila el pubis... mejor todavía. Menos trabajo para mí el dejarla a mi gusto.

—Ahora, póngaselo —asiento hacia el vestido y ella lo hace, muy rápido, como si se sintiera demasiado vulnerable o expuesta ante mí. En un instante, su piel cremosa queda cubierta y sus ojos verdes me fulminan con odio. No tiene por qué quererme, pero tiene que respetarme.

Nanette se remueve incómoda, ajustándose la línea de las bragas. Me levanto y me acerco a ella, seleccionando un par de tacones del zapatero que hay justo dentro del armario por el camino. Los balanceo desde un dedo y le digo que se los ponga. Mientras se sienta, percibo un rastro de su excitación llegando a mi nariz. Ella también está excitada, otra buena señal. Cojo las cosas cuando tengo que hacerlo, pero es más fácil cuando las dan de buen grado sin mucha protesta. Podré coger fruta madura de este jardín siempre que quiera. Ella me la entregará libremente.

—Le odio —se abrocha un zapato y luego el otro.

—Creo que cambiará de opinión —le ofrezco el brazo y ella se levanta.

—Es usted una bestia, cruel y malvada. Jamás cambiaré de opinión —engancha su brazo al mío y la conduzco hacia la puerta.

Me inclino y le susurro al oído: —Huelo cuánto me desea, Nanette. No se mienta.

Caminamos en silencio hasta el comedor. Ahora es mía y ella lo sabe. No puede ocultar lo que su cuerpo desea, del mismo modo que no puede luchar contra mí. Aun así, esperaré mi momento, seré paciente. La fruta debe estar madura antes de ser arrancada, o no será dulce.

—La cena está lista, señor —dice Mika mientras retiro la silla de Nanette para ella. Se sienta mientras Mika coloca un plato delante de ella. El maravilloso aroma del pollo al romero inunda la estancia al levantar la tapa del plato. El estómago de Nanette ruge y creo que estoy de acuerdo. La comida parece tan apetitosa como huele y estoy hambriento.

—Gracias, Mika. Eso es todo —me siento mientras ella sirve mi plato, y ella asiente y empuja su carrito por la puerta hacia la cocina.

Nanette no se mueve. Se queda mirando su plato mientras yo desenrollo mis cubiertos y extiendo la servilleta sobre mi rodilla. Si no quiere comer, no la obligaré, pero no voy a abstenerme simplemente porque ella se niegue a alimentarse. Doy un bocado y gimo de placer. Cuanto más como, más irritada parece Nanette. Resopla y me mira furiosa, luego juguetea con los cubiertos y resopla más.

—¿Quién es usted? —pregunta—. ¿Y cómo tiene tanto dinero? ¿Y qué hace Jimmy para usted?

Soy paciente con sus preguntas, aunque no respondo ni a una sola. Prefiero comer la comida cuando está caliente, no charlar como un necio mientras se enfría. Así que sigo comiendo, mirándola de vez

en cuando. Como no le doy la respuesta que busca, hace más preguntas.

—Sé que Jimmy es un sicario; lleva haciendo eso desde que tenía diecinueve años. Dígame de qué tipo de encargo se trata. ¿Es peligroso? ¿Van a matarlo? ¿Es por eso que no quiere decirme qué es? —se retuerce las manos en el regazo.

—La preocupación no le sienta bien, Nanette. Es usted una mujer muy hermosa... Debería sonreír más —pincho un trozo de pollo y me lo llevo a la boca, arrancándolo del tenedor con los dientes.

—Deje de evadir mis preguntas. Tengo derecho a saber en qué me he metido —aparta su plato y por poco vuelca la copa de vino que hay al lado. Trago la comida y me limpio la boca.

—Le dije en el coche que dejara de hacer preguntas, ¿verdad? —dejo la servilleta en la mesa junto a mi plato. Me doy por satisfecho y dejo de comer, aunque me habría gustado terminar el plato.

—¿Qué es usted? ¿Algún tipo de banquero o algo así? ¿Cómo puede una sola persona poseer un lugar como este? —mira a su alrededor y hace un gesto—. Esto debe de ser una casa de mil millones de dólares —sacude la cabeza y vuelve a mirarme con saña—. Entonces, ¿qué le va a pagar? ¿Y qué grado de peligro tiene esto? Porque si él va a salir herido, entonces me largo. No seré su aval. Le diré que...

—¡Basta! —mi grito la deja paralizada. Sus cejas se elevan, hay miedo en su mirada.

—Yo solo...

—Vuelva a su habitación. Prefiero cenar en paz, no con una mujer conflictiva —tengo las manos echadas en puños. Sus incesantes preguntas son exasperantes. No responderé a ninguna de sus preguntas, y ella tendrá que aprenderlo.

—No lo haré. Quiero respuestas —cruza los brazos sobre el pecho y veo en ello un claro signo de rebelión que no toleraré. En un instante, me pongo en pie y me dirijo hacia ella con paso firme. Ella lucha, lanzando golpes y patadas, pero le doy la vuelta, inmovilizando sus brazos contra su torso en un abrazo apretado hasta que sus pies dejan de tocar el suelo.

—¡Suélteme, joder!

—Creo que necesita pasar un tiempo en su habitación hasta que aprenda modales. He intentado ser amable, pero está claro que no entiende la situación. Estará aquí hasta que Jimmy haga su trabajo. Usted hace lo que yo digo. Y cuando digo basta de preguntas, quiero decir basta.

Ella se agita y grita mientras la cargo escaleras arriba. La forma en que su cuerpo se restriega contra el mío mientras lucha es excitante. Pienso brevemente en ponerla a cuatro patas al borde de la cama y enseñarle lo que significa ser castigada por mí, pero cambio de opinión. Cuando arranque esa fruta, será dulce y estará madura, no ácida y luchando contra mí.

—¡Bastardo! —grita en cuanto la puerta se cierra y se echa la llave. La oigo golpear la puerta mientras me alejo, pero no atiendo a sus gritos. Me dirijo a mi despacho y me instalo en mi escritorio, observándola a través del circuito cerrado de televisión. La cámara oculta en su habitación fue una idea perfecta. Me permite ver su crisis, ver sus verdaderas intenciones. Está dolida, no enfadada. Asustada, como una pobre huérfana. Todo es una actuación. Se deshace en un mar de lágrimas, y yo me giro y miro el retrato de mi madre en la pared.

Las preguntas de Nanette solo han avivado mi ira. La tarea de Jimmy debe completarse, o nunca tendré paz. Si el asesinato se lleva a cabo, moriré sabiendo que mi madre nunca fue vengada. Y alguien tiene que pagar por ello. Por la forma en que la lastimaron, la vida que le robaron. Sacudo la cabeza, abro el cajón de mi escritorio y saco el whisky y un vaso de chupito. Después de unas

copas me calmaré, pero ahora mi sangre arde. Descubrir quién está en la raíz de este complot para matarme también revelará la verdad sobre cómo llegaron hasta mi madre.

No puedo morir sin asegurarme de que su vida sea vengada. Así que bebo. Bebo para ahogar esa ira. Bebo para calmar a la bestia que llevo dentro. Y bebo para asegurarme de no volver a la habitación de Nanette y hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

No, cuando haga eso, lo disfrutaré.

Así que esta noche ahogo a esa bestia, porque de lo contrario perderé de vista mi objetivo.

4

NANETTE

Me duele la mano. Golpear esa puerta ha sido una mala decisión, pero no tiene derecho a encerrarme como si fuera una prisionera. Esto está muy mal, aunque en cierto modo me haya ofrecido voluntaria para estar aquí. Más le vale a Jimmy terminar su trabajo rápido porque no voy a dejar que me enjaulen como a un animal salvaje. No soporto estar sola. El silencio es... bueno, no puedo con ello.

Las lágrimas brotan con fuerza y rapidez, reduciéndome a un auténtico mar de llanto. La parte delantera del vestido está húmeda y lo odio. El color, el estilo... pertenecen a una mujer con mucha más clase que yo. Yo no soy esa mujer. Yo llevo faldas ajustadas y cuero, colores oscuros, no tonos pastel ni gasa con volantes. Tiro de él, arrancando las finas tiras del vestido antes de quitármelo por completo y gritar. —¡Bastardo!

Algo surge en mi interior, un impulso animal de arrancarle los ojos. Arranco la ropa de cama, dejándola hecha un montón antes de volcar la mesita de noche. La lámpara se estrella contra el suelo con un sonido satisfactorio y cristales rotos. Eso solo alimenta mi rabia. —Voy a destrozar toda su casa pieza por pieza. No puede tratarme así. ¡Soy un ser humano, no un animal!

Corro hacia el armario y saco los vestidos, lanzándolos por la habitación. Una a una, las prendas de color pastel vuelan por los aires, impulsadas por mi odio hacia los hombres y mi absoluto asco por Dominic. Tiene un gusto horrible para las mujeres, unos modales horribles y no tiene corazón en absoluto. Los vestidos cubren el suelo como una alfombra, pero no he terminado. Alargo la mano hacia el estante superior, donde pilas de pantalones y vaqueros, todavía con las etiquetas puestas, me llaman.

Cada uno de ellos acaba también fuera del armario, y luego descargo mi furia contra el tocador. Con un movimiento amplio, paso el brazo por la parte superior, esparciendo fotografías, el despertador, otra lámpara y un jarrón de flores. El agua del jarrón empapa la ropa del suelo cerca del tocador y las flores se desparraman. Si cree que las flores van a hacer que me sienta más como en casa, está claro que no me conoce.

Vuelco una silla y luego clavo la mirada en los cajones de la cómoda. Ni siquiera los he abierto, así que lo hago. Encuentro camisas y calcetines, bragas, todo de mi talla. Todo flamante. ¿Cuánto tiempo se cree que voy a estar aquí? O bien no tiene ninguna fe en Jimmy, o confía demasiado en su capacidad para convencer a una mujer de que es material de novio. O quizá simplemente no tenga intención de dejarme marchar nunca. Ese pensamiento me enfurece aún más.

Saco los cajones uno a uno y los tiro también. Su contenido se dispersa entre el desorden hasta que estoy demasiado cansada para continuar. Me desplomo en la cama, acurrucada solo con mis bragas. Aunque quisiera ponerme mi propia ropa, se la han llevado. Tendré que claudicar y ponerme algo de lo que compró y puso en esta habitación, o tendré que andar desnuda por ahí. Darle la satisfacción de cualquiera de las dos cosas no me atrae, y vuelvo a romper en lágrimas de rabia.

Solo una vez he estado en una situación como esta, en la que me siento impotente. Y aquella no terminó bien para mí. Necesito llegar hasta Jimmy, ver que está bien, que Dominic no le ha hecho daño.

Necesito saber qué trabajo está haciendo, que no saldrá herido. Es mi responsabilidad protegerlo; después de lo que pasó, me necesita. Nunca ha hecho esto sin que yo esté allí, al menos para aconsejarle, y ahora ni siquiera puedo comunicarme con él, ni una llamada, ni un mensaje de texto. ¿Por qué haría esto Dominic? ¿Es que no ve que no soy feliz aquí?

Me siento expuesta. La ira me ha servido de capa por un momento, pero ahora yazgo aquí temblando, con frío, sola. Lo odio. Odio cómo me hace sentir, como un ratón de campo bajo la pata de un elefante.

—¡Déjeme salir! —grito débilmente, pero no hay respuesta de Dominic. Lo que hay, sin embargo, es un suave golpe seguido del tintineo de una llave en la puerta. Me apresuro a coger la sábana del suelo y me envuelvo en ella. La puerta se abre y entra la misma criada que vino a buscarme antes, portando una bandeja.

—Hola, señorita Nanette. —Deja la bandeja en el extremo de la cómoda y sonríe. No hay ni rastro de sorpresa en sus rasgos mientras mira alrededor de la habitación—. Le he traído un poco de té. Como no ha cenado, sabía que tendría hambre. También hay unas cuantas galletas en la bandeja.

—No tengo hambre —le digo con frialdad—. No debería ser grosera porque ella no ha sido más que amable conmigo, pero no puedo evitarlo. Soy una prisionera aquí y solo quiero irme a casa y ver a mi hermano.

—Bueno, el té está bien caliente para usted. He usado miel para endulzarlo y un poco de canela para darle sabor. ¿Creo que así es como lo toma? —Cruza las manos delante de ella, y me trago mi asombro. Ni siquiera he tomado té desde que llegué. ¿Cómo sabe cómo tomo el té? Esto es un testimonio del alcance de Dominic, por aterrador que sea.

—Gracias —logro articular, pero me quedo paralizada en el sitio. Desvío la mirada, invadida por la vergüenza. Esta criada se verá

obligada a limpiar el desastre causado por mi rabieta, y me siento mal por ella. Puede que incluso sea tan prisionera aquí como yo. Ella se agacha para recoger algo y yo miro hacia la puerta.

Está abierta de par en par, lista para que yo salga disparada. Sé exactamente cómo llegar a la puerta principal. Está justo al final del pasillo y al pie de las escaleras. Sé que afuera hay un tramo de escaleras que baja hasta la entrada; lo recuerdo vívidamente aunque iba con los ojos vendados. Pero después de eso, no tengo ni idea de dónde estamos. Y estoy desnuda. Sin embargo, la idea de correr es tan tentadora que, inconscientemente, doy un paso hacia la puerta abierta y sin llave.

La criada se levanta sosteniendo una camiseta blanca. Chasquea la lengua y la miro. Veo simpatía en sus ojos. Si no la interpreto mal, no está de acuerdo con lo que Dominic me está haciendo. Puede que ese sea su punto débil, y puede que sea una forma de salir de aquí si me aprovecho de ello.

—Señorita Nanette, sé que tiene la tentación de huir, pero debo advertirle. —Su tono es muy tranquilo y protector. Lo que está a punto de decir, lo dice de todo corazón y con compasión, no como un capataz como el imbécil que me tiene retenida aquí—. Dominic es un hombre muy severo. Si intenta irse de aquí sin su permiso, habrá consecuencias, y no le gustarán. Realmente lo mejor para usted es respetar sus deseos.

Es tan convincente, de una manera maternal, que me relajo, apartando los ojos de su rostro reconfortante para mirar la puerta abierta con decepción. Tiene razón. No quiero consecuencias, ni para mí ni para Jimmy. Me vuelvo hacia ella y acepto la camiseta que me tiende.

—¿Siempre le llama así? —pregunto, dejando caer la sábana. Le doy la espalda y me pongo la camiseta; luego me saco el pelo del cuello y lo sacudo.

—¿Cómo? —Ella se agacha para recoger las sábanas y procede a hacer la cama.

—¿Dominic? ¿Siempre le llama por su nombre de pila? —Me quedo allí, cruzando los brazos sobre mi estómago. Tengo frío, pero esta camiseta es lo único que me permitiré ponerme, y solo porque me la ha entregado ella... se llame como se llame.

Ya ha puesto la sábana bajera y despliega la sábana encimera, haciéndola ondear sobre la cama hasta que se asienta con precisión experta sobre el colchón. —Es su nombre preferido.

Doy un paso más cerca. Quizá si sé más sobre él, también habrá un punto débil en su armadura, algo que pueda usar para llamar su atención, para debilitarlo. —¿Así que todos los empleados le llaman así? ¿Cuál es su apellido?

Ella sonríe mientras vuelve a colocar las almohadas en la cama y estas rebotan contra el grueso cabecero de madera. —Puede hacerle esa pregunta usted misma, querida, pero tengo instrucciones de llamarle solo por su nombre de pila. —El edredón va a la cama con la misma facilidad que las sábanas, y en segundos está preparando las esquinas para rematar su trabajo.

Así que no conseguiré que me diga su apellido, pero quizá al menos pueda recuperar mi propia ropa. Esta basura que me ha comprado no es para nada de mi estilo. Si tengo que estar encerrada, al menos puedo estar cómoda.

—¿Dónde ha puesto mi ropa? Necesito mi sujetador y mis vaqueros... Y mi bolso. —Me aparto cuando pasa a mi lado, dirigiéndose hacia la bandeja del té y las galletas. Coge la taza y sonríe, volviendo hacia mí.

—Por favor, pruebe esto. Lo he preparado especialmente para usted.

Huele a lilas en primavera, y quizá a un poco de perfume; del modo en que solía oler mi abuela cada vez que me estrechaba contra su pecho. Echo de menos a esa vieja y su tierno afecto. Pero al igual

que todo lo demás en mi vida, me la arrebataron. Esta mujer me recuerda a ella, a mi abuela; la amabilidad y la esperanza en sus ojos. Así que cojo el té y bebo un sorbo. Está delicioso. No bromeaba. Ha hecho este té exactamente como lo hago yo... mejor de lo que yo lo hago. Dominic ha hecho bien sus deberes.

—Gracias, está delicioso.

—Su ropa ha sido tirada. Órdenes de Dominic. Tiene todo esto —dice con un gesto amplio. Estoy segura de que encontrará algo que le guste. Igual que este té. —Me da una palmadita en el brazo y continúa—. Si siente sueño, por favor, descanse.

—Pero... —Me doy cuenta de que ni siquiera sé su nombre. Me trabo con las palabras por un momento, luchando por saber cómo llamarla.

—Puede llamarme Mika —responde ella.

—Mika, no me gusta esta ropa. Solo quiero la mía. —Vuelvo a sorber el té, hipnotizada por lo increíble que está. Nunca en mi vida he tomado un té más delicioso.

—Dominic prefiere que sus mujeres vistan de cierta manera. Estoy segura de que se acostumbrará. Se sorprendería de lo bien que la conoce.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta, y yo le pregunto: —¿Hace esto a menudo? ¿Llevarse a mujeres lejos de sus familias y obligarlas a vivir en su castillo?

Ella se gira y niega con la cabeza. —Nunca ha tenido una visitante como usted, aunque ha tenido algunas invitadas.

Invitadas... Solo puedo imaginar que se refiere a prostitutas porque no puedo concebir que una sola mujer en este mundo acepte salir con él voluntariamente. Me asquea que piense que me conoce tan bien como para llevarme y rodearme de todo lo que cree que

necesito o quiero solo para encerrarme y ni siquiera dejarme llamar a mi hermano.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí? —Doy un paso hacia la puerta, aunque su advertencia aún resuena en mi cabeza. No escaparé; no si eso conlleva consecuencias. Ya me ha dejado claro que Jimmy morirá. Tengo que proteger a Jimmy; él es mi vida ahí fuera. el único que me queda.

—Lo que sí sé es que si usted respeta a Dominic, él la respetará a usted. Él es justo y honesto.

¿Justo y honesto? No tiene nada de justo ni de honesto. Es un canalla mentiroso que toma lo que quiere y no se preocupa por nadie ni por nada. Tengo que reprimir unas cuantas palabrotas que quieren salir gritando de mi garganta.

—Entonces, ¿no le ha dicho cuánto tiempo voy a quedarme? —Tal vez eso realmente dependa de Jimmy.

—No, no lo ha hecho. Pero estoy segura de que dormirá pronto. Usted descanse. Puede preguntárselo en el desayuno. —Con un guiño, Mika se va y vuelvo a estar sola, encerrada en mi mazmorra del piso de arriba. Oigo el clic de la cerradura y bebo más té. Ya está lo bastante templado como para beberlo a grandes tragos. Es una pena que no haya más.

Me acerco de puntillas a la bandeja y miro las galletas. También tienen buena pinta, como si estuvieran recién horneadas solo para mí. Quizá Dominic no sepa que las ha traído. Quizá pueda comerme solo una. A pesar de mi mentira de que no tengo hambre, en realidad estoy famélica.. Cojo una de las galletas, de chispas de chocolate, y doy un mordisquito. Al igual que el té, son perfectas. No puedo evitar devorarla, luego otra y luego la tercera. La bandeja está vacía, mi estómago saciado —al menos por ahora— y me está entrando sueño.

Termino el té y abro la cama, sintiéndome todavía culpable por haber hecho que Mika hiciera ese trabajo. Ahora que las sábanas están puestas, noto algo en lo que no me había fijado aún. En el suelo, junto a la mesita de noche que volqué, veo una foto enmarcada. La recojo y la estudio. Es Dominic, probablemente de cuando aún era adolescente o tenía poco más de veinte años. Está junto a otro hombre en un barco de pesca. El hombre podría ser su padre o su tío, se parecen.

Está sonriendo, radiante de orgullo mientras sostiene un sedal en la mano, con un pez grande colgando del anzuelo en el extremo. No puedo imaginar a Dominic como un joven normal, feliz y equilibrado con aficiones normales. Pero esta foto revela un lado suyo más suave, más cálido. Hay un brillo natural en sus ojos, como un chico feliz con su familia, no esta bestia que me tiene enjaulada. ¿Qué le pasó para que se volviera así? Porque ese joven no parece el tipo de persona que encierra a las mujeres y las trata como esclavas.

Dejo la foto en la cómoda junto a la bandeja y la taza vacías, y luego me meto en la cama. Es cómoda y poco a poco se calienta con mi calor corporal. Me quedo mirando la foto desde el otro lado de la habitación. Dominic es muy guapo. Probablemente el hombre más atractivo que he conocido nunca. Ver un lado más suave de él de cuando era más joven no es bueno para mi conciencia. Quiero odiarlo, seguir enfadada por su comportamiento, pero esto suaviza mi visión de él. Esa imagen lo humaniza, haciéndome vulnerable a su encanto y haciéndome comprender que si yo estoy tan jodida como estoy por lo que me pasó, entonces quizá él también tenga una historia. Quizá no sea la bestia que creo que es.

Cierro los ojos, sintiéndome ahora tan pesada que apenas puedo moverme. Bostezo y me subo las mantas hasta los hombros mientras me pongo de lado. Mi mente regresa a Jimmy. Recuerdo que antes de mi trauma, antes de aquel día horrible, Jimmy era justo como el joven Dominic. Íbamos a la bahía y pescábamos con papá también entonces. Nos encantaba. Y cuando pasó todo, Jimmy

cambió. Yo cambié. Destrozó nuestra familia. Nunca volvimos a ser los mismos después de aquello.

¿Es Jimmy un monstruo también? ¿Le había cambiado aquello del mismo modo que a Dominic?

No, Jimmy no es así.

Sí, es un asesino a sueldo, pero solo acepta un trabajo cuando sabe que la persona es alguien realmente malo que necesita morir para que otros puedan vivir su vida sin ser dañados. Me lo juró a mí, justo después de aquella noche. Que nunca haría daño a nadie que no lo mereciera.

Me aferro a la almohada de repuesto y la abrazo contra mi pecho mientras me quedo dormida. Dios, Jimmy, termina este trabajo. Quiero irme a casa.

5

DOMINIC

Mi despacho es mi refugio, un santuario donde mis pensamientos coléricos pueden arremolinarse y multiplicarse. Nanette no es capaz ni de comportarse durante la cena sin hacerme perder los estribos. Me sirvo una copa de Johnny Walker Blue y me dejo caer en mi silla. El cuero chirría cuando me reclino y apoyo los pies en la esquina de mi escritorio; enciendo el circuito cerrado de televisión para ver si ya se ha calmado. No lo ha hecho. Es más, está peor. No se limita a golpear la puerta exigiendo que la dejen salir. Ahora está tirando cosas por todas partes.

Y está desnuda.

Ese es el hecho en el que más me concentro. La cámara es de última generación. Es como si estuviera en la habitación con ella. La forma en que sus tetas rebotan en su furia mientras vacía el armario y luego los cajones hace que se me ponga dura. Es fogosa. Me gusta. La ira que muestra mientras lo destroza todo me recuerda a mí mismo, a la forma en que yo me desahogo a veces, aunque no sea exactamente de la misma manera.

Doy un sorbo al whisky y sigo observándola, pensando en lo sexy que estaría si también se quitara esas bragas. No se da cuenta de

que esto me pone, verla procesar su trauma de esta manera. Cree que está destrozando la habitación porque me odia, pero puedo verlo en sus ojos. Está castigando a alguien, quizá a sí misma, por algo de su pasado. Semejante rabia no surge así como así, y yo solo he rascado la superficie.

Sus preguntas perduran en mis pensamientos mientras la estudio. Está muy fascinada con su hermano, u obsesionada quizá. Están más unidos de lo que yo creía, y quiero saber por qué. ¿Qué es lo que hace que sienta la obligación de protegerlo a cualquier precio? Puede que no sepa quién soy, pero ya le he advertido suficientes veces de cuáles pueden ser las consecuencias de sus arrebatos, y aun así arremete. ¿Por qué? ¿Qué hace que Jimmy sea tan importante para ella como para no estar dispuesta a sacrificarlo ni siquiera para salvarse a sí misma?

Entra Mika con el té que he pedido para Nanette. La televisión está en silencio, pero veo que Nanette se calma al instante. Ahora se muestra tímida. ¿Sumisa? ¿Con la asistenta? Pero sus ojos están fijos en la puerta; está pensando en escapar. Sin embargo, no lo hace. Quizá Mika le haya dado algún sabio consejo, o tal vez, después de todo, haya comprendido lo que hay en juego.

Doy otro trago de whisky mientras la asistenta hace la cama y Nanette se pone una camiseta. Está muy buena con cualquier cosa que se ponga, pero esas bragas negras y la camiseta blanca hacen que me arda la polla. Es como si estuviera jugando conmigo a propósito, volviéndome loco de deseo. Cuando coge el té y se lo bebe, me siento satisfecho. Todo volverá a estar en orden mientras ella duerma, una prueba más para ella de que está tratando con un hombre poderoso.

Saco mi móvil y marco el número de Jimmy. Nanette no es poca cosa. De hecho, quiero que se quede aquí más tiempo, hasta que la descifre, pero Jimmy tiene que terminar su trabajo o voy a hacerle daño. Mucho. El teléfono suena hasta que Jimmy responde, medio borracho quizá. Arrastra las palabras.

—Dom… oiga, yo—.

—Dime que tienes algo. No estoy de humor para sus ruegos y lloriqueos. Lo único que quiero es que termine el trabajo para poder seguir con mis negocios. Hay demasiado en juego, demasiados tratos comerciales pendientes.

—Mire, ¿no puede dejarla marchar? Ella no tiene por qué formar parte de esto. Nunca se enterará de quién es ni de lo que estoy haciendo—.

—Nanette se quedará aquí hasta que tu trabajo esté terminado, así que dime qué tienes y seré amable con ella. O podemos hacerlo por las malas y te la enviaré de vuelta por piezas. Vuelvo a dar un sorbo a mi escocés, dejando que el calor se deslice por mi garganta. Necesito varias copas más solo para lidiar con él, pero no tengo tiempo de esperar a que me hagan efecto.

—¡Déjela ir, maldita sea! Ella no tiene nada que ver con esto—.

—Jimmy, Jimmy, ¿por qué no te has dado cuenta todavía de que soy yo quien manda aquí? ¿Recuerdas lo que se siente con mi bota en tus entrañas? Bueno, ¿cómo crees que se sentirá Nanette cuando vea cómo te pegan un tiro y luego yo acabe con ella también? No tengo intención de acabar con Nanette, al menos no si Jimmy cumple con su trabajo. Es demasiado seductora, incluso adictiva.

—Esto no tiene gracia, Dominic. Voy a llamar a la policía. No puede—.

——Esa es una decisión muy mala, Jimmy. En primer lugar, no tienes ni idea de dónde la tengo. En segundo lugar, no tienes ni idea de a quién tengo en nómina. En tercer lugar, es probable que acabes con unos pies de cemento. Yo no juego—. Termino el whisky, camino hacia el mueble bar al otro lado de la habitación y vuelvo a llenar mi copa. Jimmy guarda silencio, así que se lo recuerdo: —Trabajas para mí. Y haces el trabajo o quizá me quede con tu hermana para siempre. O quizá no. Quizá muera—.

—Maldita sea, Dominic—.

—¿Qué tienes?—. Con la copa llena, vuelvo a mi escritorio y me siento. Observo el monitor mientras Jimmy divaga con algunos datos inútiles. Nanette está ahora tumbada en la cama, acurrucada bajo la manta. No se mueve, así que supongo que está durmiendo o al menos sintiendo los efectos del té. Cuando ya he tenido suficiente de su parloteo incesante, corto a Jimmy. —Basta. Dime de una vez lo que quiero saber—.

Él respira hondo y dice: —El golpe va a ocurrir pronto. El hombre contratado para matarlo se llama Alessandro Conti. Un italiano, un sicario famoso, muy peligroso—.

El nombre me hiela y me corta la sangre. Conozco bien a ese hombre. Demasiado bien. Es una sensación surrealista escuchar ese nombre relacionado con un complot para acabar con mi vida, dado que él fue el centro de cómo murió mi madre. Por qué murió… Aprieto el vaso con tanta fuerza que se agrieta y, antes de que estalle, lo dejo sobre la mesa.

—¿Conti? ¿Quién le ha contratado? ¿Cómo?—. Mi mente da vueltas con la información. Si Conti no está detrás de esto, me sorprendería, aunque Sven y yo sabemos que también hay alguien de dentro moviendo los hilos. Es posible que haya llegado a alguien, que le haya sobornado, que le haya ofrecido algo que mi padre y yo no hayamos ofrecido. Pero ¿quién?

—Ni idea, Dom. Estoy siguiendo el rastro del dinero. Esa cuenta en el extranjero era un alias que usa este hombre, y es un tipo realmente turbio. De los que dan mucho miedo. Nunca comete un error, nunca falla el tiro. Si yo fuera usted, reforzaría la seguridad—. Jimmy tiene miedo. Por supuesto que tiene miedo. Es un cobarde con una pistola. Sí, pusilánime es la palabra exacta que usaría para describir a Jimmy Slater cuando se trata de cualquier cosa relacionada con la mafia. Pero sigue siendo el hombre adecuado para el trabajo. El único que puede purgar a ese topo sin levantar sospechas.

—Si puedes seguir el dinero hasta el hombre al que se le paga, puedes seguir el rastro aguas arriba hasta la cuenta que se lo envió. Hazlo ya. Necesito respuestas—. Le cuelgo antes de que mi rabia me traicione y mi mirada vuelve a Nanette, que sigue sin moverse.

Cualquiera que sea ese vínculo familiar que tienen Jimmy y Nanette, va más allá incluso del que yo tengo con mis hermanos. Somos de la misma sangre y estamos muy unidos también, pero no tanto. Ninguno de mis hermanos se enfrentaría a alguien como yo para salvarme; por supuesto, ninguno de mis hermanos se encontraría en la misma situación que Jimmy: en mi punto de mira. Aun así, la familia solo significa algo hasta que tu pellejo está en juego; entonces te proteges a ti mismo primero y a la familia después. De lo contrario, ¿quién liderará cuando no estés?

Jimmy no parece entender que la existencia de Nanette depende de que él cumpla su trabajo. Nanette, sin embargo, parece estar captándolo poco a poco. Al menos no intentó huir cuando la puerta estaba abierta. Ni siquiera volvió a la puerta después de que Mika se marchara para ver si estaba sin cerrar. Le ordené a Mika que pusiera la llave en la cerradura y la girara, y luego la quitara. Quería poner a prueba a Nanette: ver si flaquearía al tener una oportunidad.

No lo hizo.

Suspirando, desbloqueo mi teléfono de nuevo y llamo a Red. Es de la familia, pero distante. También es la única otra persona en la que puedo confiar, aunque no es del tipo que se involucra en un trabajo como este. No arriesgaré su vida así, pero definitivamente puede ayudarme con algo de búsqueda de información.

—¡Eh, Dom! ¿Qué pasa, colega?—. Suena alegre. Se oye música alta de fondo y me lo imagino con un par de mujeres en su regazo en el club nocturno.

—Red, necesito información—. Bebo mi escocés y espero mientras oigo que la música se atenúa. Red está saliendo de la fiesta, una maniobra inteligente teniendo en cuenta mi humor de esta noche.

Pero siento debilidad por Red porque estuvo ahí para mí cuando murió mi madre.

—Lo que sea, Dom. Solo tienes que decirlo—. La música casi ha desaparecido, desvanecida como un fantasma en la noche. Y la atención de Red está puesta en mí.

—Nanette Elaine Slater: necesito todo lo que tengas sobre ella, lo más rápido posible—. Observo el monitor mientras ella da vueltas. Su sueño está plagado de pesadillas. Es una pista del tormento que ha vivido, pero necesito detalles reales, no síntomas de su trauma interiorizado que se niega a confesar.

—Entendido… ¿Buscas algo en particular?—.

—Sí, todo. Quiero saber hasta cuándo va al baño, ¿entendido? Y no me hagas esperar. No le quito el ojo de encima—.

—Ah, ya veo. Dom tiene un juguete nuevo —dice Red, riendo entre dientes—. Incluso te sacaré su historial médico. Te tengo cubierto, colega.

—Gracias, Red. ¿Puedes tenerlo listo esta noche?—. Un sorbo más y mi escocés se termina; empiezo a notar el punto. Si hubiera llamado a Red en el instante en que la traje aquí, ahora estaría en esa habitación con ella en lugar de estar bebiendo para ahogar mis impulsos.

——Dame una hora.

—Estaré esperando —le digo, colgando. ¿Esperar una hora por ese pedazo de mujer? Por supuesto.

6

NANETTE

Me muevo, con el sueño aún pesándome en los ojos. Debería sentirme descansada, pero no es así. Me siento como si tuviera resaca, como si anoche me hubiera bebido una botella de tequila, pero lo único que recuerdo es el té delicioso y las galletas que hizo Mika. Es una mujer encantadora. Me prometo mentalmente darle las gracias por el aperitivo la próxima vez que la vea mientras me froto los ojos y parpadeo para abrirlos. La luz del sol entra por la ventana, proyectando un haz de luz sobre la alfombra junto a la cama.

Por un momento estoy confundida. Esta no es la misma habitación en la que me quedé dormida o, al menos, no está en el mismo estado en que la dejé. Me incorporo y la manta se me resbala del hombro. Hace fresco, pero no frío. Miro alrededor de la estancia y veo las cosas exactamente como estaban cuando me encerraron aquí por primera vez. Han enderezado la mesita de noche, pero la lámpara es diferente. Tal vez la otra se rompió cuando la tiré. No hay ropa en el suelo, ni zapatos. Los cajones de la cómoda están de nuevo en su sitio; la bandeja del té ha desaparecido.

Alguien ha estado en mi habitación mientras dormía, y eso me inquieta. Deslizo los pies fuera de la cama, arrastrándome hasta el

borde y, al caerse más la manta, me doy cuenta de que también estoy solo en bragas. La camiseta que me dio Mika anoche ya no está en mi cuerpo. Un escalofrío de horror me recorre al preguntarme qué ha pasado. ¿Cómo ha entrado alguien en mi habitación, lo ha limpiado todo, me ha quitado la camiseta y no me he despertado? — ¿Qué llevaba ese té? —me pregunto en voz alta, frotándome la cabeza.

—Un somnífero. —La voz de Dominic hace que me congele. Al instante se me pone la piel de gallina y se me endurecen los pezones. Me subo la sábana de un tirón para cubrirme y me giro frenéticamente para verlo sentado en una silla junto a la puerta, una silla que ha traído en algún momento.

—¿Cómo diablos has entrado aquí? ¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí? —Me echo hacia atrás en la cama, manteniéndome cubierta—. ¿Me has drogado? Tienes que irte. —De inmediato me empiezan a sudar las palmas de las manos y el corazón se me acelera. ¿Ha sido él quien me ha desnudado?

—Pensé que te vendría bien un poco de ayuda para dormir. Parecías estar algo inquieta todo el día. —Se sienta erguido, entrelazando las manos en el regazo. Tiene una pierna cruzada sobre la otra, pero sigue llevando el mismo traje negro y corbata. Me pregunto si habrá dormido siquiera. Me mira como si fuera su desayuno y me aferro con más fuerza a la sábana que me rodea—. Sal de aquí. Tengo que vestirme.

—Puedes vestirte si quieres, pero no me voy a ir. —Está tranquilo pero severo. Sé que lo dice en serio. Me enfurece, pero no digo nada. No tiene sentido discutir con este imbécil pomposo. Lo miro con odio mientras retrocedo en la cama. Está jugando conmigo—. ¿Por qué están sellados tus antecedentes juveniles, Nanette? ¿Qué te pasó?

Y ahora está curioseando, intentando dar con mi punto débil. Pues bien, no se lo permitiré. — ¡Fuera! —grito, lanzándole una almohada. Él no sabe nada, y no sabrá nada. No le contaré jamás a

nadie lo que pasó. Si lo hago, lo sabrán. Sabrán lo que hizo Jimmy, por qué resultó herido.

—Te he dicho que no me voy a ir. Y ahora tengo preguntas. Por ejemplo, ¿quién fue, tú o Jimmy...?

—¡Cállate! ¡Cállate de una vez! ¡Vete! —vuelvo a gritar, lanzándole otra almohada, pero él se limita a sonreír con suficiencia. Sabe algo, pero no le daré la satisfacción de confirmárselo. Tendría que sacármelo a golpes. Se queda ahí sentado, tan arrogante, controlando sus emociones como un maldito robot, y lo único que yo puedo hacer es temblar. Puedo estar desnuda en una habitación llena de desconocidos. Ese tipo de transparencia es fácil. La entiendo.

He usado mi cuerpo durante años como una herramienta. Los hombres hacen lo que quiero cuando presumo de mis curvas. Corro cuatro veces por semana para asegurarme de que mi cuerpo se mantenga en plena forma también, solo para que mi herramienta siga siendo efectiva. ¿Pero esto? Que Dominic conozca mi oscuridad, el envío, la herida. Esto no está bien. Este tipo de transparencia no es segura. Da miedo.

Dominic se levanta, quitándose la chaqueta del traje. La deja sobre la silla y luego se afloja la corbata. Mientras se la quita lentamente del cuello, dice: — ¿Así que vas a oponerte a mí todo el tiempo? Sabes que tengo mis métodos, Nanette. Crees que has venido aquí simplemente para ser un medio de presión contra Jimmy. Soy un hombre complejo. No puedes ver todo lo que hago en todo momento, pero al final consigo lo que quiero.

—Aléjate de mí —digo temblando. Se desabotona la camisa mientras me mira fijamente a medida que suelta cada botón. No puedo apartar la vista. Su camisa se abre despacio, centímetro a centímetro, mientras sus dedos trabajan. Su cuerpo está bronceado, de horas al sol o en un solárium. Sus músculos marcados y bien definidos se ondulan en su pecho y abdominales. Deja la camisa

abierta y alcanza una esquina de la sábana, justo fuera de mi alcance.

Me revuelvo, intentando sujetarla, pero él tira con fuerza, arrancándola de mis manos. Sale volando hacia el pie de la cama y cae al suelo, dejándome expuesta, con solo mis bragas para cubrirme. Me cruzo de brazos sobre el pecho. —Eres un pervertido. ¿Qué placer sacas de obligar a las mujeres a acostarse contigo? — Me hago un ovillo, apoyándome contra el cabecero.

—Todo lo contrario —gruñe, quitándose la camisa. Cae al suelo a sus pies y se quita los zapatos. Veo el bulto creciente en sus pantalones y me duele la entrepierna. Sé lo que quiere, y solo ver lo rápido que se pone duro simplemente porque estoy aquí en esta cama también me excita, pero me niego a admitirlo ante él—. Las mujeres disfrutan del hecho de que incluso les dirija la palabra. Pero no se trata de eso.

—¿Entonces qué quieres? —No le sigo. Está claro que quiere follarme. Sus manos están ahora en la cremallera, bajándose los pantalones. Su polla está dura, tan larga que la cabeza asoma por la cintura de sus calzoncillos. Trago saliva e intento mirar hacia otro lado, pero me pilla fijándome.

—No te preocupes, Nan. La recibirás pronto. Solo dime, ¿fuiste tú o Jimmy?

—No sé a qué te refieres —le digo, escurriéndome más por la cama. Estoy al borde, a punto de caerme, mientras él se baja los calzoncillos y estos caen sobre la alfombra. Sé exactamente a qué se refiere, y no se lo diré. Nunca se lo diré a nadie.

Mi coño me duele, gritándome que use mis artes femeninas para seducirlo, para dejar que me folle hasta que grite su nombre. Tal vez eso satisfaga a la bestia que lleva dentro y me deje marchar. Lo he hecho antes: usar mi cuerpo para escapar de esta manera. Yo solo...

—Dime, Nan. ¿Te hizo daño el juez?

Me quedo sin aliento. ¿Cómo lo sabe? ¿Qué es lo que sabe? Intento girarme, pero él me alcanza y me agarra el tobillo. Con un fuerte tirón quedo boca arriba en la cama, tratando de alcanzar el otro lado, pero sus manos me inmovilizan. — ¡Vete! —chillo, empujándolo, pero él está sobre mi cara, con su cuerpo presionando el mío ahora. Giro la cabeza y él me respira al oído.

—Recuerda que te ofreciste voluntaria para venir aquí, porque quieres que Jimmy termine su trabajo a salvo. —El gruñido bajo en mi oído envía vibraciones por todo mi cuerpo. Me estremezco de excitación. Lo deseo; lo deseo tanto que casi puedo saborearlo. ¿Por qué lo deseo? ¿Qué me pasa? Me tiene aquí prisionera hasta que Jimmy mate a alguien, y yo estoy atrapada en medio de este extraño acuerdo. ¿Cómo es posible que lo desee?

—Vete —murmuro de nuevo, manteniendo la cabeza girada, pero él me mordisquea la oreja.

—Cuéntame tus secretos, Nan. No puedo ayudarte si no me lo cuentas...

Sus palabras me persiguen, haciendo que me rinda ante su tacto. Jimmy dijo eso, justo después de que ocurriera. Dijo esas palabras y me liberaron. ¿Por qué me están bloqueando ahora? ¿Por qué estoy aquí, dejando que este hombre me manosee los pechos? ¿Cómo podría salvarme? Él no sabe lo que pasó. No puede deshacer el pasado.

—No necesito que me salven —le espeto, y lo miro mientras me pellizca un pezón, retorciéndolo entre su dedo índice y el pulgar—. Tú no puedes salvarme. —Hay un hambre en sus ojos que es inconfundible. La he visto en los ojos de cien hombres; todos son iguales. Cree que soy de su propiedad.

Su polla se frota contra mis bragas y puedo sentir la humedad allí. Sé que él también puede sentirla. Una mirada de deseo brilla en sus ojos y se frota contra mí una y otra vez, con un ritmo lento y

metódico que hace que yo le devuelva el empuje, deseándolo también.

—Alguien se siente un poco excitada, ¿verdad?

—Vete a la mierda. —Intento resistirme, pero tiene razón. Lo quiero. No puedo luchar contra ello.

—No me odies, Nan. Solo te estoy dando lo que quieres. Lo vi en tus ojos cuando entré en la cocina de Jimmy.

Sus manos bajan por mi torso hasta el elástico de mis bragas y las empujan hacia abajo. Cuando están a la altura de mis muslos, desliza su polla entre mis piernas, dejando que se bañe en la humedad que he generado. Es grueso y largo. Unta mis jugos por todas partes y me hace contraerme instintivamente. Siseo y agarro las sábanas. Deseo tanto tenerlo dentro de mí.

—Te odio —susurro, gimoteando mientras se aparta.

—No me odias. Solo dices eso porque te poseo. Sé lo que quieres, lo que piensas, cómo excitarte. —Se levanta y me quita las bragas de un tirón y yo retrocedo hacia el cabecero, pero él me agarra de las piernas—. Quédate aquí. Créeme, no querrás hacer eso. Quieres obedecerme.

Vuelvo a gemir, desgarrada por dentro. Dios, cuánto deseo que me folle, pero él es el enemigo. No puede hacerme esto, tenerme aquí como su juguete sexual mientras mi hermano hace un trabajo peligroso para él. Y no quiero desearlo. Quiero que mi cuerpo lo mande a la mierda, que se apague y sienta asco por él, pero en el instante en que se pone de rodillas y hunde su lengua en mi hendidura, me desmorono.

Me lame, succionando y lamiendo mis pliegues, gruñendo y apretando mis caderas mientras raspa su rostro hirsuto contra mis muslos y mi entrepierna. —Mierda, Dominic... —siseo, buscando su pelo. Es increíble la forma en que su lengua se mueve sobre mí, llenándome y luego apartándose. Mueve la cabeza de un lado a otro,

frotando su nariz contra mi clítoris mientras su lengua penetra en mí y ya estoy al límite.

Me inclino sobre él, tirándole del pelo y mi cuerpo está a punto de colapsar. Pongo todo mi peso sobre su cabeza, y a él ni siquiera parece importarle. Es como si esto fuera lo que quiere, convertirme en un despojo para controlarme, pero este es mi juego; esto es lo que yo hago. No él. Él es un asesino, no un amante.

—Oh, Dios mío... —Pierdo el control, arañando sus hombros y su cabeza mientras me come. La forma en que tararea y gruñe intensifica cada sensación hasta que convulsiono, pegando su cara con ansia contra mi coño. Gimo y grito, sacudiéndome en la cama. Nunca había sentido esto, nunca un hombre que quisiera hacerme sentir así. A la mayoría ni siquiera les importa si llego al orgasmo. Pero Dominic no es de esos. Es como si obtuviera más placer haciéndome disfrutar a mí que con su propia liberación. Lloro y gimoteo, y cuando caigo rendida en la cama con los ojos cerrados, siento sus dedos buscándome.

—Tu coño está apretado. Tengo que ensancharte un poco o te vas a desgarrar. —Me mete varios dedos, y no tengo ni idea de a qué se refiere. No estoy estrecha. He tenido muchas parejas, pero no me voy a quejar—. Joder, qué ganas tengo de deslizarme dentro de ti. —Me mete otro dedo en la hendidura y siseo cuando me llena. Tres dedos se enganchan dentro de mí, masajeando mi interior, encontrando mi punto G.

—Oh, Dios... oh, Dios mío —gimo. No puedo alcanzarlo, así que vuelvo a agarrar las sábanas. Es tan intenso que podría correrme sobre él otra vez, y en el instante en que presiona su pulgar contra mi clítoris, empiezo a retorcerme.

—Sí, así, buena chica. Dios, cómo botan tus tetas tan perfectamente cuando haces eso. —Su voz me vuelve loca de deseo. Juro que si vuelve a decir mi nombre, voy a perder la cabeza. Nadie dice mi nombre, al menos no mientras me follan. Porque nadie sabe mi nombre. No soy la perra de ningún hombre.

—Mierda... Dom... —Estoy jadeando, al borde de suplicárselo, cuando él se inclina sobre mí y el aroma de mis propios jugos en su cara llega a mi nariz.

—Sabía que me deseabas, Nanette.

Me golpea como una tonelada de ladrillos, las convulsiones y los espasmos. Me corro con tanta fuerza que mi cuerpo pierde la capacidad de mantener el control. Salpico por todas partes, el fluido y el semen mezclándose mientras me tenso y me sacudo, y Dominic parece disfrutar cada segundo.

—Oh, Dios, eso es tan excitante. Joder, eres tan sexy, Nanette. Hazlo, córrete para mí. —Su mano me folla tan fuerte que ni siquiera sé cómo se podrá comparar su polla. Me embiste, llenándome y haciéndome retorcer una y otra vez. Estoy agotada, exhausta y saciada, pero él no.

Suspiro, fundiéndome con el colchón, y él se inclina sobre mí, acariciándose a sí mismo. Mi cuerpo está débil y pesado, totalmente relajado mientras él dice: —Esto puede doler un poco, pero prometo que valdrá la pena.

La cabeza de su polla se desliza arriba y abajo por mi hendidura y yo le abro las piernas. Justo cuando su punta se hunde en mí, lo miro. Está hambriento, incluso feroz, mientras me mete la polla hasta el fondo con una sola embestida. Juro que siento que algo se desgarra. Es enorme, estirándome y llenándome más de lo que jamás me han llenado.

—Oh, joder —gimo, y mis manos buscan instintivamente sus caderas cuando empieza a embestir. Tiene razón. El dolor punzante de su polla abriéndome paso es sustituido al instante por un placer que nunca he sentido—. ¡Oh, joder!

Gruñe mientras me embiste, apoyándose en la cama. Su pecho está a centímetros del mío, su aliento roza mis tetas haciendo que mis pezones se endurezcan aún más. —Dios, eres preciosa. Te follaría

todos los días si me dejaras —gruñe, agarrando un pecho. Y entonces hace algo que yo nunca hago. Sus labios rozan los míos y me muerde ligeramente el labio inferior.

Giro la cabeza, pero su mano se mueve de mi pecho a mi barbilla. Me obliga a mirarlo de nuevo y me mira fijo a los ojos. Lo que veo allí me asusta, pero no porque esté enfadado u hostil. Es diferente. Es íntimo. Y no puedo luchar contra ello. Su boca choca con la mía otra vez y yo le devuelvo el beso. Nunca beso a ningún hombre, pero a él lo beso, devorando con ansia todo lo que quiera darme.

Gimo contra su boca y lo aprieto con fuerza con mi interior mientras me folla cada vez más fuerte. Grito de dolor y de placer hasta que estoy tan cerca del límite que esos gritos se convierten en jadeos y gemidos. —Ahora... Dom, ahora...

Su explosión se encuentra con la mía y se desploma sobre mí, casi asfixiándome mientras entra y sale. Tengo espasmos a su alrededor, ordeñándolo mientras descarga su semilla en mi interior, y se estremece cuando termina mientras yo sigo teniendo espasmos bajo él. Esto no debería estar pasando. No debería desearlo y, definitivamente, no debería besarlo. Se sale y se levanta. Su semen resbala de mi cuerpo encharcando las sábanas y yo salto de la cama, buscando algo, lo que sea, para limpiar el desastre.

—Déjalo. Mika lo limpiará.

—Ella sabrá que nosotros...

—¿Crees que no sabe quién soy y lo que hago? —Su tono se vuelve brusco y bajo la mirada sintiéndome reprendida.

La magia se ha roto. Dominic no es un hombre maravilloso con el que acabo de tener un sexo increíble. Es una bestia. Una bestia que me tiene cautiva. Tengo que recordarlo, repetírmelo cada vez que me sienta un poco hechizada por él... o excitada.

Pero hice lo que él quería. Me acosté con él. Ahora quiero lo que yo quiero. — ¿Puedo irme ya? Necesito ir con Jimmy, asegurarme de

que esté bien.

Una carcajada profunda emana de su pecho y me tenso. Siento que la rabia surge en mi interior. Aprieto los puños y me mantengo de espaldas a él. Puedo oír cómo se viste mientras se ríe y yo me quedo allí desnuda, sin vergüenza ahora. —No puedes retenerme aquí. Te he dado lo que querías.

—No has respondido a mis preguntas.

Me giro bruscamente, dispuesta a abalanzarme sobre él, y veo que ya está casi vestido. Dios, qué rápido lo ha hecho. Se sienta en el borde de la cama, lejos de la mancha de semen, y se pone los zapatos, luego se levanta y se abotona la camisa. —Cuéntame lo que quiero saber y te dejaré ir, pero Jimmy se queda hasta que termine el trabajo.

¿Contárselo? ¿Lo que quiere saber? ¿Por qué quiere saberlo? ¿Cómo sabe que eso es lo único que nunca podré hacer? Siento que las lágrimas me queman tras los párpados y cojo una de las almohadas que le tiré antes.

—¡Bastardo! Eres un pedazo de mierda —le grito, golpeándolo con la almohada por todo el cuerpo. Él la aparta de un manotazo mientras busca la chaqueta de su traje, con la camisa aún sin meter por dentro—. Te odio. ¡Déjame ir!

Agarra la almohada y me mira fijamente a los ojos. —Pórtate bien, Nanette, o no volverás a tener el placer de disfrutar de mi polla.

Le doy una bofetada fuerte y él me sonríe con suficiencia antes de salir. Estoy furiosa, pero escucho sus pasos por el pasillo. No ha cerrado la puerta con llave...

7

DOMINIC

Estoy sentado en mi despacho pensando en Nanette, preguntándome cómo se sentirá después de lo ocurrido. No soy un bastardo desalmado; sé que tiene que estar dolorida. Lo que pasa es que tiene el don de encontrarme todos los puntos débiles y sacarme de mis casillas, quizá en parte porque yo se lo permito. Suelo ser una persona serena, mucho más de lo que he estado hace un momento en la habitación, pero he dejado que se me meta bajo la piel. El circuito cerrado de televisión me muestra que se está vistiendo. Es una buena señal. Al menos no tiene planeado quedarse en la cama todo el día compadeciéndose de sí misma.

Es fogosa y respondona, y puede que esa boquita aún le traiga problemas, pero por ahora estoy satisfecho. No necesito que me cuente lo que le pasó. Red me ha conseguido toda la información que necesitaba y, tras su llamada antes del amanecer, sé mucho más que cuando Nanette se bebió ese té y se quedó dormida. Me impresiona que Mika y su equipo lograran dejar la habitación impecable sin despertar a Nanette.

La observo mientras elige su conjunto y se lo pone, aunque admito que me decepciona ver cómo su piel cremosa desaparece bajo la ropa. Es puro fuego, de eso no hay duda, pero necesito a una mujer

que esté a la altura. Y su lealtad hacia Jimmy es algo positivo, aunque todavía no la entienda. Significa que, si la hago mía, acabará siendo igual de leal conmigo. Un hombre como yo necesita a ese tipo de mujer: reservada, fiel y decidida.

Mi teléfono suena y le echo un vistazo. Es Leo. Se supone que hoy debe recibir el cargamento de armas y me está llamando. No es buena señal. Deslizo para responder y me pongo el teléfono en la oreja. —¿Qué?

—Eh, jefe, puede que haya un problema aquí. Hemos hecho todo lo que dijiste y no estamos...

—Si hubierais hecho todo lo que os dije, no tendríais problemas —aprieto la mandíbula y continúo—. ¿Cuál es el problema real?

—Es el tipo... Está retenido en el control de seguridad de la entrada igual que la última vez. No tienen los papeles en regla. Necesitamos que vengas a firmar la recepción del cargamento o van a registrar el camión. —Leo suena agitado. No sé si está ansioso por la posibilidad de que intervenga la policía o si está nervioso por interrumpir mi mañana. Debería estar por ambas cosas.

—No voy a ir allí, Leo. Se os ha asignado esto a Nick y a ti. Tenéis ese puesto por una razón. Solucionadlo.

—Pero...

—Me has oído. Solucionadlo. —Bloqueo el teléfono y lo tiro sobre mi escritorio, irritado por la interrupción. Me paso las manos por el pelo y respiro hondo, intentando relajarme. Pero noto que mi ira hierve justo bajo la superficie.

Mientras intento calmarme, siento la tensión en mi cuerpo, lo que me dificulta concentrarme en cualquier otra cosa. Siempre pasa lo mismo con Leo y Nick. Se supone que son mis manos derechas, pero siempre se quedan cortos. Sé que debería reemplazarlos, pero ambos son demasiado valiosos para arriesgarme a perderlos del

todo. Y, sin embargo, cada vez que meten la pata así, me pregunto si estoy cometiendo un error al mantenerlos en el equipo.

Trato de apartar esos pensamientos y centrarme en el problema actual. Si registran el cargamento, podría poner en peligro todo por lo que tanto hemos trabajado. Y si Leo y Nick no pueden gestionar un simple control de seguridad, ¿qué dice eso de su capacidad para encargarse de tareas más críticas?

Tras unos momentos de reflexión, cojo mi chaqueta y salgo del despacho. Si quiero que algo se haga bien, tendré que hacerlo yo mismo. Mientras conduzco hacia la entrada, con la mente aún dando vueltas a la incompetencia de Leo y Nick, me doy cuenta de que puede que necesite hacer algunos cambios más pronto que tarde. Con todo este asunto del topo, tampoco sé en quién puedo confiar, lo que complica aún más las cosas. Estoy a mitad de camino del muelle de carga cuando recibo otra llamada. Esta vez es de Jimmy. Respiro hondo antes de responder, preparándome para las noticias que va a darme. —¿Qué?

—Dom, el golpe va a tener lugar en el muelle... hoy mismo. Van a por ti. Tienen a su sicario infiltrado como guardia de seguridad. Están esperando a que aparezcas.

Se me revuelve el estómago ante sus palabras. Ya está aquí. El golpe finalmente ha llegado. Llevo semanas esperando este momento, desde que me enteré de que alguien le había puesto precio a mi cabeza. Sin embargo, sigo sin saber quién contrató al hombre, y esa es la información que realmente necesito.

—¿Quién lo contrató, Jimmy? —estoy furioso mientras doy media vuelta con el coche, regresando a casa—. Porque para eso te contraté, para que lo averiguaras.

Jimmy tartamudea unas cuantas palabras sin sentido. Me gustaría estrangular al hombre, aunque intento controlar mi genio ya que me acaba de salvar la vida.

—Dom, no es tan fácil —murmura.

Aprieto los dientes, reprimiendo el impulso de gritarle. —Haz que sea fácil, Jimmy. Para eso te pago.

—Lo sé, jefe, pero va a llevar algo de tiempo conseguir ese tipo de información. Unas semanas por lo menos.

Suelto un juramento entre dientes, sintiéndome atrapado y vulnerable. No puedo presentarme en el muelle ahora sabiendo que un sicario me está esperando. Y no puedo ausentarme demasiado tiempo, porque eso levantaría sospechas y me pondría en peligro de que me encontrara quienquiera que me quiera muerto. ¿Cómo que no es tan fácil? Has tenido semanas y ¿todavía no sabes quién ha ordenado matarme? —le ladro al teléfono—. Te he pagado un buen dinero por esta información, Jimmy. Más vale que tengas algo más concreto que un «no es tan fácil».

—Lo siento, Dom, pero he llegado a un callejón sin salida. El tipo que lo contrató usa un servicio de mensajería cifrada para comunicarse. No he podido hackearlo por más que lo intento —admite Jimmy, con la voz temblorosa de miedo.

Respiro hondo y suelto el aire lentamente, tratando de mantener mi temperamento a raya. —Está bien, de acuerdo. Sigue intentándolo. Si descubres algo más, llámame inmediatamente. —Cuelgo y tiro el teléfono sobre el asiento del copiloto.

Ahora, además de todo lo demás, tengo que preocuparme por perder mi cargamento. Ese maldito topo me está saliendo caro, y ni siquiera sé quién podría ser. Crujo los dientes de frustración, pero me obligo a mantenerme concentrado en la tarea que tengo entre manos.

Al entrar en el camino de entrada de mi casa, echo mano a la Glock 19 que llevo guardada en la cintura. Hace tiempo que no he tenido que usarla en defensa propia, pero más vale prevenir que curar. Con

un suspiro profundo, me mentalizo para lo que está por venir y salgo del coche.

Me dirijo hacia mi despacho y vuelvo a sentarme tras mi escritorio. Pensar que he estado tan cerca de morir y que alguien de mi propia organización es quien me ha tendido la trampa es exasperante. Si fuera un hombre más débil, esto me haría acobardarme, caer de rodillas y entregar mi trono. Pero no soy un hombre débil. Soy una bestia, entrenado para cazar a los bastardos que se creen más listos que yo. ¿Es Leo o Nick? Son mis manos derechas, pero ninguno de los dos obtendría mi puesto al mando de la familia. Y simplemente no puedo creer que uno de mis hermanos hiciera algo así; somos de la misma sangre.

Me reclino en mi silla, sumido en mis pensamientos. El topo tiene que ser alguien de quien menos sospeche, alguien en quien confiara plenamente. Pero ¿quién? Me exprimo el cerebro, analizando cada escenario posible en mi cabeza. Necesito averiguar quién es responsable de contratar a ese sicario antes de que vuelvan a intentarlo. Mi primer impulso es interrogar a Nick y a Leo. Si lo hago, sin embargo, mostraré mis cartas demasiado pronto. Si uno de ellos es el topo, dará el aviso a todo el mundo y tendremos una guerra. Si elimino al sicario, surgirá una nueva serpiente en su lugar y el topo sabrá que estamos sobre su pista.

—¡Maldita sea! —gruño, golpeando el escritorio con el puño. Para esto le pago a Jimmy, y más le vale cumplir. Mis ojos captan de nuevo la imagen de Nanette en el circuito cerrado de televisión, saliendo de la habitación. Todo este asunto se ha vuelto mucho más complicado desde que la arrastré a él, pero no pienso devolverla. Ahora no. No desde que sé cómo hacer que Jimmy haga lo que se le ordena.

8

NANETTE

Encontré el camino a la cocina sin ayuda, atraída fuera de mi habitación por el aroma a beicon y a café. Ahora estoy sentada al otro lado de la isla, frente a Mika, observándola servir un desayuno digno de un rey. No he dicho nada al entrar, pero ella tampoco. Me gusta que podamos compartir un silencio agradable. No soy precisamente una persona madrugadora, así que no tener que hablar con ella es algo bueno. Desliza un plato de huevos con beicon frente a mí y luego me entrega un tenedor, seguido de una taza de café. Ella se entretiene limpiando y yo me pongo a comer.

Siento como si no hubiera comido en semanas; estoy hambrienta. Las galletas de anoche fueron un gran tentempié, pero agradezco que sepa cocinar algo más que galletas. Vacío el plato rápidamente y ella se da cuenta. —¿Más desayuno? —pregunta con la sartén en la mano, lista para llenarme el plato de nuevo, pero niego con la cabeza. Si quiero mantener la línea en este lugar, tengo que practicar el mismo autocontrol que tengo en casa. Especialmente porque aquí no puedo salir a correr. —Como quieras —dice, vaciando los restos de la sartén en el triturador de desperdicios.

Doy un sorbo a mi café, sintiendo cómo su calor me reconforta por dentro. Quiero preguntarle cuánto tiempo lleva trabajando para

Dominic y averiguar qué sabe sobre él, pero dudo. No fue precisamente comunicativa cuando le pregunté por él anoche. No estoy segura de cuál es el protocolo en esta casa y lo último que quiero es que vuelva a encerrarme.

—Dominic me dijo cuando llegaste que, si le eras obediente, te daría libertad por la casa. Me alegra que ya no tengas que estar encerrada. Es una forma de vida espantosa —dice Mika, chasqueando la lengua.

Me pregunto si ella también ha tenido que serle obediente, o si sabe lo que significaba para él eso de «ser obediente». Miro al fondo de mi taza de café medio vacía e intento ocultar el bochorno que me tiñe las mejillas de rosa. Me avergüenza admitir que me gustó ser obediente con Dominic.

—Deberías salir al jardín esta mañana. Los pájaros están cantando y hace un día precioso. —Mika friega los platos distraídamente mientras habla, pero yo no la escucho del todo. Mi mente está en otra parte, en aquella cama con él mientras me hacía esas cosas increíbles. Cosas que quiero que me haga de nuevo.

—Ah, y también deberías visitar la biblioteca. Dominic tiene muchísimos libros maravillosos.

Sus palabras despiertan mi interés. —¿Libros? —Doy otro trago al café y me doy cuenta de que se está enfriando. No hay nada peor que el café frío, así que lo aparto y me levanto, alisándome la parte delantera de los vaqueros con las manos—. ¿Dónde está la biblioteca?

Mika tiene las manos sumergidas en el agua, pero señala hacia la puerta con la cabeza. —Al final del pasillo, a la izquierda. La verás enseguida. —Empiezo a caminar hacia la puerta y ella añade—: Pero no entres en ninguna otra habitación. Te arriesgas a que te encierren de nuevo. Solo es un consejo amistoso de mujer a mujer.

Tomo nota de su advertencia, salgo al pasillo y me alejo de la cocina. Las ornamentadas tallas de madera en cada marco de las puertas hablan de historia y dinero. Este lugar debe de tener más de cien años. Cada superficie está decorada con algún tipo de arte que narra historias de personajes y eventos históricos. La forma en que Dominic ha conservado todo esto es casi majestuosa. Me siento atraída por una puerta específica, donde el rostro de una mujer está grabado en la madera con tanto detalle que parece cobrar vida, observándome mientras me muevo.

Me fascina el nivel artístico y me pregunto si habrá más al otro lado del marco, así que pruebo el pomo y veo que no tiene echada la llave. Entro en la habitación, estudiando las intrincadas tallas del marco, y un retrato en la pared me llama la atención. Es una mujer hermosa, pintada a la moda victoriana, pero tiene un aspecto moderno, con unos ojos azules impactantes... ojos que me recuerdan a los de Dominic. Tiene el cabello peinado hacia un lado, enmarcando su rostro en forma de corazón, y su sonrisa me hipnotiza. Juraría que he visto a esta mujer antes en algún sitio, pero no logro ubicar el rostro ni la imagen.

No es una pintura histórica; no reconozco el nombre del artista garabateado en la esquina inferior derecha de la obra. Pero cuanto más la estudio, más convencida estoy de que conozco a esta mujer. Me acerco para verla mejor, casi dispuesta a tocar el cuadro, como si eso fuera a darme alguna conexión con ella; una forma de descubrir quién es simplemente por la proximidad a esta obra de arte.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Dominic truena desde el umbral y me quedo helada. Trago saliva recordando lo que dijo Mika. Debería haberme quedado fuera, pero soy demasiado curiosa. Solo estaba mirando el arte. —No deberías estar aquí —Dominic está furioso, casi enfurecido.

Me doy la vuelta para encararlo y veo su rostro contraído en una mueca de ira. —Yo... —balbuceo, con la esperanza de protestar, pero

se lanza sobre mí a la velocidad del rayo. Sus manos me agarran los brazos y me sacude con fuerza un par de veces.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?

Me safo de él, aterrorizada por este repentino estallido de rabia, pero no dejo que se note mi miedo. —¡Solo es un dormitorio! ¡Estaba mirando el arte! —Me alejo de él, nerviosa por lo que pueda hacerme. Nunca lo había visto tan enfadado. Una vena se le marca en la frente y tiene los ojos desorbitados. También tiene la cara roja y mantiene los puños cerrados a los lados. ¿Por qué le molesta tanto que mire a esta mujer? ¿Quién es ella?

—Eres una invitada aquí, y se supone que los invitados deben cuidar sus modales, no andar husmeando.

—¿Quién es ella, Dom? La mujer del cuadro. —Intento no acobardarme, pero él me agarra de la muñeca y me obliga a ir hacia la puerta contra mi voluntad. Suelto un gemido e intento zafarme de su agarre, pero me sujeta con tanta fuerza que estoy segura de que me dejará marca.

Al empujarme hacia el pasillo, tropiezo y por poco me caigo al intentar mantener el equilibrio. El corazón me late con tal fuerza en el pecho que me asusta que vaya a atravesarme las costillas. Respiro hondo e intento calmarme, pero mi mente va a mil por hora con mil preguntas.

—¿Quién es ella? —pregunto de nuevo, intentando verle mejor la cara a Dominic. No responde, solo sigue mirándome con sus ojos fríos y duros. No sé qué está pensando, si está enfadado, asustado o algo totalmente distinto.

—¿Por qué no me lo quieres decir? —le ruego, alargando la mano hacia él. Pero se aparta de mí, todavía apretando mi muñeca con fuerza.

—No tienes ningún derecho a estar en esta habitación —dice entre dientes—. Y no tienes ningún derecho a hacer preguntas sobre

cosas que no te incumben.

—Pero ella sí me incumbe —digo en voz baja, mirándolo con ojos suplicantes—. No sé por qué, pero siento que la conozco. Como si fuera importante de alguna manera.

Su agarre en mi muñeca se aprieta aún más y hago una mueca de dolor. —Usted no sabe nada —gruño, empujándome con más fuerza hacia el pasillo—. Ahora quítese de mi vista antes de que haga algo de lo que ambos nos arrepintamos.

Vuelvo a tropezar hacia atrás, sintiendo que las lágrimas me escuecen en los ojos. Me niego a llorar delante de él, a dejar que me vea débil. Cierra la puerta con llave y, cuando se gira, me lanza una mirada fulminante, como si esperara que me hubiera esfumado. —¡No quiero que vuelva a preguntar por ella! —advierte con voz baja y amenazadora. Tiene los ojos inyectados en sangre y no puedo evitar sentir miedo.

—¡Lo siento! Solo quería saber quién era...

—No necesitas saber nada de ella —gruñe—. Ahora vuelve a tu habitación y quédate allí hasta que yo diga lo contrario. —Afloja un poco el agarre en mi muñeca e intento zafarme, pero eso solo le enfurece más.

—No intentes pelear conmigo, Nanette —me advierte, y su aliento caliente contra mi cara me hace estremecer—. Yo soy quien manda aquí, y tú harás lo que yo diga. —Se inclina hacia mí, con su rostro a solo unos centímetros del mío, y me doy cuenta de lo alto que es en realidad. Su aroma llena mis fosas nasales; es una mezcla de almizcle, cuero y especias. Resulta embriagador.

—¿Qué vas a hacer? —susurro, sin esperar realmente una respuesta.

—Nada, si haces lo que se te dice. —Me suelta la muñeca por completo y da un paso atrás—. Ahora vete.

Algo se agita en mi interior. Me está ocultando algo, algo de lo que no quiere que sepa nada, y tiene que ver con esa mujer. Mi mente vuela, intentando recordar dónde la he visto antes, porque si consigo averiguar quién es, puede que tenga algo con lo que presionarlo, lo suficiente para sacarnos a Jimmy y a mí de esta situación.

—¿Por qué no me dices quién es? —le pregunto dando un paso hacia delante, y su mano cruza mi cara de un golpe. El dorso de sus nudillos impacta contra mi mejilla con un golpe seco, aunque estoy más atónita que dolorida.

—¿Eso es lo que te gusta, Nanette? ¿Quieres que los hombres abusen de ti? ¿Te va la caña? —Dominic avanza hacia mí, como un gran depredador acorralando a su presa—. ¿Te gusta que te manden? ¿Eso te pone? ¿Es por eso por lo que haces lo que haces?

Trago saliva, pegando la espalda contra la pared. Lo tengo pegado a mí, respirándome sobre la camiseta. No vuelve a tocarme, pero la emoción de que me persiga así me provoca cosas que ningún otro contacto ha logrado jamás. Tiene razón. Estoy tan jodida que esto me pone. La mayoría de las mujeres estarían aterrorizadas ante la proximidad de un hombre de su tamaño con esa rabia en los ojos. Pero yo no. No, mi pasado me jodió tanto que esto es lo que me excita, lo que me pone en marcha.

—¡Cállate! —grito, empujando su pecho con las manos, pero él no se mueve ni un milímetro. ¿Cómo lo sabe? ¿Por qué ha dicho eso? ¿Sabe a qué me dedico? ¿Qué clase de contactos tiene este hombre para encontrar información sobre mí que intento enterrar, para mantenerla en secreto incluso para Jimmy?

—Eso es, Nan. Resístete. ¿Eso es lo que haces? ¿Te haces la víctima para que los hombres con los que te acuestas se vuelvan agresivos solo para que puedas correrte? ¿Eres masoquista también?

Empujo su pecho de nuevo y él atrapa mis muñecas con una de sus enormes manos. —No sabes nada. —Le escupo a la cara y él suelta

una carcajada profunda y siniestra. Es malvado, pura maldad. Puedo verlo en sus ojos. Ha hecho cosas malas, horribles, impronunciables, y puede que yo sea su próxima víctima.

—Sé más de lo que crees.

—No sabes nada —grito, forcejeando contra su agarre, pero es fuerte—. Eres un monstruo. ¿Qué cosas horribles has hecho tú?

Dominic me lame la mejilla y luego me da un mordisco que me hace estremecer. Envía una descarga de deseo por todo mi cuerpo. Quiero luchar, pero no puedo. Mi centro se tensa, doliéndome y creando un charco en mis bragas.

—Cree que yo soy el malo, Nanette, pero usted es igual de mala que yo. Ha hecho cosas muy malas —susurra, y contengo el aliento mientras su rodilla se desliza entre mis muslos—. ¿Te gusta que sean bruscos, Nanette? ¿Te gusta que los hombres te maltraten un poco? ¿Te ayuda a correrte? —Su rodilla presiona contra mi monte de Venus y suelto un gemido.

—¡Cállate! —siseo, pero él no se detiene.

—¿Te hace sentir poderosa o es que simplemente tienes deseos de morir?

—¡Cierra la puta boca, Dominic! —grito empujándole el pecho en el instante en que me suelta las manos, pero, Dios, cuánto lo deseo. Cuando cubre mi boca con la suya, me olvido de la mujer del cuadro y de la rabia de sus ojos. Todo lo que puedo hacer es rendirme ante él, otra vez. Tiene razón. Es una enfermedad que llevo dentro, dejar que un hombre me trate como desee. Cuanto más rudo mejor, cuanto más exigente y furioso, más fuerte es mi orgasmo, y aquí estoy, desgarrándole la ropa porque lo necesito ya, otra vez.

9

DOMINIC

Inmovilizo a Nanette contra la pared, reclamando sus labios como míos. Los labios son para el amor, y nunca hago esto con otra mujer, pero me tiene cogido por los cojones, literalmente. Tiene la mano dentro de mis pantalones, sobándome. Lo desea tanto como yo, y no estoy seguro de querer dárselo así. Pero mi cuerpo necesita esto. Tras la conmoción de esta mañana, no puedo negárselo.

—¿Quieres esto, verdad? —gruño en su oído, apretando mi cuerpo contra el suyo.

Asiente, jadeando mientras sigo besando su cuello y clavícula. Deslizo la mano por su muslo, sintiendo el calor que emana de entre sus piernas. Le arranco los vaqueros de las caderas hasta que se arremolinan en sus rodillas. Sus bragas ya están húmedas y distingo el contorno de su clítoris bajo la tela. Froto mi pulgar sobre él a través del encaje, sintiendo cómo se estremece de placer. Mi propia polla presiona contra el pantalón. La libero de su prisión, masturbándome mientras la provocó.

—¿Te gusta? —pregunto, frotando más rápido y fuerte hasta que empieza a restregarse contra mí—. ¿Quieres más?

Asiente con avidez, desplazo las bragas a un lado y meto un dedo dentro de ella sin avisar. Está tan mojada que se desliza fácilmente. Lo curvo para alcanzar ese punto dulce en su interior. Contiene el aliento mientras se agarra a mis hombros.

—Por favor —suplica, y sé lo que quiere.

Saco el dedo y rasgo sus bragas con un tirón rápido. Jadea ante la exposición repentina, pero antes de que diga nada, saco mi polla y me entierro dentro de ella. Hace tiempo que no tenía sexo tan brusco, pero Nanette despierta algo en mí que nadie más logra, una bestia necesitada de saciarse.

—Te gusta bruto, ¿verdad? Necesitas esto para correrte. Admítelo —ordeno, empotrándome en su agujero estrecho. Ella desgarra mi camisa, abriéndola por delante. Sus manos recorren mi carne, arañando mi piel.

Embisto sin piedad, escuchando el chasquido de carne contra carne mientras gime y grita. Su coño está tenso, y por sus gemidos ahogados sé que está cerca del orgasmo. Quiero oírla gritar, así que cambio de ángulo y la follo en otra posición, golpeando una pared más gruesa en su interior que hace que Nanette grite de placer. Su cuerpo arde, explotando en un orgasmo que la deja temblando y jadeando, aferrándose a mi camisa como un salvavidas. Las paredes de su coño se cierran sobre mi polla, y necesito todo mi autocontrol para no seguirla hacia el éxtasis.

El momento pasa, y ella se hunde contra mi pecho, exhausta, pero no he terminado. Quiero más de ella; quiero oírla gritar mi nombre. Así que cuando me retiro, y ella cree que ha terminado, le doy la vuelta y agarro sus caderas con mis manos. La doblo, accediendo a ese pozo profundo por detrás. Antes de que pueda protestar, vuelvo a penetrarla. Ella gime, y continúo implacablemente mientras levanto su camisa y juego con sus tetas. Su sujetador estorba, así que se lo bajo, pellizcando y tentando sus pequeños brotes tensos hasta que suplica clemencia. Es magnífica así, toda sonrojada y lista para mí. Pero quiero incluso más, así que le doy una palmada en el culo para

colmo. Deja una marca roja de mano en su piel pálida y blanca, y pronto brilla debido a mi maltrato.

—Eres una chica mala —le susurro al oído mientras gime de sorpresa y placer—. Dime qué eres.

—Soy una chica mala —dice jadeando.

—¿Y qué necesitan las chicas malas?

—Necesitan ser castigadas —su voz es profunda y ronca de deseo, pero dice la verdad. Estoy al borde, pero ralentizo mis embestidas, asegurándome de no acabar aún. Su culo está demasiado apretado, demasiado perfecto para precipitarse. Sigo dentro de ella, deslizándome dentro y fuera mientras gime y jadea.

Alargo la mano y agarro un puñado de su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para exponer su cuello. —Eres mía —le gruño en el oído.

Ella gime como respuesta, y sé entonces que va a darme problemas. Pero maldita sea si no me encanta un buen desafío.

Sus músculos se contraen alrededor de mí mientras mantengo mi ritmo lento. Me regodea la sensación de su cálido cuerpo contra el mío, saboreando el dulce tormento de provocarla. Se arquea la espalda al intentar empujarse contra mis embestidas, pero sostengo sus caderas firmemente en su sitio.

—¿Lo quieres más duro? —gruño, con voz cargada de lujuria.

—Sí —jadea, y se contrae. Me recorre una sacudida por el cuerpo. Cedo a su súplica, aumentando la fuerza y velocidad de mis movimientos. Su cuerpo se sacude con cada embestida, sus gemidos se vuelven más fuertes y urgentes. Alargo la mano y se deslizo un dedo dentro de ella, sincronizándolo con el ritmo de mis embestidas. Ella grita de placer al darle en ese punto interno que la enloquece.

—Así está bien —susurro, mi propia liberación a punto de llegar—. Corréte para mí. Sus quejidos se intensifican. Siento su mano mientras se masajea el clítoris, rivalizando con mis manipulaciones.

Le gusta en los dos agujeros a la vez. Qué excitante. —Eres mía —le gruño en el oído—. Dilo.

—Soy tuya —jadea, y aparto sus dedos de su clítoris mientras me enderezo.

—Más fuerte —. La follo con más fuerza y rapidez. Eleva la voz con cada palabra, hasta que grita: —¡Soy tuya, soy tuya! una y otra vez. Su cuerpo tiembla de placer, y sé que yo tampoco tardaré. Su coño empapado casi se siente como el cielo en la tierra contra mi polla.

Sus ruidos se derraman sobre el silencioso complejo de apartamentos, pero a ninguno le importa. Su orgasmo se acerca, y noto el mío acumulándose. Sus paredes se contraen alrededor de mí mientras le doy otra palmada en el culo, viéndolo enrojecerse más mientras grita. Incluso con el dolor, ella sigue queriendo más de mí. Confunde mi pausa con indecisión, así que alarga la mano hacia atrás para agarrar mi polla y llevarla hacia su agujero goteante, restregándola arriba y abajo por la hendidura hasta que el preseminal facilita que se deslice mejor que nada dentro de su entrada. Tardo un momento en recuperar el control, pero luego la embisto contra sus nalgas, forzándome más profundo dentro de Nanette que nunca. Sus gritos de éxtasis llenan el pasillo mientras follamos sin freno.

Meto la mano bajo ella y decido que su clítoris es mío esta mañana. La provoco, la toqueteo y la jalo hasta que suplica que pare. No sé si podría; esto es demasiado bueno. Sus piernas empiezan a temblar, pero no le doy oportunidad de descansar al continuar mi ataque a su suavidad, llenando todos los recovecos hasta que se frota otra vez contra mí, deseando más.

—¡Dios mío! —grita ella, y sé que está al borde de otro orgasmo. Acelero el ritmo, follándola más rápido hasta que está casi allí.

—Estás muy cerca —le susurro al oído, y luego lo muerdo con fuerza. Eso la hace caer por el precipicio, y gime cuando el clímax invade su cuerpo, haciendo que se sacuda y tiemble de éxtasis.

Vuelvo a empujar dentro de ella, profundo y fuerte, y ella se deshace con un grito ahogado.

De repente se pone rígida y grita cuando otro orgasmo la atraviesa. Sus gruesos músculos se aprietan alrededor de mi polla como una tenaza, ordeñándomela a conciencia. Con un último empujón, yo también corro. Mi cuerpo tiembla con su fuerza, mi semen disparándose dentro de ella tan intensamente que no hay manera de que su útero no lo absorba todo. Ella gime suavemente y se desploma contra la pared mientras me aparto de detrás de ella. Me subo los pantalones, observándola estremecerse en el suelo como un charco en el que acabo de chapotear. Es embriagador saber que le he hecho eso.

Se endereza y se ajusta el sujetador, luciendo un poco hecha polvo como si acabara de pasar por el infierno. Me agacho y le quito los vaqueros del todo, mientras sus sandalias caen al suelo. Ella gimotea e intenta lucharme, pero soy más fuerte que ella. Se los doy, colgándolos de un dedo, y ella mira las bragas rotas en el suelo a su lado.

—¿Por qué has hecho eso? Hemos terminado —pregunta, arrebatándose los zapatos y las bragas. Hay una expresión de asco en su cara, pero sé que algo se esconde detrás.

—Porque no me has dado las gracias —respondo, encogiéndome ligeramente de hombros.

—¿Qué?

Cruzo los brazos frente a mí, desafiándola a desobedecerme. Ella me mira, rechinando los dientes. Tiene que ser vergonzoso estar desnuda en un pasillo, pero lo hecho, hecho está. —Adelante, coge tus bragas; de nada.

—Y tú eres un capullo —dice, empezando a ponerse los pantalones.

—No —le digo severamente—. Ve a tu habitación.

Sus ojos se encuentran con los míos con mirada desafiante, pero no dice nada. Se dirige hacia las escaleras, con los hombros encorvados. Esto es parte de la lección que está aprendiendo, obedecerme pase lo que pase, y quizá obtengo cierta satisfacción al verla caminar por el pasillo medio desnuda con mi corrida goteando por su muslo. La curva de su culo y la marca rojiza de mi mano en su nalga hacen que una sonrisa burlona asome en mi cara. La sigo escaleras arriba, notando cómo mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la observa.

—¿No te gusta estar expuesta? ¿No quieres que la gente te vea? —le pregunto, y ella mira por encima del hombro.

—¡Que te jodan!

—Sé quién eres, Nanette. Sé lo que haces.

Ella abre la puerta de su habitación de golpe y la cierra de un portazo cuando entro, pero la atrapo, impidiendo que me golpee. Cree que va a librarse de mí, pero no sabe quién soy, las medidas a las que llegaré para asegurarme de que entienda que estoy al mando. Cierro la puerta suavemente tras entrar, luego me siento en la silla que ocupé esta mañana.

—No sabes nada —dice ella mientras camina directamente a la mesilla de noche y coge unos cuantos pañuelos de la caja, limpiando las pruebas de nuestro sexo de su cuerpo.

—¿A cuántos hombres de esta ciudad te has follado? ¿Al gobernador? ¿Al concejal? —Observo cómo tira los pañuelos y deja caer las sandalias. Lleva sus vaqueros al tocador donde saca unas bragas limpias, sin romper.

—Mi vida personal no es asunto tuyo, bastardo.

—Bestia, te lo dije. Lo prefiero.

Nanette deja caer los vaqueros, agachándose para meter las piernas en las perneras de las bragas, pero chasqueo la lengua. —No. No te

vas a vestir ahora. Siéntate en la cama.

—No puedes hacerme es—

—Siéntate en la cama, Nanette —ordeno, y ella obedece—. Ábrete como una buena chica.

Me pone los ojos en blanco, pero obedece abriendo las piernas para que vea su dulce coño expuesto. —Esa cosa ha follado a muchos hombres. Me sorprende que estés limpia.

—¡¿Cómo lo sabes?! —sisea, cerrando las piernas.

—Una escort de alta categoría no permanece en secreto mucho tiempo en mi mundo.

Mientras las palabras salen de mi boca, ella se encoge. —Por favor, déjame vestirme. Por favor, Dominic, no me gusta esto.

Me levanto abrochándome la camisa. —Vamos a cenar. Te portarás bien o tu hermano no volverá a ver la luz del día. ¿Entiendes?

Asiente, buscando a tientas las bragas. Mientras se las pone, pregunta: —La cicatriz... en tu pecho. ¿Cómo te la hiciste?

Me detengo, con la cabeza gacha, dándole la espalda. —Solo los rotos con belleza pueden ver a la bestia sin su máscara.

La dejo encerrada en la habitación, incapaz de responder a esa pregunta. Es demasiado real, demasiado crudo. Tuvo que ir allí, hurgar en mis heridas. Me lleva directo a la habitación de la que acabo de echarla. Necesito ver ese retrato, sentir ese dolor otra vez. Me alimenta, me recuerda por qué hago lo que hago. Mi madre necesita venganza. No es justo lo que le hicieron, cómo la lastimaron.

Entro en la habitación y miro el cuadro, deseando tener un vaso de whisky. Nanette no tenía nada que hacer aquí viendo esto. Algunas cosas deben mantenerse privadas, atesoradas. Esta habitación está tal como la dejó madre, intacta excepto por la mancha de sangre en

el suelo junto a su tocador. La restregué con mis propias manos. Miro allí, sabiendo cómo la encontraron, cómo la encontré yo. No es justo.

La rabia burbujea en mi pecho y golpeo mi muslo con el puño. Castigarme no ayudará, pero me da una salida. Respiro hondo, acercándome al retrato. Hace años que no lo miro bien. La última vez fue en el funeral de madre cuando tuve que dar el elogio. Recuerdo mirarlo entonces también, intentando reunir todas las cosas buenas que podía decir sobre ella.

Pero ahora, de pie solo con su pintura, me permito mirar de verdad. Es inquietante lo mucho que nos parecemos. Su pelo castaño es como el mío, su nariz pequeña y labios finos. En este retrato lleva un vestido azul que resalta el verde de sus ojos. No tuve a nadie más después de que me la arrebataran, y ahora todos pagarán por lo ocurrido.

Suelto un suspiro profundo y retrocedo del cuadro antes de girarme para salir de la habitación. Al pasar junto a su tocador, vislumbro algo que me hace detenerme. Es la carta que encontré junto a ella. Ladeo la cabeza al acercarme y la cojo para leer lo escrito con la delicada caligrafía de mi madre.

—Mi queridísimo Dominic,

Si lees esta nota, significa que ya no estoy contigo en este mundo. Pero por favor no llores por mí, mi amor. Sabe que ahora estoy en paz y libre del dolor que me causaron.

Quiero que sepas que nunca dejé de pensar en ti, ni siquiera en mis momentos más oscuros. Siempre fuiste mi luz en este mundo. Por favor no permitas que su crueldad apague esa luz, cariño. Vive tu vida al máximo y asegúrate de que se haga justicia.

Con todo mi amor,

Madre—

Las lágrimas asoman en mis ojos al leer sus palabras, sintiendo una mezcla de tristeza y rabia que me invade como olas rompiendo contra la orilla.

—No te defraudaré, madre —digo a la habitación vacía antes de guardar la nota en mi bolsillo y marcharme.

10

NANETTE

Paso gran parte del día en mi habitación, aunque he bajado a la cocina para almorzar. He dormido la siesta, pero me siento fatigada esta tarde mientras me visto para la cena. Mika me ha dicho qué vestido tenía que ponerme; órdenes que le ha transmitido Dominic. Odio la forma en que me hace sentir como si fuera una esclava, que solo está aquí para cumplir sus deseos. Pero también me gusta.

El vestido es bastante agradable, de color violeta pastel con volantes en los tirantes finos. El corpiño me queda perfecto. Es como si hubiera mandado hacer estos vestidos a medida para mí. Como si se supiera mis medidas de memoria con solo mirarme. No es así; no puede ser. Ningún hombre es tan listo ni tiene tantos contactos. E incluso si lo es, ¿quién se cree que es para elegirme ropa que yo nunca me pondría si fuera yo quien escogiera las cosas? Es como si estuviera intentando ablandarme o algo así. No necesito que me ablanden. Este mundo me ha hecho dura, y esa es quien soy ahora. Necesito esa firmeza o de lo contrario...

Me detengo frente al espejo reflexionando sobre la mañana, sobre cómo me ha hecho sentir Dominic. Sus conocimientos no se limitan a mi talla de ropa. Es como si sus manos supieran exactamente

cómo me gusta que me toquen. Como si, intuitivamente, trazara un mapa de mi cuerpo y lo memorizara, para luego seguir el mapa como una guía y llevarme al borde del éxtasis solo para sumergirme en las profundidades del orgasmo una y otra vez. ¿Pero por qué le importa?

Estoy dañada, soy un traje arrugado... la caja de Pandora. Lo que guardo en mi interior es tóxico y, si abre la puerta equivocada, sangraré oscuridad sobre su alma. Pero es como si él lo deseara. Quiere a una chica rota que necesita ser maltratada para disfrutar. Los hombres ricos, poderosos y mayores son los que yo elijo, probablemente porque fui víctima de los abusos de uno. Se me metió en la cabeza, me arruinó. Ahora es mi prototipo, y lo odio. Los hombres que busco no son hombres a los que nadie debería desear, pero aquí estoy, como una pobre huérfana enferma, adulándolos hasta que me echan a perder con su lujuria. De todos modos, no es que tenga muchas opciones. Elegí ser acompañante porque no tengo habilidades ni estudios. Se paga bien y satisface una necesidad que tengo... a veces.

Apartando esos pensamientos, me ahueco el pelo. Me gusta llevarlo suelto, pero sé que a Dominic probablemente también le guste así. Así que me lo recojo. No ha dejado ninguna horquilla ni clip en mi habitación, así que me retuerzo el pelo en un nudo hasta que queda amontonado sobre mi cabeza y sujeto sobre sí mismo. Unos pocos mechones sueltos me enmarcan la cara y creo que queda elegante. Tras un toque de maquillaje, estoy lista para salir a cenar.

Dominic ha dicho que Jimmy estaría allí, así que tengo ganas de verle. Sé que tendré que *portarme bien*, como dice Dominic, pero al menos podré verle, para asegurarme de que esté bien. Cuando le vendé la herida del costado, parecía sentir mucho dolor. Espero que fuera a urgencias y le dieran puntos. Dominic le dejó las costillas hechas un asco. Y este trabajo, sea lo que sea, tiene que terminarlo para que yo pueda salir de esta maldita casa. Quiero recuperar mi vida y solo han pasado dos días.

Alguien llama a la puerta y me giro para ver a Dominic allí de pie, con un esmoquin negro. Está increíble, con el pelo peinado hacia un lado pero todavía colgándole sobre sus ojos oscuros y melancólicos. No se ha afeitado; parece ser su toque personal, la sombra de barba de varios días. Sus ojos me escanean, como si buscaran algún fallo o defecto. No es el tipo de examen que te hace un hombre cuando se siente excitado por ti, sino una mirada fría y dura para comprobar la calidad. Me siento como un juguete que está siendo examinado antes de ser comprado; salvo que sé que él no tiene intención de comprar nada. Solo de jugar conmigo gratis.

—¿Está lista?

Asiento con la cabeza, girándome para ver mi reflejo una última vez. Me siento bien arreglada aunque no me guste la forma en que me obliga a vestir. Cuando me vuelvo y me dirijo hacia el par de tacones plateados de tiras, él chasquea la lengua y levanto la vista hacia él.

—¿De verdad va a llevar el pelo así? —sus cejas se fruncen y yo pongo los ojos en blanco.

—Sí, de verdad. —Cojo los tacones y me los pongo, y él no dice ni una palabra más, aunque me doy cuenta de que no está muy contento con mi peinado—. Eso, por supuesto, me hace feliz.

Me guía por el pasillo y luego baja las escaleras. Un coche nos espera al salir del lugar. Soy una ingenua por pensar que simplemente subiremos al coche y conduciremos hasta el restaurante donde cenaremos, pero en cuanto estamos dentro, él mete la mano en el bolsillo y saca un pañuelo.

—Ya conoce el procedimiento —me dice. Al menos este es de una tela más suave y, por el lado positivo, tengo el pelo recogido, así que no se me desordenará. Me ato la prenda alrededor de los ojos y me recuesto mientras el coche se pone en marcha. Mi mente ya está bullendo con preguntas que quiero hacerle a Jimmy. Me pregunto si Dominic se enfadará cuando se las haga, pero no soy un adorno

para ser solo contemplada. Diré lo que pienso cuando se presente la oportunidad.

—¿Dónde vamos a cenar? —pregunto.

—A un restaurante familiar, le gustará. —Habla con autoridad, como si conociera mis gustos y aversiones. Es demasiado engreído. Alguien debería bajarle los humos. Un hombre como él tiene recursos, claro, pero son limitados. Tal vez sepa dónde vivo, a qué me dedico. Puede que incluso sepa lo que me pasó; no es que no hubiera cobertura informativa de lo que le ocurrió a Jimmy. Es inteligente; habría unido las piezas. ¿Pero mis gustos y aversiones?

—¿Es usted ruso? ¿Qué planea darme de comer? ¿Borsch? —Me mofo, sabiendo que odio profundamente el borsch. Si pudiera verme, me vería poniendo los ojos en blanco de nuevo.

—No, planeo pedirle la *okroshka* con *pelmeni*. —Lo dice con tal confianza que solo puedo creer que de verdad piensa que me gustará. Curiosamente, eso aplaca mi frustración y cambio de tema.

—¿Le ha hecho daño?

—¿A quién? —Dominic se hace el tonto. Sabe perfectamente de quién estoy hablando.

—A mi hermano. ¿Le ha hecho daño? ¿Tendré que vendarle más tajos en las costillas? —Uso un tono que comunica mi asco por su fuerza bruta. Jimmy es un alma sensible en el fondo. Nunca tengo que hacer mucho más que lanzarle una mirada y me hace caso; un hombre hecho y derecho mayor que yo que sigue escuchando a su hermana sobre cosas como gatos callejeros y cuencos de agua.

—Jimmy estará bien si cumple con su trabajo. —Dominic se aclara la garganta y oigo rechinar el cuero de su asiento—. Sin embargo, si causa problemas esta noche, hay una bala con su nombre. ¿Qué le parece eso?

Me muerdo la lengua. Tengo ganas de arremeter contra él y decirle lo imbécil que es, pero sé que eso solo incitará su ira. Por mucho que me guste enfurecerle, quiero que esté tranquilo para poder disfrutar de mi tiempo con Jimmy.

El resto del trayecto en coche transcurre en silencio y, cuando Dominic se inclina para quitarme la venda, parpadeo al abrir los ojos y veo que estamos en el corazón de la ciudad de Nueva York. Si no me hubiera criado por aquí, estaría estirando el cuello como los turistas. Estos edificios ya no son ninguna novedad para mí, y solo quiero llegar al restaurante. Así que, cuando el coche se detiene, apenas espero a que el chófer dé la vuelta y abra la puerta.

—¿Vamos? —pregunta Dominic, ofreciéndome su brazo, y yo apoyo la mano en él. Me guía a través de la puerta principal de un local ruso. Ni siquiera puedo leer el nombre, y mucho menos pronunciarlo, y todo el mundo habla lo que a mí me suena a balbuceos. Sonrío y asiento cuando una mujer educada me dice algo en el mostrador de recepción y la sigo a ella y a Dominic mientras serpentean entre las mesas. A la que nos conduce está en el centro de la sala, rodeada por docenas de otros clientes.

Jimmy está esperando. Se levanta para recibirme, ofreciéndome un abrazo. Sus manos se deslizan por mis brazos hasta mis manos, donde las aprieta. Me mira a los ojos. —¿Estás bien? ¿Te está tratando bien? —pregunta Jimmy en un susurro apresurado.

—Deberíamos sentarnos —dice Dominic con severidad, sujetándose la corbata contra el pecho. Asiento, no queriendo enfurecerle. Ya habrá tiempo de sobra para disfrutar poniéndonos al día mientras cenamos.

Jimmy me lanza una mirada nerviosa, pero él también asiente y nos sentamos, seguidos por Dominic.

El restaurante está tranquilo a pesar de la multitud que hay comiendo. Manteles blancos adornan cada mesa, con cubiertos de plata y servilletas de tela negra. Este no es un lugar barato, aunque

con el dinero de Dominic, dudo mucho que coma alguna vez en lo que yo consideraría un sitio barato. Incluso los camareros visten de etiqueta rigurosa. El nuestro se acerca y Dominic pide en ruso, otro revoltijo de palabras ininteligibles. Cuando el camarero se marcha, se vuelve hacia Jimmy.

—¿Alguna novedad todavía? —Dominic despliega su servilleta y se la coloca sobre el regazo. Me quedo sentada nerviosa, esperando mi oportunidad para hablar con Jimmy sin causar un alboroto.

—Tal vez, estoy siguiendo una pista. Más vínculos con el tipo italiano, y un posible rastro que remite a usted. Tengo que estar seguro y estoy esperando a una fuente. —Jimmy habla con Dominic con un tono seguro, aunque sé que es una fachada. Ese no es mi Jimmy, no después de lo que pasó. Ni siquiera el traje elegante que lleva podría darle esa dosis de confianza. Sin embargo, es un buen actor; debería haber estado en Broadway.

—Bien, necesito ese informe en cuanto su fuente le transmita la información. —Dominic asiente a un camarero que se aproxima con dos copas de vino, una botella de vino y una cerveza. Coloca la cerveza frente a Jimmy; una especie de malta de centeno llamada *kvass*. Incluso conoce los gustos de Jimmy, lo cual está empezando a preocuparme.

El camarero pone una copa de vino frente a mí y otra frente a Dominic y las llena hasta el borde, luego asiente, sonríe y se marcha sin decir palabra. Observo cómo Dominic agarra con elegancia la copa y bebe de ella, aunque yo no haré lo mismo. Quiero tener la cabeza despejada. Me vuelvo hacia Jimmy mientras Dominic toma su bebida.

—¿Cómo te sientes? ¿Cómo tienes las costillas? —Quiero alargar la mano y tocarle, agarrarle la muñeca y sostener su mano mientras hablamos. Estoy preocupada por él, pero no me atrevo a enfadar a Dominic.

—Estoy bien. La herida está cicatrizando. Ahora solo hay que centrarse en los negocios.

—No tienes por qué hacer esto, Jimmy. Es muy peligroso. —Intento alcanzarle, y Dominic se aclara la garganta. La forma en que se ajusta la chaqueta deja a la vista la Glock enfundada contra su pecho, bajo el brazo. Trago saliva con dificultad y me recuesto, cogiendo con nerviosismo mi copa de vino sin pensar. Doy un sorbo mientras Dominic habla.

—El trabajo se hará, y ya le advertí que no montara una escena, Nanette. Está aquí por una sola razón. —Se cierra la chaqueta y se inclina hacia delante con una sonrisa siniestra en el rostro. No sé qué propósito tiene traerme a cenar con él y con Jimmy si no se me permite decir lo que pienso.

El vino está bueno, y es fuerte también. Después de solo unos sorbos, siento un hormigueo en el cuello y los hombros. Odio que esté tan rico porque no quiero emborracharme, pero me apetece beber más. Jimmy y Dominic se sumergen en una conversación sobre cosas que no entiendo. Hablan principalmente en clave, pero sé que se refieren al trabajo. Intento distraerme estudiando la sala, pero la gente de aquí parece pretenciosa. No es mi ambiente en absoluto. Tienen los dedos meñiques levantados y preferiría rompérselos antes que unirme a ellos.

—¡Nan! —espeta Jimmy en un susurro brusco. El camarero está ahí, listo para deslizar mi plato frente a mí, pero tengo los codos sobre la mesa y estoy estorbando. Me echo hacia atrás apresuradamente, mostrando una expresión de vergüenza.

—Lo siento. Estaba absorta en mis pensamientos.

El hombre me sonríe suavemente y coloca la comida delante de mí. El aroma llega a mi nariz e instantáneamente me siento en el cielo. Huele delicioso y empiezo a salivar. Miro de reojo a Dominic, que ni siquiera me está mirando. No solo es engreído; está tan seguro de sí mismo que ni siquiera tiene que verme dar el primer bocado para

saber que tiene razón. Lo hago rápido, tomando a hurtadillas una cucharada de la sopa antes de que pueda verme la cara. Se deshace en mi boca como por arte de magia y entro en puro éxtasis. Odio que tenga razón, que me conozca de esta manera. Y le odio a él, por ninguna otra razón más que por el hecho de que parece ir siempre dos pasos por delante.

Llevo tres bocados cuando levanto la vista y veo una sonrisa de suficiencia en el rostro de Dominic. Él aún no ha tocado su comida. Disfruto tanto de la sopa que ni siquiera puedo lanzarle una mala mirada; no es físicamente posible mientras estoy tan embelesada con la comida. Sin embargo, cuando miro a Jimmy, se me para el corazón. Tiene la cara roja y los ojos entrecerrados. Miro sus manos, cerradas en puño junto a su plato. Está mirando por encima de mi hombro a algo o a alguien que hay detrás de mí. No quiero saber qué es lo que tiene a Jimmy tan alterado pero, como cualquier víctima de un thriller, tengo que girarme para mirar.

El vello de mis brazos y de la nuca se eriza, como pequeños soldados obedeciendo a mi respuesta de lucha o huida. Me giro lentamente, anticipando algo que podría darme un susto de muerte, y no me equivoco.

Ataviado con un esmoquin negro con fajín y corbata plateados se encuentra mi peor pesadilla. Sonríe como un tonto con unos dientes blancos perfectos. Su pelo es plateado ahora, no el pelo negro azabache que tenía cuando aquello ocurrió, pero es el mismo hombre. Los mismos ojos negros como cuentas, la misma cicatriz en la ceja derecha, el mismo labio torcido. ¿Ronald James Gallagher III está aquí?

Se me oprime el pecho, mi sexo se contrae al instante, cerrándose por el terror. Creo que voy a vomitar, lo cual es una lástima porque me encanta esta comida. Pero la respuesta del miedo es demasiado fuerte. El corazón me late a mil por hora y me sudan las palmas de las manos. Miro a Dominic y veo que me está estudiando, como a un ratón en una incubadora con el que están experimentando. En sus

ojos veo algo extraño, como si realmente estuviera intentando provocarme o descubrir de qué pasta estamos hechos Jimmy y yo.

—Buenas noches, Dominic..., Nan, Jimmy —dice el hombre, guiñando un ojo—. Me alegra verles de nuevo. —Apoya las manos en el respaldo de la silla vacía que hay junto a mí y siento que se me sube la bilis.

Dominic planeó esto. Tuvo que hacerlo. Jimmy está rojo de ira, a punto de explotar, y yo le cojo la mano. —Está bien, Jimmy. No montes una escena.

—¿Una escena? —espeta en un susurro violento—. Ese hombre intentó matarme.

La chaqueta de Dominic se abre de nuevo, mostrándonos la pistola tanto a Jimmy como a mí, y Jimmy se calma como un perro adiestrado. Yo, sin embargo, sigo presa del pánico. Estoy temblando, incapaz de detener la descarga de adrenalina en mi cuerpo. Sigo temblando mientras Dominic se levanta, alejando a Gallagher de nosotros, y no paro hasta que estamos de vuelta en su casa y estoy hecha un ovillo sobre la cama.

No sé qué pretendía demostrar más allá de que sabe lo que me pasó, pero me ha destrozado. Cojo la botella de whisky que ha quedado sobre la mesita de noche junto a un vaso limpio y bebo directamente de la botella. Antes de que la botella esté a la mitad, me he quedado traspuesta, atormentada por pesadillas en las que Ronald Gallagher me clava las garras en la piel.

11

DOMINIC

Estoy sentado observándola dormir. Se la ve tan tranquila cuando duerme, lo cual dista mucho del berrinche que ha tenido de camino a casa y la forma en que me ha agredido con los puños, como si pudiera hacerme daño. El hecho de que viera a Gallagher no ha sido más que la punta del iceberg de lo que tengo planeado. Ella no lo sabe, pero estoy planeando algo más que una simple venganza por la muerte de mi madre. Nanette ha despertado algo en mí que necesitaba cobrar vida, una parte de mí que llevaba mucho tiempo muerta.

Ahora descansa, gracias al té que Mika le ha preparado de nuevo. Se lo ha bebido de buena gana; ni siquiera he tenido que dárselo a escondidas sin que se diera cuenta. Mika le ha dicho que la ayudaría a dormir, y ahora yace en esa cama roncando, aunque su sueño es inquieto. Estoy seguro de que está plagado de pesadillas por cómo da vueltas. Gime y lanza golpes al aire, su cerebro procesa en sueños lo que ella se niega a permitir que su corazón sienta durante las horas de vigilia.

Doy un sorbo a mi whisky, preguntándome cómo será el interior de su mente. Sé lo que se siente al estar atrapado en la mía. Mis peores enemigos no sufren como yo, aunque haré que sufran por lo que

hicieron. Solo quedan unas pocas piezas por colocar, cosas que deben alinearse, información que necesito. Y ahí es donde entra Jimmy. Más le vale a ese bufón darme pronto los resultados que necesito, porque necesito que todo fructifique al mismo tiempo.

Levanto la vista cuando se abre la puerta. Es Jimmy, que entra tambaleándose con la nariz ensangrentada. Se aprieta un pañuelo contra la cara para evitar que la sangre manche su ropa; un regalo mío tras el azote que ha sufrido. Su intento de darle una paliza a Gallagher ha vuelto a fracasar, aunque esta vez se ha debido únicamente a que el portero del restaurante lo ha apartado del hombre mayor. Ha sido todo un espectáculo y Nanette se lo ha perdido. En ese momento ella ya estaba escondida en mi coche. Conmocionada hasta la médula.

—Bastardo enfermo —dice Jimmy, retirando el paño empapado en sangre de su cara para mirarlo y luego volviéndolo a presionar. Se sienta en uno de los sillones de cuero de la esquina de mi habitación, con los ojos fijos en mí.

—Enfermo es un término relativo. Ni siquiera sabes hasta dónde llega mi enfermedad, Jimmy. —Vuelvo a mirar la pantalla donde aparece Nanette, que vuelve a dar vueltas. La manta está enrollada con fuerza alrededor de su torso, con sus largas piernas desparramadas por la cama. Sus bragas negras asoman, sexis de cojones, pero no resultan tentadoras en este momento. Tengo asuntos pendientes y ella necesita descansar.

Los ojos adiestrados de Jimmy se dirigen al monitor y se queda boquiabierto. Se levanta y se acerca, inclinándose para ver mejor. Se le desencaja la mandíbula y jadea. —Es mi hermana, pervertido. ¿Estás vigilando a mi hermana? ¡Apaga eso! —intenta alcanzar el monitor, pero allí no hay ningún botón de apagado. No podrá apagarlo. Sus manos buscan frenéticamente el botón que no existe y su trapo ensangrentado cae al suelo, mientras un hilo de líquido rojo y pegajoso le recorre el labio superior.

—No pierdas el tiempo, Jimmy. No hay interruptor de apagado y no voy a apagarlo. ¿Ves lo inquieta que está? ¿Ves lo atormentada que está en sueños? Tú le hiciste esto, Jimmy. Tú.

Se gira para fulminarme con la mirada y se inclina sobre mi escritorio como si hubiera olvidado la lección que acaba de aprender. Nadie se mete con Dominic Gusev, al menos no los que deseen seguir viviendo.

—Bastardo enfermo. ¿Te pone verla? ¿También la miras cuando se cambia? ¿Imaginas fantasías enfermas con ella y te tocas? —Empuja los papeles de mi escritorio al suelo y se pasa el dorso del brazo por la cara, limpiándose la sangre. Se mancha la camisa, aunque ya estaba arruinada por el altercado en el restaurante.

—¿Quién necesita masturbarse cuando Nanette se inclina y se levanta la falda libremente? Es un buen pedazo de mujer, Jimmy.

Mi comentario hace que se abalance sobre mi escritorio con los puños cerrados. Cree que es más fuerte que yo, pero lo detengo agarrándolo por la muñeca y retorciéndosela. Cae por el extremo del escritorio hecho un ovillo de gemidos y alaridos, hasta que no es más que un montón de carne gimoteante a mis pies. Lo suelto y se aleja a gatas.

—No puedo creer qué clase de hombre eres. Estás realmente enfermo, ¿lo sabes? —pregunta.

—¿Más enfermo que Gallagher? —Observo cómo me mira con furia, entornando los ojos. Me está analizando, intentando adivinar mi juego, pero no hay ningún juego. Esta vez no. Necesito mis respuestas y mi venganza, y Jimmy tendrá la oportunidad de demostrar su valía si se limita a seguir mis instrucciones también.

—¿A qué te refieres? —Se está haciendo el tonto, como si yo no supiera ya que Gallagher abusó de Nanette durante años antes de violarla delante de su propio hermano.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —Me levanto y me ajusto la corbata, volviendo a mirar el monitor. Nanette gime, lanzando manotazos al aire de nuevo; ahora tiene todo el cuerpo al descubierto. La camiseta de tirantes que lleva está amontonada alrededor de su pecho; su cuerpo está ahora acurrucado en posición fetal. Está luchando, buscando su propia venganza ahora, y quiero dársela.

—No sabes nada, Dominic. Tienes que mantenerte al margen. Estoy aquí para hacer un trabajo para ti, nada más. Mantén tus manos alejadas de mi hermana. —Dice su parte desde varios pasos de distancia esta vez, sin intentar dañarme. Es algo bueno. Yo no me ando con chiquitas. Jimmy saldrá de aquí mucho más ensangrentado si intenta agredirme como hizo Nanette en el coche. El fuego que tiene esa mujer...

—Sé más de lo que crees, ahora necesito saber quién me persigue. ¿Quién de mi organización quiere acabar conmigo y por qué? —fijo mi mirada en él y se acobarda ante su precisión láser. Jimmy no es un cobarde como pensaba, pero aún no ha obtenido los resultados que necesito.

—Estoy en ello. He reducido la búsqueda a unas cuantas personas que tienen posibles conexiones, solo tienes que darme tiempo. —Se frota la muñeca por donde lo he agarrado y sorbe por la nariz. Por el momento, la sangre vuelve a subir por su fosa nasal, pero volverá a bajar.

—Nombres, Jimmy, necesito nombres. Los necesito antes de que se consume el atentado. Te das cuenta de que no cobrarás si estoy muerto. Y te das cuenta de que si me matan, sabrán que te contraté. Está todo en mi banca personal. ¿Y entonces qué? ¿Entonces quién protegerá a Nan? ¿Quién la vengará? —Vuelvo a bajar la vista hacia él, frunciendo los labios. No se da cuenta realmente de lo que está en juego aquí.

—¿Qué? —balbucea, frotándose la nariz. Retrocede hasta la esquina de la habitación donde le espera el sillón de cuero. Allí está más

oscuro, como si se escondiera en las sombras asustado por lo que estoy diciendo.

—¿Crees que te irás de rositas si me matan? —Me mofo, riéndome de él—. Mis hermanos te darán caza cuando todo esto termine. No puedes simplemente marcharte de esta familia. Ahora eres mío, Jimmy, te guste o no. Así que danos los resultados que necesito, o ni tú ni tu hermana saldréis vivos de esto.

Esa última parte, por muy cierta que sea para él, nunca será cierta para Nanette. Ya he establecido un plan de contingencia para ella. Saldrá intacta de esto si es inteligente. Jimmy, en cambio...

—No puedes hacer eso. Se suponía que solo tenía que conseguir información y eliminar al topo.

—Las cosas cambian. Ahora, termina el trabajo o ya sabes lo que pasa —me siento mientras Jimmy se limpia la nariz de nuevo. Ahora parece aterrorizado, que es exactamente como quiero que esté—. Termina este trabajo o será tu cuello y también el de tu hermana.

—No puedes...

Antes de que pueda siquiera responder, saco mi pistola y disparo un tiro por encima de su cabeza. Impacta en el yeso y lo rocía de polvo en la cabeza y los hombros. Él salta del susto y yo niego con la cabeza. —No aprenderás nunca, ¿verdad? Fuera de mi despacho.

Jimmy se levanta de un salto y sale corriendo, y oigo el portazo de la entrada. Echo un vistazo al monitor. Nanette ni siquiera se ha inmutado. Yace allí tranquila ahora, los terrores nocturnos se han ido por el momento. Alargo la mano hacia atrás, hacia mi viejo mueble bar, y me sirvo otro vaso de whisky. Necesito pensar, necesito tiempo para procesar la rabia que corre por mis venas.

Si Nanette estuviera despierta, me descargaría en ella, le haría sentir lo poderoso que soy, que puedo hacer cosas con las que ella solo sueña. Pero ella necesita descanso y yo necesito venganza.

Salgo al pasillo y me dirijo a la antigua habitación de mi madre. La puerta está cerrada. Uso la llave que tengo escondida en el bolsillo para abrirla y entro. Estoy muy cerca de averiguar quién hizo esto, quién dejó entrar a ese maníaco en esta casa para hacerle daño. Quién planea asesinarme a mí también, para silenciarme y que el público no sepa qué monstruo tienen merodeando a su alrededor.

Me acerco al gran retrato de ella y lo miro fijamente, sintiendo la rabia latir en mis venas. He llorado demasiadas lágrimas sobre este cuadro y lo he mirado durante demasiadas horas. Ningún niño debería pasar por lo que yo pasé, y no me refiero a la forma salvaje en que aquel hombre casi me destripa. Me refiero a cómo entré y lo encontré violándola, forzándola mientras le tapaba la boca con la mano.

La furia brota en mi pecho y me bebo el whisky de un trago, lanzando el vaso contra la pared en un arrebato. Se hace añicos contra la pared, y los restos de whisky y fragmentos de cristal se desparraman por el suelo debajo del impacto. Mi pecho sube y baja con una emoción contenida. No puedo pensar con claridad. Las imágenes pasan por mi cabeza: mamá en el suelo, el hombre agrediéndola. Intento por millonésima vez imaginar la cara del hombre, recordar lo que he bloqueado durante tanto tiempo, pero no sirve de nada. Su rostro es un borrón y mi memoria está nublada.

—¡Ahhhhh! —grito, dejando que la rabia se apodere de mí. Ya no me voy a contener más. Me está matando. Me desahogo, rompiendo primero la lámpara y luego el jarrón de la cómoda. Pierdo el control, destrozando la habitación del mismo modo que Nanette destrozó la suya. Nada queda intacto, nada excepto el retrato de mi madre.

Cuando la habitación está patas arriba y yo estoy agotado, inclinado con las manos en las rodillas, alzo la vista hacia sus ojos. Ella me persigue, implorándome que encuentre al hombre que le hizo daño y le haga pagar. Su mirada me suplica; lo ha hecho desde el día en que intenté detenerlo. Acabé en una ambulancia desangrándome,

jadeando por aire. La cicatriz que me cruza el pecho y el costado es la prueba de la justicia que se debe. Y ese hombre pagará.

Pagará por haberla herido. Pagará por haberme herido a mí. Por los días en que ni siquiera se me permitió entrar en esta habitación. Por las horas que lloré ante su puerta, pidiéndole que me dejara entrar, una vez que regresé del hospital. Por la forma en que mi padre cambió: la oscuridad que todavía nubla sus ojos a día de hoy mientras se prepara para entregarme la familia. El hombre responsable de destruir a mi familia no quedará sin castigo.

Me incorporo y veo sangre en mis manos, probablemente de algo que he roto. Me la limpio en los pantalones y noto la llave todavía en mi bolsillo. Esta habitación es sagrada. Nadie entra aquí excepto yo. No tengo energía para limpiar esta noche, así que lo dejo estar, salgo de la habitación y cierro con llave detrás de mí. Nunca tuve que cerrar con llave hasta que vino Nanette. Ahora tengo que obligarme a recordarlo.

Me tiembla la mano al meter la llave en la cerradura, tintineando contra el pomo. Necesito relajarme, sentarme y dejar que me baje la presión arterial. Lo que necesito es una liberación, del tipo que solo me da el sexo, pero Nanette está durmiendo y ahora mismo no puedo ni pensar en otra mujer. Nan y yo tenemos demasiado en común, somos demasiado parecidos.

Está oscuro cuando vuelvo a mi despacho, escondiéndome tras mi escritorio. Mika ha apagado las luces, probablemente asumiendo que me he retirado por la noche. Pero el circuito cerrado de televisión sigue funcionando en la habitación de Nanette. Ahora está tapada, probablemente se ha despertado por el frío y se ha dado cuenta de que se había quitado la manta en su sueño inquieto. Vuelve a estar tranquila, como si los tormentos nocturnos ni siquiera la hubieran afectado esta noche.

Está preciosa ahí tumbada, incluso angelical. Me recuerda a mi madre también, un alma torturada a su manera. No puedo dejar que le pase a Nanette lo que le pasó a mi madre. Mis puños se cierran

instintivamente y me siento protector. Ahora es mía, le guste o no, y yo protejo mis cosas. Nadie la tocará y nadie le hará daño, no si yo tengo algo que decir al respecto.

Y la forma sórdida en que Gallagher la miraba, como si hubiera probado el fruto prohibido... Podría haberle cortado el cuello allí mismo, pero ese ajuste de cuentas no me corresponde a mí. Todo lo que puedo hacer es asegurarme de que Nanette no corra la misma suerte que mamá.

Se mueve, quitándose de nuevo las sábanas, y veo su silueta de seda estirada sobre la cama. Su mano se desliza hacia su monte de Venus, masajeándolo en sueños. Me pregunto si hace esto a menudo, tocarse a causa de un sueño. Me excita verla, aunque no puedo evitar preguntarme también si estará pensando en mí o en alguien más. Nanette ha llevado una vida muy intensa desde su época con Gallagher. Quiero acabar con eso por ella. No necesita entregar su cuerpo a hombres ricos y abusivos. No cuando tiene todo lo que necesita para liberarse de ello para siempre: esa compulsión de repetir aquel suceso una y otra vez de formas que la hagan sentir poderosa en lugar de impotente.

Ni siquiera se da cuenta de cómo lo hace, pero yo sí. Veo cómo utiliza sus encantos femeninos para intentar manipular mis emociones, para sentirse la seductora en lugar de la dominada. Intenta vengarse de Gallagher a su manera, pero nunca funcionará, y cuando se dé cuenta de ello, correrá la sangre. Solo ruego que no sea la suya.

12

NANETTE

Me despierto sobresaltada en una habitación vacía. Estoy cansada, demasiado cansada. Siento que el fármaco que Mika me puso anoche en el té era demasiado fuerte, pero lo acepté de buen grado. Después de lo ocurrido en el restaurante, sabía que me costaría dormir, y tenía razón. Siento como si hubiera pasado por una guerra: dolores corporales, de cabeza y aturdimiento.

Salgo de la cama y me pongo unos pantalones cortos y una camiseta. No quiero quedarme encerrada en este cuarto todo el día. Puede que Dominic haya provocado algo horrible a propósito solo para demostrar su poder, pero no soy una víctima. Me niego a permitir que me controle de esa manera. Soy poderosa, lo bastante fuerte como para superar lo que me pasó hace años, así que ¿por qué no superar esto también?

Deslizo los pies en las bailarinas y salgo por la puerta, dirigiéndome hacia el aroma de huevos con beicon. Mika está esperándome en cuanto entro, como si estuviera vigilando mi sueño para saber cuándo empezar a preparar mi comida. Me pregunto cómo lo hace, y si lo hace también por Dominic, o si yo soy especial. Me desplomo en el asiento y ella me desliza el desayuno ante mis ojos ansiosos.

—No comas demasiado rápido —dice, estudiando mi rostro—. Estás pálida.

Yo también me siento un poco mal, pero no se lo digo. Utilizo el tenedor para cortar con cuidado un trozo de huevo, se me hace la boca agua, pero en el momento en que toca mi lengua, siento náuseas. Los sabores parecen raros, como si mis papilas gustativas me estuvieran mintiendo. Una parte de mí teme que Dominic también haya drogado los huevos, pero ¿por qué? ¿Qué motivo tendría para drogarme más? Ya he pasado durmiendo lo peor del efecto.

—¿No tienes hambre? —Mika se limpia las manos en una toalla y me observa. Intento dar otro bocado con el mismo resultado.

—Lo siento, sabe raro. Estoy muerta de hambre, pero creo que pasaré. —Aparto el plato y el estómago me ruge en señal de protesta. No puedo comer algo en lo que no confío. Quizá no tengan nada malo, pero saber que Dominic añade somníferos a mi té no me da mucha confianza en lo que respecta a la comida ahora mismo.

—Como quieras. —Mika coge el plato y lo tira a la basura—. Dominic estará fuera un tiempo. Puedes visitar la biblioteca o sentarte en el jardín, aunque si vas a salir, deberías hacerlo pronto. Parece que va a llover. —Sus ojos se desvían hacia la ventana y sigo su mirada. Nubes de tormenta se ciernen sobre la propiedad como las que me acechan en mis sueños.

—Gracias, iré a la biblioteca.

Me levanto y salgo de la cocina, esta vez con cuidado de evitar la habitación sagrada que me valió el «castigo» la última vez. Sin embargo, quiero que Dominic venga a por mí como hizo entonces. La forma en que creyó castigarme solo sirvió para dejarme suplicando más de él como una adicta. Ese hombre es cocaína con traje, adictivo y peligroso, pero lo único que sacia mi necesidad de control. Y después de lo de anoche, necesito recuperar mi control.

Respiro hondo y camino hacia los ventanales de la esquina, encendiendo las luces.

La habitación se ilumina con una colección de libros, más de los que he visto nunca. Cada uno contiene historias de aventuras que solo puedo soñar con vivir. Tiene tantos libros que es imposible que los haya leído todos, pero espero que, si me dan tiempo suficiente, yo pueda hacerlo. La lectura siempre ha sido mi santuario; me permite dejar este mundo atrás y encontrar consuelo en alguna tierra lejana. Un lugar donde no temo por mi vida, donde puedo explorar lo que mi corazón desee sin moverme de la comodidad del hogar.

Recorro la estancia, pasando el dedo por una hilera de libros. No hay ni una mota de polvo, testimonio de la limpieza de Mika. Lo lleva todo de forma impecable, y sospecho que podría ser exmilitar. Cada uno está catalogado también, como en una biblioteca de verdad. Veo un fichero de tarjetas a la antigua usanza, probablemente un remanente sacado de alguna biblioteca municipal cuando esta pasó al sistema digital. Sus diminutos cajones están etiquetados con la identificación del sistema decimal Dewey. Rebusco entre unas cuantas fichas en el cajón superior derecho sin ver nada que despierte mi interés, así que me dirijo a la escalera. Está encajada en su sitio y me cuesta un poco moverla, pero una vez que arranca, se desliza por la pared con facilidad.

Veo un libro en particular en el segundo estante por arriba. Me intriga su cubierta de cuero rojo. Subo por la escalera y me estiro precariamente para alcanzarlo. No estoy lo bastante cerca, pero mis dedos se estiran para asirlo. Al apretarlo contra mi pecho, veo que el título reza *Ana de las Tejas Verdes*, y me trae gratos recuerdos de la infancia. Bajo de la escalera con mi trofeo y miro alrededor de la sala.

Hay dos sofás enfrentados a ambos lados de una vieja mesa de centro de madera. Todos son piezas de la época victoriana, conservadas con un gusto impecable. Pero elijo el sillón orejero de flores en la esquina, junto a la lámpara Tiffany. Parece cómodo y me

atrae. Me siento en el sillón con el estómago rugiendo y lo abro por la primera página.

En cuestión de instantes, la historia me cautiva y me sumerjo en ella. Me paso horas leyendo, ignorando mi vejiga y mi sed. He pasado más de la mitad cuando Mika me encuentra, como si llevara un brazalete de alerta conectado a mis niveles de hidratación. Deja un vaso de limonada fresca a mi lado junto con unos cuantos sándwiches pequeños y sonríe.

—También es mi favorito —susurra con un brillo en los ojos, y cuando se marcha, mi mirada la sigue. Dejo el libro mientras sorbo la limonada y reparo en un cesto junto a la puerta por el que había pasado antes de largo. Estaba tan maravillada con los libros que no vi el cesto que contenía periódicos viejos. Me pica la curiosidad, así que cojo uno de los sándwiches y me levanto, caminando hacia los periódicos antiguos.

Encuentro algunos periódicos más recientes con titulares de los últimos meses. Al rebuscar más hondo, veo cosas que ocurrieron hace años: recortes de la guerra de Irak, sucesos en Rusia en los ochenta. Pero se me para el corazón al leer el titular de un ejemplar en concreto.

Joven sobrevive por poco a un violento intento de atraco.

El rostro de Jimmy aparece en la portada del periódico, con los detalles del horror que sufrió revelados en las columnas del artículo. El corazón me late con fuerza. Dominic lo sabe todo, no solo lo que me pasó a mí. Y lo sabía antes de contratar a Jimmy; pondría la mano en el fuego por ello. Quizá por eso contrató a Jimmy también, para tener algo con lo que presionarlo, y cuando no funcionó, me llevó a mí. Dominic ha estado husmeando demasiado y eso me enfurece. ¿Qué derecho tiene a investigar tanto sobre nosotros? ¿A manejarnos como si fuéramos violines baratos o algo así? Y, sin embargo, él sigue siendo tan reservado conmigo...

La ira me impulsa, motivándome a hacer lo que estoy a punto de hacer. Odiaba que estuviera en esa habitación con la pintura, y nunca llegué a recordar de qué me sonaba esa mujer. Así que es el primer lugar al que voy. Avanzo por el pasillo, comiéndome el sándwich por el camino, e intento girar el pomo. Está cerrado bajo llave, lo que me frustra. Realmente no quiere que entre aquí, y ahora tengo que hacerlo. Ya es una cuestión de principios. Él husmea en mi pasado; yo husmeo en el suyo.

Sin forma de forzar una cerradura, subo corriendo a mi habitación para rebuscar entre mis cosas hasta que encuentro una horquilla en el baño. Es exactamente lo que necesito para forzar la cerradura, así que me la meto en el bolsillo y vuelvo a toda prisa a la puerta, comprobando varias veces por el camino que nadie me observa. El pomo es antiguo, del tipo que usa llave de paletón, no una cerradura moderna. Aunque he forzado mi buena dosis de cerraduras, esta se me resiste. Lo intento durante varios minutos antes de rendirme.

Frustrada y decidida a descubrir qué esconde Dominic, miro por el pasillo buscando algo que me ayude a entrar en esta dichosa habitación. Mi mirada aterriza en un gran busto metálico de un hombre al que no reconozco. Servirá.

Arrastro el busto hasta la puerta y lo alzo tanto como me permiten los brazos. Pesa mucho, así que la gravedad hace casi todo el trabajo cuando lo descargo con fuerza sobre el pomo. Solo hace falta un golpe; el pomo se suelta y rebota un par de veces antes de rodar por el pasillo. El busto cae a mis pies y doy un salto para evitar que me los aplaste. También sale rodando, pero se detiene mucho más rápido debido a su forma irregular. Al menos el busto no se rompe, cosa que no puedo decir de la puerta. Incluso la madera tiene una grieta que va desde el hueco del pomo hasta el cerradero, y la puerta se abre fácilmente.

Me quedo ahí un momento, bastante satisfecha conmigo misma por haber entrado a la fuerza, pero enseguida entro en la habitación sin perder tiempo. No es para nada como la vi la última vez. Se parece

más a mi cuarto después de que yo lo destrozara todo. Los cajones están volcados, las lámparas hechas añicos. Lo único que queda intacto en esta habitación es el cuadro de la pared y la cama de cuatro postes, aunque también le han arrancado las sábanas. Me quedo en el umbral un momento inspeccionando el desastre y todo lo que veo es dolor: el dolor de Dominic.

—Voy a averiguar quién eres, Dominic, y luego voy a arruinarte. — Me adentro en el caos, clasificando papeles y otras cosas esparcidas. Una parte de mí vacila, como si estuviera entrometiéndome en algo que no me incumbe. Pero estoy tan enfadada con él, tan furiosa porque crea que puede manipularnos a mi hermano y a mí. Tengo que hacer esto. Me obligo a avanzar más en la habitación, descubriendo las cosas con cuidado para no causar más daño del que ya hay.

Hay ropa desparramada, ropa de mujer. No es ropa moderna, casi como si esta habitación fuera una cápsula del tiempo que conmemorara algo ocurrido hace veinte años, cuando la moda era muy distinta a la de hoy. Reconozco una prenda en el suelo y la recojo, sosteniéndola en el aire. Es el mismo atuendo que el del retrato de la pared. Esta habitación pertenecía a esa mujer. Lo sé.

Hipnotizada por un momento, mirando el retrato, suelto el vestido y continúo mi búsqueda. Fragmentos de cristal salpican la ropa y los papeles dispersos. Tengo cuidado de no pisar más de los necesarios para rebuscar entre las cosas. Un cristal cruje bajo mi pie y miro hacia abajo. La esquina de una carpeta marrón asoma y me arrodillo para sacarla. Está enterrada bajo la ropa de cama rosa que antes cubría la cama.

Saco la carpeta y veo que no es una carpeta en absoluto. Es un viejo álbum de fotos familiares. La portada tiene una foto de Dominic cuando era niño, con el pelo peinado con la raya en medio. Es adorable, como si el tiempo fuera lo que lo hubiera ensuciado y arruinado su personalidad. Abro la portada y hojeo las páginas,

relajándome hasta quedar sentada y apoyada contra la cama. Las imágenes cuentan una historia fascinante de cinco hermanos.

Repaso todo el álbum de fotos, pero solo veo imágenes de chicos haciendo cosas de chicos: algunas fotos de coches y una de una casa antigua, quizá esta casa antes de ser reformada. Así que cojo otro álbum que quedó al descubierto al sacar este. Este no tiene imagen en la portada, así que dejo volar mi imaginación mientras lo abro. La primera foto es de una pareja el día de su boda. La mujer es la misma del retrato de la pared. Es feliz, lleva un vestido blanco; aparecen cortando su tarta.

Parece una unión feliz, rostros sonrientes en cada una de las fotos del álbum. Pero cuantas más páginas paso, más triste parece la mujer. Sus sonrisas se transforman en expresiones serenas, y luego en una tristeza que se esconde en sus ojos. Algo le ocurrió, algo que la hirió profundamente. Algo de lo que quizá no hablaba.

Miro hacia el retrato, pintado claramente antes de ese horrible suceso, y me pregunto qué fue lo que la hirió tanto como para robarle la vida de los ojos. El corazón se me encoge en el pecho al recordar mi propio suceso traumático y me pregunto si el suyo fue similar. Me siento conectada con ella de alguna manera, aunque sigo sin saber quién es. Mi ira hacia Dominic se ha desvanecido por el momento, sustituida por la curiosidad hacia esta mujer. Vuelvo a mirar el álbum; solo quedan unas pocas páginas por pasar.

Se me corta la respiración al pasar la página y ver la siguiente foto. Esta no es una foto, sino un recorte de periódico. Sus ojos se clavan en mí, me acechan, amenazándome ahora con violencia porque sé quién es. Sé lo que le pasó. Y sé dónde ocurrió. Me siento mareada, como si fuera a desmayarme, pero mi cuerpo entra en acción. Me levanto de un salto y me quedo ahí, dejando que el álbum caiga a mis pies.

—Mierda —murmuro, retrocediendo—. No debería estar aquí, no aquí, no en esta habitación. No cuando él es… —Oh, Dios —

balbuceo, sin dejar de retroceder—. Este sitio es donde la atacaron, y estoy cruzando líneas que ni siquiera sabía que existían.

El miedo me empuja a marcharme, a salir por la puerta principal y huir. Sé exactamente dónde estoy ahora, pero si me voy, él vendrá a por mí. Ya ha demostrado cuánto sabe, y ahora yo sé lo letal que es, cuál es su nombre, por qué lo mantiene en secreto. Los Gusev son crimen organizado —Bratva— y Dominic es mucho más peligroso de lo que Jimmy imagina. ¿Cómo demonios pudo meterse en la boca del lobo con estos tipos?

Tropiezo por el pasillo hacia las escaleras. Mika pasa a mi lado mientras yo subo; ella baja. —La estaba buscando. ¿Qué tal los sándwiches? ¿Has terminado el libro? —pregunta, pero paso de largo como un fantasma en la noche. ¿Estás bien? —insiste, pero ni siquiera puedo mirarla. ¿Sabe ella quién es él? ¿Es ella también una cautiva?

Mascullo algo ininteligible y voy directa a mi habitación y echo la llave, como si esa insignificante cerradura fuera a detenerlo. Cuando vea lo que he hecho, el pomo roto, la habitación... los álbumes. Maldita sea, he olvidado volver a ponerlos en su sitio. Dios mío, estoy en un lío. Se pondrá furioso. Me hará daño. Me castigará y esta vez no será sexo. Me matará. Su identidad ha quedado expuesta y no hay nada que pueda hacer. Saber lo que sé no me salvará; es una sentencia de muerte.

Me acurruco en la cama y me tapo, tratando de esconderme del terror que se filtra por mis poros. Esto es peor que volver a ver a Gallagher, peor que mi miedo a que Jimmy muera. Tiemblo tanto que creo que voy a vomitar. Quiero irme a casa. Quiero a Jimmy.

13

DOMINIC

Otra reunión cargada de ira con Nick y Leo, y ya estoy de humor para una copa. El cargamento de armas se fue al traste y ahora mismo estoy en números rojos con ese trato. No es nada que no pueda arreglar, pero chirría un poco cuando se trata de esos dos. He estado vigilando a todo el mundo de cerca desde que descubrí el complot contra mi vida, incluidos ellos; ojalá Jimmy me trajera algo concluyente de una vez.

Mientras conduzco a casa, reflexiono sobre la familia. Sven, mi hermano menor por solo unos pocos años, ha estado distante; problemas con alguna amiguita, supongo. No creo ni por un segundo que esté involucrado. No tiene ningún interés en dirigir a la familia; lo ha dicho varias veces. Y además le creo. Es un trabajo enorme y conlleva tanto estrés como peso y prestigio. No hay mucha gente dispuesta a jugarse la vida por algo así, por no mencionar su nombre y su reputación.

Un nombre como Gusev es sinónimo de poder, que es probablemente por lo que alguien está intentando quitarme de en medio. Y tiene sentido que alguien de dentro quiera poner a Sven en la cima. Al fin y al cabo, un hombre que no quiere liderar es fácilmente influenciable por las voces internas para que haga lo que

ellos quieran. Su autoridad no significa nada para él. Mi padre también lo sabe, por eso yo soy la elección obvia, porque busco el puesto con el interés de liderar a la familia en la próxima generación de negocios. No solo por ser el hijo mayor.

Giro por mi calle. El cielo encapotado tiñe de un gris lúgubre las casas. La mía se encuentra al final de un callejón sin salida, tras pasar la puerta de seguridad. Scarsdale es mi hogar; siempre lo ha sido, incluso mucho tiempo después de que mi padre se mudara de aquí a un ático en la ciudad. Yo nunca pude irme. Este lugar, donde murió mi madre, guarda demasiados recuerdos. Siento cariño por los viejos árboles que extienden sus ramas para dar sombra a los aleros de la casa, y los arbustos que crecen delante solían ser mi zona de juegos. Mis cuatro hermanos y yo jugábamos en ellos, fingiendo que eran nuestros castillos o barcos, ya estuviéramos en tierra firme o en alta mar.

Aparco cerca de la puerta principal y subo los escalones. Ha sido una tarde larga y necesito esa copa. Espero una llamada de Jimmy más tarde esta noche, pero dudo que haya conseguido más información. El hombre se mueve más lento que un caracol. Sin embargo, es minucioso, así que a pesar de mi enfado por lo mucho que está tardando, al menos sé que contraté al hombre adecuado para el trabajo. Le doy caña, pero realmente es el mejor. Si esto sale bien y quiere un lugar en mi organización, sé que también puedo confiar en él. Eso es un bien escaso en este negocio.

En cuanto entro, sé al instante que algo va mal. La casa está en silencio, como siempre, pero hay un aroma en el aire que no ubico. Es dulce, pero no es de la repostería de Mika ni del perfume de Nanette. Tampoco huele a las flores del jardín. Las bajas presiones han atenuado todos los olores del exterior ante la llegada de un frente tormentoso. Este olor dentro de la casa es casi siniestro, como si los fantasmas surgieran de la tumba para burlarse de mí, y me veo arrastrado lejos de mi despacho hacia la habitación de mi madre, a la que apenas suelo ir... hasta que Nanette volvió a llamar mi atención sobre ella.

Camino sigilosamente por el pasillo y, antes de dar diez pasos, me doy cuenta de que la puerta está abierta. El pomo descansa en el suelo al otro lado del pasillo; el busto de mi tío Herbert está en el suelo junto a los trozos de una puerta astillada. Mi primer instinto es sacar mi arma. Alguien ha violado mi intimidad, ha forzado mi puerta. Avanzo con sigilo, apuntando con la pistola a la habitación mientras la empujo con la punta del pie para abrirla.

Sigue siendo un desastre, casi exactamente como la dejé cuando la destrocé, pero no del todo. Veo que se han movido cosas: las mantas, algunas prendas de ropa. Lo último que hice fue arrancar las sábanas de la cama; la ropa no debería estar encima. ¿Y quién querría tener algo que ver con esta vieja habitación? No hay nada de valor aquí, excepto el antiguo retrato de una mujer muerta.

Cuanto más me adentro en la habitación, más cosas fuera de lugar veo. Sí, lo noto, a pesar de que estaba todo destruido cuando me fui. Veo que las cosas no están como deberían. Han movido papeles, han enderezado los cajones de la cómoda. Pero lo que más me llama la atención son los álbumes familiares. Guardo el arma en la funda, convencido de que no ha habido un intruso real, mientras el pecho comienza a oprimírseme. Nanette ha estado aquí dentro otra vez, husmeando.

Me agacho junto a los álbumes que están abiertos con imágenes de mi infancia devolviéndome la mirada. Ha hurgado entre mis cosas, buscando Dios sabe qué. Sus ojos curiosos y sus dedos lo han tocado todo aquí dentro después de que le dijera específicamente que se mantuviera fuera y echara la llave. Ni siquiera forzó la cerradura con discreción; arrancó el maldito pomo y entró a la fuerza. ¿Y por qué Mika no la detuvo?

Enfurecido, me levanto y aprieto los puños, luego salgo de la habitación y subo directamente las escaleras hacia su cuarto. La puerta está cerrada cuando me acerco. La visión hace que me hierva la sangre, pero no tanto como cuando extiendo la mano para girar el pomo y descubro que está echada la llave. Estoy tan colérico que

clavo el talón de mi pie justo por encima del pomo, abriendo la puerta de un golpe. El marco se astilla mientras la puerta se abre de par en par y rebota contra la pared, volviendo hacia mí con fuerza. La detengo con una mano y la fulmino con la mirada.

Nanette yace en la cama hecha un ovillo y temblando. Sus ojos asustados asoman por debajo de la esquina de la tela roja. Veo lo aterrorizada que está, y debería estarlo. Ha roto mis reglas y ahora sufrirá las consecuencias.

—¿En qué demonios estabas pensando? —le pregunto, abalanzándome sobre la cama. Agarro la esquina de la manta y tiro con fuerza, destapándola de un solo movimiento. Ella intenta agarrarla como si quisiera evitar que la exponga, pero me muevo demasiado rápido, robándole las mantas. Espero que se aleje, que se encoja ante mí contra el cabecero de madera, pero me sorprende.

Nanette salta de la cama como un gato salvaje, lanzándome golpes y arañazos. Su asalto no es solo físico; grita y solloza, golpeándome el pecho con las manos. Cuando le agarro ambas muñecas y no puede moverse, me escupe a la cara. La empujo hacia atrás sobre la cama, donde rebota y finalmente hace lo que pensé que haría primero: escabullirse como un ratoncito asustado.

—¡Has vuelto a entrar en mi habitación! —Me acerco, agarrándola del pie y tirando de ella hacia mí—. Sabías que te dije que no lo hicieras. Te di órdenes de mantenerte fuera de allí. Cerré la puta puerta con llave.

—Eres un monstruo —sisea ella, zafando la pierna de mi agarre.

—Mis propiedades están destrozadas. La puerta, reventada… ¿En qué estabas pensando?

—Estás escondiendo algo —espeta ella, esquivando mi mano mientras rueda hacia el lado opuesto de la cama. Con el colchón de por medio, estamos en un punto muerto.

—¿Que yo estoy escondiendo algo? —Me muevo hacia un extremo y ella camina hacia el otro. Saltará sobre la cama y saldrá por la puerta antes de que pueda atraparla, así que retrocedo. Cuando se centra, comienza el verdadero duelo de miradas asesinas.

—Has estado investigándome a mí y a Jimmy. Vi los periódicos en la biblioteca. —Se pasa una mano temblorosa por el pelo y lo único en lo que puedo pensar es en darle una lección. No está bien curiosear.

—Sí, porque él está haciendo un trabajo para mí. Necesito saberlo todo. No tienes derecho a husmear en mi casa. —Me aflojo la corbata, sintiendo cómo me sube la tensión—. Ahora tengo que enseñarte qué pasa cuando rompes mis reglas, y maldita sea, Nanette, nunca quise que esto pasara.

Retrocede y es mi oportunidad. En cuanto choca con la mesita de noche, me lanzo sobre la cama, atrapando ambas muñecas con una sola mano. —Deberías meterte en tus asuntos, Nanette. A las niñas malas se las castiga, y ahora te va a tocar a ti. —Le doy la vuelta, rodeándola con mis brazos y pegándola contra mi cuerpo. No me agrada tener que amenazarla, y sé que nada de lo que pueda hacerle es realmente un castigo; le gusta demasiado. Pero tiene que saber que hablo en serio, aunque solo sea para asustarla un poco.

La obligo a inclinarse sobre la cama y la inmovilizo con una mano mientras me desabrocho el cinturón, asegurándome de que lo oiga mientras se desliza por las trabillas. Tengo la firme intención de follármela, de descargar toda esta rabia y frustración en un orgasmo liberador, pero no hasta que comprenda cuánto me ha ofendido. No puede ir por ahí hurgando entre mis cosas.

Se estremece cuando la hebilla del cinturón tintinea y gime. —Sé quién eres —su voz tiembla, pero no se corta. —Su voz tiembla, pero no se corta. No hay timidez alguna cuando lo dice, lo que me deja helado, con el cinturón en la mano, listo para azotarla—. Sé quién eres y puedo arruinarte.

Quito la mano de su espalda, impactado por su confesión. No es en absoluto lo que esperaba que dijera.

¿Qué has dicho?

Se endereza y se gira para mirarme a la cara, a escasos centímetros de mi cuerpo. Sus pechos rozan mi brazo y me provocan un hormigueo en la piel. Puede que sepa mi nombre, pero no tiene ni idea de con quién se está metiendo. La miro fijamente, desafiándola a dar lo peor de sí mientras bajo el brazo y espero a que vuelva a hablar.

—Tuve una «cita» una noche. Se llamaba Victor Horatio. Sé que probablemente era un nombre falso, pero el tipo sabía cosas. —Ahora se muestra audaz, apoyándose en mí, desafiante. Ni siquiera mis propios hermanos harían esto, plantarme cara de esta manera. Esta mujer tiene agallas. Me fulmina con la mirada, levantando la barbilla para continuar—. Me habló de ti, Dominic Gusev. Me dijo que eras de la Bratva, el líder o algo así. Me dijo que tu madre se cortó el cuello ella misma solo para convertirte en el hombre que eres hoy.

En el instante en que las palabras salen de su boca, mi mano se mueve. Es instintivo. No quiero hacerle daño, pero ella suelta un grito y se sienta en el borde de la cama llevándose la mano a la mejilla. La furia me arde por las venas y doy un paso atrás.

—No vuelvas a hablar de mi madre así jamás —siseo. No puedo quedarme aquí o le haré daño. No habrá sexo de reconciliación furioso para saciar mi lujuria y darle una lección. Sería peligroso para ella. Así que salgo hecho una furia y doy un portazo, pero la puerta rebota y se queda abierta. Ni siquiera se cierra ahora. No hay forma de retenerla y mantenerla allí, y ella me sigue los talones como un perro faldero, ladrando mientras me persigue hasta mi despacho.

—¿Entonces lo admites? ¿Eres el hijo del *pakhan*? ¿Vas a dirigir la familia del crimen organizado más grande de esta ciudad?

Los pies descalzos de Nanette chapotean sobre el mármol mientras me persigue. No soporto ese sonido. Me pone nervioso, me trae recuerdos horribles: ese ruido de piel golpeando piel. Necesito ahogarlo. Voy directamente a mi mueble bar y prescindo del vaso, tragando varios sorbos de mi mejor escocés mientras ella sigue hurgando.

—¿Me vigilas? ¡Esa es mi habitación! —espeta ella, señalando el circuito cerrado de televisión—. Eso es de locos. Eres un pervertido. ¡Cómo puedes hacer algo así! —Sus puños vuelven a golpearme mientras me pego otro trago. Nadie me hace esto, nadie. ¿Entonces por qué la dejo? ¿Qué es ella para mí para que no me defienda?

—¡Basta! —le grito, impidiendo que me golpee el pecho mientras suelto la botella, pero ella no deja de lanzar golpes—. ¡He dicho que pares, Nanette!

La agarro por las muñecas y la empujo contra la pared, inmovilizándola allí mientras recupero el aliento. Ella se retuerce, libera las manos de mi agarre y sale disparada. Me giro para ver cómo coge el pequeño televisor y lo lanza por la habitación en mi dirección. Lo esquivo y se hace añicos contra la pared. Veo cómo se rompe y, al girarme para ver dónde está ahora, veo la botella de escocés volando hacia mí. Sigue tirando cosas que tengo que esquivar, hasta que la rodeo por la cintura con el brazo y la levanto en vilo, alejándola del escritorio para que no pueda alcanzar nada más.

—Bastardo asqueroso. ¡Estás jugando con nosotros! ¿A qué clase de juego enfermizo estás jugando? —Su rabieta continúa, arañándome el brazo y dándome patadas, pero por dentro sé que se está cansando. Así que la mantengo así, dejando que se agote mientras el whisky empieza a hacer efecto. Siento un hormigueo en el pecho que luego me relaja mientras ella grita, y cuando se queda sin fuerzas, jadeando y sollozando, la rodeo con el otro brazo por la cintura y le susurro al oído.

—No soy para nada quien tú crees que soy, y si me dejas, el monstruo puede ser tu amigo.

—¿Qué te crees que es esto, *La bella y la bestia*? —Vuelve a arañarme el brazo y la hago girar para que me mire.

—Podría haber matado a tu hermano aquel día, Nanette. Cuando no tenía lo que yo quería y exigió echarse atrás. Podría haberle metido esa bala en la cabeza en lugar de en la pared. Tú eres la razón por la que no lo hice. —Se queda quieta y me mira a los ojos. Hay odio, pero también deseo. Está más cerca del centro del poder de lo que jamás ha estado, y veo en sus ojos el deseo de conquistarlo, de dominarme, de manipularme para que me revele, pero ya lo ha visto: la bestia en toda su furia.

—La cicatriz de tu pecho... ¿Fue él? —pregunta con voz temblorosa. No aparta la mirada y yo no respondo. En su lugar, la beso, porque es lo que ella realmente quiere, y porque ahora que me ha visto de verdad, ya no hay vuelta atrás.

14

NANETTE

Su beso me deja sin aliento. No es un beso de ira; es diferente. Es hambriento y necesitado, no exigente. Le devuelvo el beso porque lo necesito; necesito liberarme. Estoy furiosa con él, aterrada por quién es realmente, pero este es mi defecto tóxico. Tengo que arrebatarle lo que me ha robado: el poder, el conocimiento. No responderá a mi pregunta sobre la cicatriz en su pecho, pero mi instinto me dice que la recibió intentando defender a su madre, y ahora quiere vengarse del hombre que se la hizo.

Yo también quiero venganza, del tipo que haga que Gallagher caiga de rodillas y suplique clemencia, como yo supliqué clemencia, como Jimmy suplicó clemencia. Pero nunca conseguiré ni siquiera justicia, y menos aún venganza. No con Gallagher. Pero hombres como Dominic son más fáciles. El sexo es su debilidad, la forma en que los conquisto y recupero mi poder. Todos son iguales, persiguiendo coño y demostrando lo vulnerables que son, y yo les doy lo que quieren y cuando termino, sé que tengo el poder de hacerles eso. Todo mientras yo también me hago sentir bien.

—¡Dios, cómo me enfureces! —le digo mientras le arranco la camisa. Sus manos voraces también tiran de mi ropa, estirando mis

pantalones cortos hasta que se rasgan en la cintura y se deslizan hasta mis rodillas.

Ahora es voraz, sus manos me exploran mientras sus labios devoran los míos. Cuando sus dedos tocan mi piel, me recorren descargas eléctricas. Aprieta todo su cuerpo contra el mío, frotando su pene erecto contra mi vientre y yo tiemblo como respuesta. Se frota contra mí con avidez, metiendo la mano bajo mi camisa para deslizarla por mi estómago y luego subir hasta mis pechos. El contacto repentino de su piel me deja sin aliento, con el corazón latiéndome en los oídos; me cuesta respirar hondo. Mi cabeza está demasiado llena de pensamientos lejanos y deseos impulsados por la lujuria como para respirar correctamente, lo cual le viene bien porque no hace más que frotarse contra mí y besarme con más profundidad.

Estoy a punto de explotar de pasión. La forma en que me tira de la ropa me provoca sensaciones de cosquilleo por toda la piel, sus manos fuertes presionan contra mi espalda desnuda. Me hace sentir mareada, atrapada en este torbellino de hambre y lujuria. Su beso se vuelve aún más enérgico cuando lo siento desabrocharse los pantalones con un movimiento rápido. Mis manos tampoco pueden quedarse quietas. Tiro de sus pantalones hasta que ceden y caen formando un charco de tela alrededor de sus tobillos.

—Tócame —ordena contra mi boca. Agarro su grueso miembro y lo acaricio antes de bajar mi boca para provocar la hinchada cabeza con mi lengua. —Sé que te encanta esto —susurra mientras me aprieta con más fuerza contra él. Puedo sentir su polla, deliciosamente enorme y dura dentro de mi garganta. Me muevo contra ella sin pudor, sintiéndolo estremecerse mientras deslizo toda mi boca sobre él.

Cuando levanto la vista hacia él, tiene los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta. Paso la punta de la lengua a lo largo de su miembro antes de moverla en círculos sobre su cabeza hinchada. Noto cómo su polla palpita salvajemente en mi agarre. —Me encanta

cómo te siento dentro de mi boca —admito abiertamente antes de volver a llevármelo hasta la garganta. Muerdo la cabeza de su polla y él gruñe.

—Joder —gime. Lo repito, increíblemente excitada por cómo suena tan caliente.

Gimo a mi vez, sintiendo cómo mi propio deseo crece entre mis piernas. Lo llevaré al borde y entonces me detendré, porque necesito este poder sobre él. Algo se recompone en mi interior cuando hago esto, me hace sentir fuerte. Gallagher me arrebató ese poder hace años y desde entonces actúo así, solo para conservar la cordura.

Siento sus manos enredarse en mi cabello y posarse en mi nuca mientras uso mis labios para darle placer. No puedo describir la perversidad que me invade cuando levanto la vista y observo el placer reflejado en su rostro. Con una mano bajo mi barbilla, lo mantengo quieto mientras deslizo mi boca sobre su palpitante polla, permitiendo que su enorme tamaño penetre hasta el fondo de mi garganta. Su cabeza cae hacia atrás mientras levanta una mano para aferrarse al cabello, gimiendo extasiado.

—Joder —gime débilmente antes de colocar ambas manos a los lados de mi cabeza. Me empuja contra él una y otra vez, con tanta fuerza que apenas puedo respirar. El aire escapa de mis pulmones mientras tiemblo por el shock y el placer, luchando por manejar esta sensación creciente.

Acaricio sus testículos, sintiéndolos contraerse. Está cerca, y no pienso dejar que termine, al menos no así. Pero antes de que pueda apartarme por mi cuenta, Dominic agarra un mechón de mi pelo y me tira hacia atrás. —Así no —sisea, obligándome a ponerme de pie.

—¿Cómo entonces? —digo con una sonrisa burlona, observándole por el rabillo del ojo. Mi cabeza queda en un ángulo extraño hasta que me suelta con un gruñido de deseo. Me empuja hacia atrás

hasta que mi culo reposa sobre el escritorio, entonces despeja la superficie de un manotazo para nuestra sesión de follada.

Intento levantar las caderas para sentarme en el borde, pero es más rápido que yo: me levanta y me coloca allí. Me quita los vaqueros y luego rasga mis bragas. Debe tener fijación por las bragas rotas porque esto se está convirtiendo en un hábito. Abro las piernas para él y no duda en deslizar su polla directamente dentro de mí.

—Joder, estás tan mojada —gruñe mientras se introduce. Agarra mis piernas y las separa hasta hundirse entre mis muslos. Enlazo mis brazos alrededor de su cuello y clavo las uñas en su espalda mientras él embiste fuerte dentro de mí una, otra y tercera vez.

—Me encanta follarte —gruñe en mi oído—. Me encantan todas las formas en que puedo follarte, cómo me miras mientras te lleno con mi polla. Me encanta cómo me sientes a tu alrededor, cómo no paras hasta que estoy empapado de semen. Eres el mejor polvo que he tenido en mi vida.

Paso la lengua por su barbilla y muerdo su labio antes de besarlo suave y dulcemente. Si algo me hace correrme más que nada, es saber que tengo el poder, y sé que lo tengo ahora mismo.

—Las chicas como tú necesitan que las follen con fuerza —insiste sin piedad mientras se introduce. Jadeo y clavo las uñas en su espalda, sin nada más a lo que agarrarme.

Es más profundo que cualquier otra vez que hemos estado juntos, más desesperado y fuera de control. Sus manos suben para agarrar mis hombros mientras mi coño se contrae alrededor de él, liberando todo lo que necesito dar. El placer se arrastra por cada centímetro de mi cuerpo mientras, sin previo aviso, el sudor empieza a gotear por cada superficie disponible de mi piel mientras él me trabaja.

—Fóllame —le grito mientras dejo caer la cabeza hacia atrás y tiemblo alrededor de él. Su polla palpita fuerte y rápido,

martilleándome con tanta fuerza que golpea el escritorio contra la pared, haciendo temblar el cuadro enmarcado con cada embestida.

Sus manos agarran mis muslos con tanta fuerza que sé que dejarán moretones, pero estoy a punto. Mi cuerpo se tensa, mi coño se aprieta alrededor de él, y entonces lo saca. En una fracción de segundo, vuelve a agarrarme del pelo, forzando mi cara hacia abajo mientras se masturba la polla. Eyacula, y el semen salpica mi nariz, mejillas y barbilla. La repentina ausencia de polla dentro de mí me hace gemir, mi boca se abre, y su semen sale a chorros dentro de mi boca. El líquido salado y espeso casi me hace vomitar, y grito.

—¡Joder! —chillo, tosiendo. Intento apartarlo, pero es demasiado fuerte. Me da una fuerte palmada en el culo, y me estremezco al sentir su cálido semen gotear por mi garganta y por todo mi cuello.

—Las chicas malas no se corren, Nanette —dice Dominic mientras me mira de arriba abajo sin prisa. El cabrón está demasiado satisfecho de sí mismo por lo que acaba de hacer. Suelta mi pelo y me enderezo, la necesidad entre mis piernas aún palpitando.

Me lamo los labios con aquel último sabor aún amargo en mi boca mientras mi cuerpo se desliza del borde del escritorio al suelo, donde me siento aturdida. No puede hacerme esto. Se supone que yo soy la que tiene el poder. Necesito esto; necesito liberarme. Me duele tanto el coño que casi lloro.

—Cabrón enfermo —chillo, levantándome del suelo. Al hacerlo, recojo su grapadora, tirada al suelo cuando despejó su escritorio. Se la lanzo, y él la esquiva, después se sube los pantalones.

—Te dije que no entraras en esa habitación —su gruñido ronco me enfurece. Miro frenéticamente por la habitación buscando algo más que lanzarle, pero él está allí, levantándome. Me lanza sobre su hombro al estilo bombero, y golpeo su espalda con mis puños.

—¡Suéltame! —grito, pateando y forcejeando. Me lleva fuera de la puerta de su despacho y por el pasillo. Subimos las escaleras,

pasando por mi habitación con la puerta rota. Se mete en otra habitación; todo este tiempo, sigo golpeando su espalda. Cuando me lanza sobre una cama, un chillido escapa de mis labios al rebotar—. ¡Idiota! —sollozo ahora, temblando de rabia. No puede hacerme esto.

Esta habitación no tiene ropa, ni un bonito cubrecamas. No hay ventana, ni jarrón de flores. Es sencilla, como si la hubieran ignorado desde que murió su madre, desde que su familia se fue. Me hago un ovillo y me deslizo hacia atrás contra el cabecero. Mis sollozos son más fuertes. Me siento impotente, expuesta, vulnerable. Me siento débil. Demasiado débil, y él es la razón.

—¡Te odio!

—El odio es una palabra muy fuerte, Nan —dice Dominic, plantado allí mirándome con suficiencia mientras se desabrocha los puños de su camisa de manga larga y se los remanga. Su camisa sigue abierta, la cicatriz de su pecho expuesta. Se da cuenta de que la miro a través de mis lágrimas. Se supone que ahora yo soy la que tiene el poder, no él, no esto.

—Bueno, es verdad. Te odio —no es verdad, ni un poquito. Le tengo miedo, sí, pero no le odio. ¿Cómo puedo odiarle? ¿Cómo, cuando sé que él sabe lo que me pasó, y aún así me deseó lo suficiente como para follarme? Él lo sabe y piensa en mí como piensa en su madre, una víctima que necesita ser rescatada. Solo que yo no quiero ser la víctima; quiero ser la poderosa. Me violó ese poder. ¿Por qué? ¿Para demostrarme algo?

—Tenemos demasiado en común para que me odies. Lo sabes —se acerca un poco más, remangándose las mangas un poco más arriba. Me enjugo los ojos, aún furiosa porque me negó un orgasmo. Mi cuerpo palpita, la humedad aún gotea de mí mientras me doy cuenta de que mi cara está cubierta de su pegajosa eyaculación. La toco con cuidado, disgustada por la textura pegajosa. Me lanza su pañuelo y me limpio, después me sueno.

—No me conoces —le digo, tirando el trapo sucio al suelo.

—Te conozco, Nan. Te conozco mejor que tú misma —se acerca más, destapando la cama por un lado—. Acuéstate —ordena, y quiero protestar, pero una parte de mí aún quiere ese orgasmo. Así que me deslizo bajo las sábanas, dejando que mis dedos se deslicen entre los suaves pliegues de mis piernas.

Cuando se mete en la cama, espero que me toque, que diga cosas obscenas, pero no lo hace. Me obliga a ponerme de espaldas. Luego me atrae contra su pecho. Odio esto, esta vulnerabilidad. No quiero que me abracen. Quiero que me follen. Me retuerco incómoda, sintiendo que las lágrimas vuelven a brotar. Él no me conoce. Si me conociera, se limitaría a hacerme venir otra vez. Gimo, preparada para protestar, para suplicarle que me haga venir. Sé que eso me convierte en la débil, pero mi cuerpo necesita liberación ya.

—Te conozco, Nanette —arrulla, apretándome con más fuerza—. Esto es lo que necesitas ahora mismo.

Quiero luchar, resistirme, pero las lágrimas afloran. —No necesito que me abracen. Necesito liberación.

—Necesitas entender la vulnerabilidad y cómo se siente estar a salvo de nuevo. —Sus palabras pinchan mi corazón y las lágrimas brotan de mis ojos. No quiero aprender esto. Una vez fui vulnerable, incluso confiada. Gallagher arruinó eso; me robó. Todavía puedo sentir la sensación de sus manos tocándome, su cuerpo moviéndose contra el mío.

Todavía veo la expresión de conmoción en el rostro de Jimmy cuando se vio obligado a mirarlo horrorizado. Protestó, suplicó, pero Gallagher era malvado y yo era débil. Juré que nunca volvería a ser débil. Así que forcejeo contra los brazos de Dominic, empujándole, arañándole. Un grito irrumpe desde mi garganta, un grito que he reprimido durante más de diez años. Sacudo el cuerpo intentando escapar, pero sus brazos se tensan alrededor de mí. No puedo moverme.

—¡Que te jodan! —grito, haciéndole sangrar los brazos—. Que te jodan a ti y a tu negocio. —Sollozo, forcejeando para escapar, pero él es demasiado fuerte.

—Yo también lo vi, Nanette. Vi lo que le pasó a mi madre. Intenté defenderla. Tienes razón —dice en un tono tan bajo que casi no oigo lo que añade—. La cicatriz es de él, del hombre que la hirió. Casi me parte en dos cuando le ataqué para apartarle de ella.

Ya no puedo luchar. Mis fuerzas se agotaron. Me desplomo entre sus brazos, sollozando. Es un llanto extraño y desgarrador que sale directo de mis entrañas. Sin embargo, el agarre de Dominic no se afloja, y por eso estoy agradecida. Me abraza con más fuerza mientras me habla en voz baja.

—La hirieron y voy a vengarme por eso. —Besa mi nuca y yo hago una mueca. Es demasiado, demasiado parecido a Gallagher—. Jimmy y yo no somos tan diferentes, ¿sabes? Le uso para ayudarme a vengarme, y luego me ocuparé de él. Verás, Nan. Serás libre de esto y nunca más tendrás que hacerlo.

No sé qué quiere decir con "ocuparse de él", pero me aterra. Cuando hombres como Dominic dicen que se ocuparán de algo, es malo, muy malo.

—El agresor de mi madre pagará caro, y el topo dentro de mi organización caerá. Me libraré de ese problema y luego Jimmy recibirá lo que se merece.

Me pongo tensa al oír sus palabras, con mis entrañas aún revolviéndose. Una mezcla de emociones fuertes me tiene en una montaña rusa. Quiero odiarle, arremeter y gritar, pero parte de mí se siente extrañamente reconfortada aquí a pesar de sentirme impotente. Dominic tiene el poder ahora, y por primera vez en mi vida, eso no me traumatiza del todo. Que alguien más tenga poder sobre mí. De algún modo, confío en que no usará ese poder para herirme. Ve mi juego, usar el sexo como forma de sentirme fuerte y valiente, y se niega a permitir que descienda a ese nivel. Pero podría

matar a mi hermano, así que ¿por qué estoy bien llorando entre sus brazos? ¿Por qué le dejo hacerme débil?

15

DOMINIC

Me despierto sobre la una de la madrugada, acurrucado junto a Nanette. Ronca ligeramente, en paz tras horas de llanto y de luchar contra mí. He odiado hundirla, dejarla al descubierto, pero la única forma de construir algo correctamente es empezar con unos cimientos limpios. Nanette se ha pasado la vida fingiendo, tanto que no tiene ni idea de quién es. Yo la veo. Conozco su juego porque yo también lo juego, y odio que tenga que esconderse.

El móvil vibra en mi bolsillo, revelando el motivo por el que me he desvelado. Sin mover demasiado la cama, lo alcanzo y veo que es Red. Me ha enviado un mensaje de texto diciéndome que lo llame urgentemente, y cuando él dice urgentemente, sé lo que significa. O tiene noticias, o lo han amenazado. Espero que sea lo primero, porque si alguien amenaza a mi familia, me amenaza a mí, y ahora mismo no tengo cuerpo para andar matando gente. Tengo asuntos más importantes que resolver.

Me salgo de la cama despacio, con cuidado de no despertarla. Durante un momento, la observo dormir. La tenue luz que entra del baño contiguo es suficiente para ver su expresión pacífica. Cuando todo esto termine, me aseguraré de que nunca más tenga que quedarse dormida sumida en el tormento como lo ha hecho esta

noche. No merece menos de lo que merecía mi madre, y si puedo evitar que corra su misma suerte, lo haré.

Salgo al pasillo, llevándome el teléfono a la oreja mientras suena el número de Red. Bajo las escaleras hacia mi despacho, metiéndome la camisa por dentro del pantalón según avanzo. Es probable que Red tenga algo sustancial; si no, ¿por qué me iba a escribir en mitad de la noche? Así que busco mis llaves y mi cartera, ambas en el suelo de mi despacho, donde se cayeron de los pantalones durante mi lucha con Nanette. Las recojo y la línea de Red salta al contestador.

Frustrado, vuelvo a llamar, ya sobre ascuas. Le encargué que investigara a Jimmy y a Nanette; nada serio, o al menos a mí no me parece que sea para tanto. ¿Qué problemas podría causarme Nanette? Jimmy, en cambio, podría suponer un riesgo mayor. Es un sicario conocido, lo que significa muchos enemigos y posibles soplones: gente para la que ha trabajado. Cuando la línea vuelve a saltar al buzón de voz, empiezo a ponerme nervioso.

A los pocos segundos recibo un mensaje.

Red 1:12 AM: Dom, reúnete conmigo en la librería cuanto antes.

Aquí pasa algo raro. Red no me citaría a estas horas si las cosas fueran bien. Sin embargo, el mensaje que me ha enviado diciendo que lo llamara me ha preocupado. Me guardo la Glock en la cintura y el móvil en el bolsillo. Con las llaves en la mano, me dirijo a mi coche. Incluso si se trata de una trampa, significa que me estoy acercando a la raíz del problema. Red nunca me traicionaría, lo que significa que, si es una emboscada, él también corre peligro, y no puedo dejar a los de mi propia sangre desprotegidos.

Cruzo la ciudad hacia la pequeña librería de Brighton Beach Avenue, propiedad de mi familia desde hace siete generaciones. Red y yo guardamos buenos recuerdos de este lugar; crecimos aquí de niños, leyendo todas las novelas románticas subidas de tono que caían en nuestras manos. Sonrío al girar en la calle y ver las luces de la

fachada apagadas. Red era una influencia nefasta cuando éramos críos y eso me encantaba. Me enseñó qué era el porno y cómo encontrar las revistas eróticas que mi padre guardaba en la parte trasera de la tienda.

Aparco enfrente, apagando el motor y las luces. No veo señales de movimiento en el interior, así que saco mi Glock y monto el arma. La calle también está tranquila, no hay tráfico a estas horas de la madrugada, ni siquiera en la ciudad que nunca duerme. Salgo del coche en silencio, dejando que la puerta se cierre pero sin encajar el pestillo. Un barrido visual por la calle no revela nada, ni siquiera un gato callejero. Es inquietante, como si estuviera en una película de terror que ha salido mal, dirigiéndome hacia el villano y mi destino inevitable.

—¡Psst! —oigo a mi izquierda. Veo a Red allí, entre las sombras, haciéndome señas—. Aquí, Dom.

Mi corazón late con un poco más de calma ahora que sé que está bien, aunque sigo en tensión. Mantengo la pistola lista y me adentro en el callejón oscuro. Un rápido vistazo por encima del hombro me confirma que no nos siguen, lo cual es bueno. Confío plenamente en Red, pero ahora mismo no tengo la misma seguridad con nadie más, ni siquiera con mis hermanos. Tras darle muchas vueltas, me pregunto si contar con Sven en este plan casero para desbancarme ha sido una buena idea. No tiene mi mismo tacto ni sabiduría, y me temo que pueda meter la pata.

—Dom, tenemos un problema —dice Red, dándose la vuelta. Su furgoneta, una Mercedes Sprinter corta, está aparcada junto a un contenedor en la parte de atrás. Una única luz cenital inunda la zona, iluminándolo todo lo suficiente como para que, si alguien observa desde una ventana de los edificios cercanos, yo sea un blanco fácil. Me mantengo fuera del círculo de iluminación, oculto en la oscuridad por mi propia seguridad.

—¿Qué pasa? Estás investigando a Nanette Slater, ¿verdad? — Escaneo de nuevo la zona, sintiéndome todavía inquieto, pero Red

está bien. Eso era lo que más temía. Pongo el seguro a mi arma y me la guardo en la cintura.

—Sí, bueno, el problema no es la chica. Es su hermano —Red se pasa una mano por el pelo revuelto, de color pelirrojo, razón por la cual tiene ese apodo. Mantengo la compostura, negándome a mostrar mis cartas mientras Red suelta detalles sobre Jimmy que ya conozco—. Dice que le estás pagando para que husmee en busca de un topo en la familia. Dice que ya le has dado algo de dinero y que te has llevado a su hermana. Estaba merodeando por la librería. Lo pillé en las cámaras y lo localicé, Dom. Es una amenaza seria. Es un sicario, y si lo contrataron los italianos, tenemos un problema totalmente distinto que resolver.

Asiento despacio. Mi confianza en Red es firme; tengo que recordármelo. No tengo motivos para dudar de que sus motivos sean altruistas; es como un hermano para mí, más que mis propios hermanos de sangre. Así que, si no está lo suficientemente alterado por las confesiones de Jimmy como para meterle él mismo una bala en el cerebro, es que debe de fiarse de Jimmy hasta cierto punto.

—¿Qué ha dicho? —Me apoyo contra la pared de ladrillo de la librería. Quiero saber si Red ha sido capaz de sacarle más información a la rata. Si Jimmy me está ocultando algo, vamos a tener palabras.

—No mucho más. Dice que tú lo contrataste y que solo hablará contigo. Dice que tiene información y que es valioso, demasiado valioso para pegarle un tiro —Red blande su propia arma, una Smith & Wesson de nueve milímetros—. No podemos arriesgarnos a que gente como él sepa cosas de la familia, Dom. Y Sven también lo sabe. Sven anda tras este tal Jimmy como una mosca a la mierda. Le habría llamado, pero he pensado en darle a Jimmy el beneficio de la duda hasta que tú llegaras.

Monta el arma y señala la furgoneta con la cabeza.

—Lo tengo aquí. Puedo terminar el trabajo si quieres, o puedes interrogarlo primero.

Levanto la mano, deteniendo la sed de venganza protectora de Red.

—Está bien, Red. Yo lo contraté. —Es hora de poner las cartas sobre la mesa con Red, incluirlo en el círculo. Me dolería enormemente tener que hacerle daño porque no confía en mí tanto como yo en él, pero tengo que descubrir quién abrió la puerta a esta maldad que ha sufrido mi familia, tanto el complot contra mi vida como el que hubo contra mi madre.

—¿Qué? —pregunta, entornando los ojos confundido—. ¿Por qué no me llamaste a mí?

Red retrocede un paso. Veo que está dolido, pero no tengo tiempo para andar con contemplaciones. —¿A quién quieres eliminar? ¿A Sven? ¿A Leo, Matty, Rome? —Menciono a mis hermanos uno por uno antes de dar en el clavo—. ¿A Tino? —Cuando pronuncio el nombre del hermano de Red, se le abren los ojos de par en par—. Alguien de nuestra familia ha contratado al italiano para que venga a por mí.

——No... —Sacude la cabeza con incredulidad—. Ellos no harían eso... ¿El hombre que le hizo daño a tu madre? —noto la emoción en su voz y asiento.

—Si tengo que eliminarlos yo mismo, lo haré, pero contraté a alguien de fuera porque no puedo imaginarme pidiéndote a ti o a cualquier otro miembro de nuestra familia que mate a uno de los nuestros. El dolor ya será suficiente cuando sepamos quién es —le aprieto el hombro y lo miro con severidad—. Deja salir a Jimmy.

Red suspira, enfunda su pistola y asiente.

—Está bien, Dom. —Se acerca a la furgoneta, la abre y desliza la puerta. Jimmy está allí tumbado, temblando como un idiota. Ha estado llorando, probablemente pensando que lo iban a ejecutar o

algo así. Le arranco la cinta americana de la boca e inmediatamente empieza a suplicar por su vida.

—Joder, Dom, por favor. No me mates. Te lo juro, solo estaba buscando información sobre el topo. Por favor...

Lo agarro del brazo y lo arrastro fuera del vehículo hasta que queda hecho un ovillo en el suelo. Red saca su navaja de bolsillo, la abre y los sollozos temblorosos de Jimmy se vuelven más fuertes.

—Cierra la puta boca antes de que despiertes a alguien —le digo, retrocediendo hacia las sombras junto al contenedor.

Red corta las ataduras de las muñecas y los tobillos de Jimmy y lo libera. Este se pone en pie al instante, alejándose de Red con mirada frenética. Red tiene el ceño fruncido, pero no dice nada. No importa; me ocuparé de eso más tarde. Ahora mismo, mi interés se centra en Jimmy. Si Red y Sven lo han detectado, significa que probablemente tenga detalles para mí, porque significa que ha estado investigando.

—Suéltalo, Jimmy. Dime qué tienes.

Sus ojos viajan nerviosos de Red a mi cara.

—Me retiro, Dominic. No voy a hacer esto, y tienes que dejar ir a mi hermana. Ella no tiene nada que ver con esto.

Saco mi arma y le apunto directamente al pecho.

—Dime qué tienes, Jimmy.

Levanta las manos en gesto defensivo. Le tiemblan mientras retrocede.

—No, he terminado. Nada más. No quiero participar en esto. No cuentes conmigo.

Hago un gesto con el arma, indicando a Red que se aparte, y así lo hace.

—Te doy una última oportunidad, Jimmy. Di lo que sepas ahora y os dejaré vivir a ti y a Nanette.

—¡Que te jodan, Dominic! ¡Que te jodan! No puedes hacer esto —Retrocede otro paso y luego dice—: Lo he reducido a dos hombres, pero no estoy seguro de cuál de ellos es, y no voy a apretar ese gatillo. No quiero acabar en tu punto de mira ni en el de nadie de tu familia.

—Nombres, Jimmy.

—No... Júrame que dejarás ir a Nan, y te lo diré.

—Te juro que, si no terminas este trabajo, Nanette muere. ¿Es eso lo que de verdad quieres? ¿Verla morir después de haberla salvado hace tantos años? —Se pone blanco como el papel.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la cicatriz que recorre tu cuerpo, la que te hizo Gallagher cuando intentaste matarlo y él fue más rápido al desenfundar. Me refiero a cuando se folló el coñito de tu hermana y te obligó a mirar —Doy un paso hacia él—. Me refiero a cuando casi te destruye... Hiciste eso para salvarla, para vengarla. Esta es tu oportunidad de redención, Jimmy, con la salvedad de que yo no soy como Gallagher. Yo no fallo. —Mi arma sigue apuntando firmemente a su pecho; él gime.

—Que te jodan, Dominic. —Mira hacia el callejón.

—No hace falta que me digas el nombre; solo mete una bala entre sus ojos. Eso será suficiente para que yo sepa quién es. Termina el trabajo, o me convertiré en el hombre que termine lo que Gallagher empezó.

Jimmy sale corriendo hacia la noche, huyendo de mí y de Red, y me quedo allí observando. Nunca le haría daño a Nanette de esa manera, pero Jimmy no lo sabe. Jamás podría lastimarla así. No ahora, no después de que ella me ha visto de verdad. Puede que

nunca la convenza de que me pertenece, de que está más segura conmigo, pero nunca podré hacerle daño.

—¿Qué hacemos ahora, Dom? —La voz trémula de Red me llama y me giro para mirarlo.

—Necesito que me des tu palabra de que cualquier cosa que oigas de Sven, Leo, Nick, de cualquiera de ellos, llegará a mis oídos. Necesito ojos y oídos por todas partes, solo de gente en la que confiemos. Nadie puede saber que hay un topo y nadie puede saber lo de Jimmy. —Lo miro fijamente y él asiente con brusquedad.

—Mi vida está en tus manos hasta la muerte, Dom. Estoy contigo a las duras y a las maduras. —Red me ofrece su mano para estrecharla y la aprieto con firmeza.

—Sé que puedo contar contigo. —Estoy asumiendo un riesgo con esto, pero no me queda otra opción. O confío en Red mi secreto o acabo matándolo con mis propias manos—. Me voy a casa. Sigue a Jimmy. Mira a dónde va. Llámame si surge algo.

Me dirijo al coche y luego a casa. Estoy agotado pero inquieto. Necesito respuestas, pero ahora mismo la necesito más a ella. Sentir su cuerpo acunado en el mío, donde sé que está a salvo. Nanette se ha convertido en mi sustituta, aquella en la que he centrado todas mis emociones de venganza para protegerla. Subo las escaleras sigilosamente, dejo mi arma, la cartera y las llaves en la mesilla de noche antes de quitarme el pantalón de vestir y los zapatos, tirando la camisa al suelo junto a ellos.

Solo en calzoncillos, me meto en la cama con ella. Se despierta un poco cuando muevo el colchón y se gira para mirarme con ojos somnolientos. —¿Estás bien? ¿A dónde has ido?

Después de lo de anoche, me sorprende que todavía me hable. —Estoy bien. Asuntos de familia.

No doy más explicaciones, pero ella ya sabe qué clase de familia es la mía. No pide más detalles ni se aparta cuando la atraigo hacia mí

con fuerza. Su respiración es superficial, agitada, como si tuviera miedo. Así que le susurro: —No voy a hacerte daño, Nan. —Le beso la parte posterior de la cabeza y ella se relaja en mi abrazo—. Ya casi ha terminado todo.

Y así es, porque de una forma u otra, necesito acabar con esto antes de perder el juicio.

16

NANETTE

Estoy sentada en un banco rodeada de flores; hay glicinas en flor colgando de la pérgola, mientras que las peonías y los lirios envuelven este pequeño oasis de jardín en colores brillantes y fragancias. Pero me siento atormentada. Dominic no tiene ni idea de lo que me ha hecho, de lo que ha despertado al arrebatarme mi poder. Apenas he dormido. No he probado bocado. Las pesadillas me mantienen despierta por la noche y los *flashbacks* me tienen aterrorizada durante el día.

Miro fijamente a la fuente; el agua me salpica los pies de vez en cuando cuando la brisa la levanta y la arroja hacia mí. Estoy entumecida, paralizada por la misma emoción que aprendí a reprimir hace más de una década, pero ahora todo ha vuelto. Es como si hubiera descorchado una botella de champán tras haberla agitado. Nada es seguro, ya ni siquiera el sueño. Y Jimmy… le he preguntado a Dominic varias veces cómo está mi hermano, pero no responde. Es como si estuviera intentando olvidar de dónde vengo. Como si me hubiera intercambiado a mí y mi trauma por su madre y el suyo. Ahora soy un sustituto del dolor que él soportó en su vida, y controla todo lo que hago con la esperanza de poder evitar que me pase algo.

Lo único que ha hecho ha sido empeorarlo. Yo estaba bien. Me las apañaba sin su interferencia, y ahora, porque él lo sabe, porque ha tenido la desfachatez de anunciar que conoce mi pasado, estoy atrapada.

Cierro los ojos, intentando alejar los pensamientos que se agolpan en mi mente, pero al hacerlo veo rojo. Solo rojo. La sangre brota del pecho de Jimmy. Está en sus manos, en su ropa. Fluye a su alrededor formando un charco de sangre sobre la alfombra bajo su cuerpo; su fuerza vital se empapa lentamente en el tejido de la oficina de Gallagher. Me inclino sobre él, también cubierta de sangre, gritando su nombre.

—¡Jimmy! ¡Por favor, que alguien ayude! —grito. Sostengo su cabeza entre mis manos, viendo cómo se desangra. Lo tengo aquí, en mis brazos, pero me siento perdida, como si fuera a morir y no hubiera nada que yo pueda hacer para salvarlo. Gallagher está de pie sobre mí con una pistola en la mano, de la que aún sale humo.

—Tu hermano se ha puesto un poco demasiado gallito, Nanette. Tienes que advertirle de lo que soy capaz de hacerle. Mi tipo de dinero y poder no sale barato y también hago amigos, muchos de ellos. Jimmy se va a arrepentir de esto —dice mientras se sujeta la mejilla, justo donde Jimmy le ha propinado el puñetazo.

Siento cómo me invade un odio desenfrenado. Quiero despedazar a Gallagher con mis propias manos, hacer que pague por el crimen que ha cometido contra Jimmy. Sin embargo, no hay nada que pueda hacer; por mucho que lo intente, no hay forma de sortear su fuerza y su poder.

La habitación está salpicada de sangre. Jimmy está desplomado en el suelo, con un charco rojo formándose alrededor de la herida de su pecho. Aprieto el pañuelo de mi bolsillo en el puño cerrado mientras me agacho junto a él y presiono la tela contra la herida, pero no sirve de nada: solo absorbe el líquido escarlata en cuestión de segundos. Estoy temblando, respirando con jadeos bruscos mientras

busco desesperadamente una forma de salvar a Jimmy, pero todas las opciones parecen perdidas.

Gallagher permanece allí con una sonrisa retorcida, deleitándose con mi desesperación y mi miseria. Abro la boca para soltar una réplica furiosa —suplicando clemencia—, pero me detengo abruptamente; él ya ha tomado una decisión, y lo que le esperaba a Jimmy era la muerte, independientemente de cualquier otra cosa. Quiere que Jimmy sufra.

—¡Eres un monstruo! —le grito a Gallagher—. Lo odio. Odio su oficina; odio su cara. Quiero que muera él, no Jimmy. Fulmino con la mirada a Gallagher, cuya cara se retuerce en una mueca de desprecio, como si estuviera disfrutando de este momento. No soy capaz de hablar; la ira pulsa a través de mí como electricidad y mi cuerpo tiembla de rabia.

Llama a alguien por teléfono, murmura algo por el receptor y se marcha. Me quedo allí sentada, desnuda, con los fluidos corporales de Gallagher todavía goteando de mi interior, mientras Jimmy se muere. Sollozo con más fuerza, deseando poder detener esto. Mi hermano me necesita. Intentó defender mi honor, protegerme de este bastardo enfermo, ¿y esto es lo que ha pasado? Sí, Jimmy tenía una navaja, pero no la usó. Solo le dio un puñetazo al hombre, y ahora podría morir.

—¡Por favor, ayuda! —Parece que pasan horas. He perdido la poción del tiempo. Solo miro cómo crece el charco de sangre, extendiéndose bajo ambos ahora. Jimmy tiene un agujero en el estómago. Lo tapo con mi dedo—. Por favor, Jimmy, no me dejes —le suplico que se quede, incluso cuando sus ojos se cierran—. Papá y mamá se fueron; él es lo único que tengo. No puedo perderlo.

—¿Nanette? —Oigo la voz de Dominic y al instante recobro la compostura. Me seco los ojos, esperando que no me haya visto llorar, y me enderezo en el banco de piedra. El jardín ha sido mi refugio durante los últimos días, hiciera sol o lloviera. Sabe que estoy aquí; fue él quien me dijo que viniera. Dijo que le ayudaba a

pensar con claridad. A mí solo me ha servido para recordarme cuánto deseo marcharme de este lugar, encontrar a Jimmy y volver a estar a salvo.

—¿Nan?

—Aquí —respondo, inquieta. Sorbo por la nariz en silencio y me limpio los ojos una última vez justo cuando Dominic dobla la esquina.

Se detiene y me observa. Una expresión de angustia cruza sus facciones, ¿desaprobación quizá?, ¿o tal vez frustración? Es imposible que piense que estoy bien, no con lo que sabe sobre mí. No después de haberme robado mi poder. Se lo he explicado, pero aun así espera que me trague el trauma y esté bien, o quizás simplemente no sabe cómo ayudar. Puede que ver sufrir a su madre durante tanto tiempo antes de que se suicidara le hiciera sentirse tan impotente para ayudarme como me siento yo para ayudarme a mí misma.

Se acerca y se sienta en el banco a mi lado para mirar la fuente. Los pequeños querubines de cuyas bocas brota el agua parecen burlarse de nosotros, trayéndome recuerdos que no quiero, aunque no puedo hablar por Dominic.

—Jimmy ha descubierto a la persona que está en el epicentro de este ataque contra mi vida. Tengo que jugar bien mis cartas, o más bien tiene que hacerlo él. —Me habla como si fuera su confidente, alguien en quien puede depositar su confianza. Esto es nuevo para mí. —Dice que es una de dos personas, y tengo el presentimiento de que sé quién es.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, manteniendo la mirada fija en los querubines que escupen agua. Sus ojos de piedra blanca penetran en mis pensamientos, escudriñándome como si en mi interior guardara la llave para darles vida.

—Voy a averiguar quién es y voy a matarlo.

Dejo de mirar la fuente y me giro hacia Dominic, que sigue mirando al frente. —Es lo que tengo que hacer.

Trago saliva con dificultad. Sabía que era un asesino; pero no pensé que sería tan abierto al confesármelo. Quizá sea porque le he visto a él, la habitación, su cicatriz. Él también se siente vulnerable conmigo. Me hace preguntarme qué demonios está pasando. ¿Por qué el hombre más poderoso del crimen organizado iba a confiar en mí? ¿Quién soy yo para él?

—¿Cómo puedes ser tan frío y calculador?

Sus ojos se giran para encontrarse con los míos y me mira fijamente con una mirada inquietante y vacía. Todo lo que veo en esos ojos es rabia y dolor. Han presenciado cosas, cometido atrocidades indescriptibles, y sin embargo ahora no tengo miedo.

—Alguien violó a mi madre, Nanette. —Su mandíbula se tensa y sus aletas nasales se dilatan. Luego continúa. —Intenté detenerlos. Hice lo que pude, pero solo era un niño. La cicatriz… él me hizo eso.

Recuerdo la cicatriz de su pecho. Parecía que quienquiera que lo hubiera cortado casi lo había serrado por la mitad. Es una herida espantosa, y solo puedo imaginar cuánto dolió, cuánta sangre hubo. Parecía mucho peor que la herida que sufrió Jimmy. No digo nada y él continúa con su historia.

—Pasaron los meses y ella nunca salió de su habitación. Los meses se convirtieron en años. Su dolor era demasiado, demasiado grande. El ataque fue una represalia de uno de los enemigos de mi padre, o al menos eso me dijeron. Hasta hace poco, seguía creyendo eso. Fui implacable, vigilando el negocio familiar para asegurarme de enterrar a cualquiera de nuestros enemigos que se alzara. —Baja la cabeza y yo desvío la mirada, avergonzada de presenciar su duelo de esta manera.

—Se suicidó, Nanette. El tormento por lo ocurrido fue demasiado. No pudo procesarlo. Y fui yo quien la encontró allí. Solía ir a leerle

revistas, cuentos, incluso revistas médicas. Entonces se fue, y me quedé solo. —Dominic se pone de pie y camina por el sendero, tocando suavemente una enredadera de glicina.

—Siento mucho que pasara eso —digo. No sé qué más decir. Conozco el dolor que soportó su madre. Lo vivo cada noche en mis pesadillas, peor ahora que antes de conocerlo, pero todas las noches de la misma manera. Le he visto agonizar durante varios días, atormentado por la revelación que ahora ha compartido conmigo: que puede que sepa quién está detrás del ataque a su madre y del planeado contra él. Comprendo esa tortura, y algo en mi interior me impulsa a ponerme en pie. Camino hacia él y me sitúo a su lado, observando a las abejas revolotear alrededor de las flores color violeta.

—¿Me ayudarás? —pregunto dubitativa. Pedir ayuda a un hombre como Dominic es peligroso. Me llevará a arrepentirme, de eso estoy segura. Pero quiero venganza. Si él ha sido capaz de descubrirlo todo sobre su madre y ahora, años después, puede vengarla, tal vez pueda ayudarme a conseguir la justicia que busco.

—¿A matar a un juez? —Se burla, mirándome de reojo. —¿Quieres que te ayude a matar a un juez? ¿Estás loca?

Retrocedo, dolida por su insinuación de que no sé lo que estoy haciendo. —No, no lo estoy. Estoy furiosa y dolida, y merezco justicia igual que tu madre. —Cruzo los brazos sobre el pecho. —Has matado a gente mucho más poderosa que un juez. Conozco a los de tu tipo, Dominic. No puedes engañarme.

—Tú no lo has hecho, sin embargo. —Arranca un racimo de glicinas y se lo lleva a la nariz. —Las cosas más bellas y delicadas deben ser protegidas, no mancilladas.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Estoy molesta ahora, lista para salir de su propiedad y no volver jamás. Quiero ayuda, no un sermón simbólico destinado a darme una lección que nunca llegaré a comprender.

—Significa que no quieres ser como yo, Nanette. Si matas a Gallagher, te volverás como yo. Soy frío, brutal, estoy lleno de ira. Mi corazón no tiene zonas blandas, solo aristas. Cuando corto a alguien, sangra. Y cuando eso sucede, no derramo ni una sola lágrima. —Tira la glicina al suelo y la aplasta como si fuera un cigarrillo encendido. —Las cosas bonitas acaban aplastadas.

—Te odio, ¿lo sabes? ¿Por qué demonios me trajiste aquí, aireaste mis secretos, destrozaste mi puto corazón y me hiciste creer que ibas a ayudarme? No tienes alma. —Me doy la vuelta y empiezo a alejarme, pero él está allí, agarrándome de la muñeca.

—Tú no te alejas de mí.

—¡Ya lo creo que lo hago! —Me suelto el brazo de un tirón y sigo caminando. El sendero lleva hacia la casa, y desde allí puedo bordear la propiedad hasta la parte delantera donde encontraré una acera y me iré a casa. No tengo por qué quedarme y aguantar esto.

—Te vas a arrepentir de eso. —Dominic está sobre mí otra vez, ahora agarrándome del codo. Me doy la vuelta y le hundo el puño con fuerza en la caja torácica, pero me hago daño yo y a él ni siquiera le falta el aliento.

—Suéltame de una puta vez.

—Accediste a venir aquí para proteger a Jimmy. —Sus ojos se clavan en los míos, a escasos centímetros de mi cara, y me encantaría darle una bofetada.

—No puedes controlar a la gente.

—Qué curioso, parece que lo estoy haciendo. —Aprieta más el agarre, haciéndome dar un respingo.

—¡Ay! —gruño—. ¿Esto es lo que haces? ¿Hacer daño a la gente porque no puedes controlarla, para que quieran estar cerca de ti? ¿Y qué hay de Jimmy? ¿Le has hecho daño? ¿Vivirá para contar cómo te plantó cara?

—¡Estás forzando el límite! —grita, y unos pájaros salen volando del arbusto cercano. Me sobresalto y me apoyo en él por miedo, pero de inmediato me doy cuenta de lo que he hecho. Me aparto de él e intento liberarme, pero su agarre es demasiado fuerte.

—Es conmovedor que pienses que puedes protegerme de mí misma, pero un día mataré a Gallagher, aunque vaya a la cárcel por ello. Ese hombre arruinó mi vida y la de Jimmy. Él es la razón de que Jimmy sea como es hoy —le digo mientras le araño los dedos—. La razón de que la vida de Jimmy esté ahora amenazada por ti. Porque eres una bestia, horrible, fea y descontrolada.

—Te ayudaré —dice, con voz férrea y fría. Me detengo, sin estar segura de haberle oído bien.

—¿Qué harás?

—Te ayudaré a matar a Gallagher, pero tienes que quedarte aquí. —Me mira por encima del hombro mientras trago saliva lentamente y asiento.

—Con una condición… —Su agarre se afloja muy levemente.

—¿Cuál?

—Que te asegures de que Jimmy esté a salvo cuando esto termine. Que no dejes que le pase nada —tiemblo al pronunciar las palabras —. Mataré a Gallagher. No dejaré que le pase nada a mi hermano, pero hay cosas que escapan a mi control. Con suerte, no escapan al suyo.

—No puedo hacer promesas.

—Entonces suéltame de una puta vez. No me quedo. —Logro zafarme el brazo con éxito, pero antes de que llegue a girarme, las manos de Dominic están en mi cintura. Me atrae hacia atrás contra su pecho y me susurra al oído.

—Convence a Jimmy para que termine este trabajo y te daré lo que quieres. —Su aliento está caliente en mi mejilla y no estoy segura de

si este es el paso correcto. Quiero creerle, pero no puedo. Los hombres como él no son precisamente dignos de confianza.

Asiento y él me hace girar para quedar frente a él. —Júralo —le digo, mirándole a los ojos con desafío. —Jura que Jimmy estará bien y que Gallagher morirá.

—Los hombres que siguen órdenes no tienen por qué temerme.

No puedo evitarlo. Me invade la gratitud y le echo los brazos al cuello. El epicentro de todo mi dolor durante más de diez años se desata en ese momento. Lo beso con fuerza, impulsándome hacia arriba, y él me levanta mientras yo le rodeo la cadera con las piernas. El abrazo es intenso; casi no puedo respirar. Sus brazos me sujetan con tanta fuerza que me está aplastando, pero no lo querría de otra manera.

—¿Me lo juras? ¿Conseguiré mi venganza y mi hermano vivirá? —pregunto de nuevo mientras se da la vuelta y me lleva de regreso al banco.

—No digo cosas que no siento —murmura contra mi boca. Luego me muerde el labio, casi sacándome sangre. Sus manos son codiciosas, exigentes, manoseando mi cuerpo mientras camina.

—Tiene que ser castigado… ¿sabes?, por lo que nos hizo a mí y a Jimmy… —Estoy jadeando ahora, tirando de su camisa. El dobladillo se sale de la cinturilla de su pantalón y yo tiro de ella hacia arriba.

—Será castigado. Yo no cometo errores.

Dominic es tan seguro de sí mismo y asertivo que no puedo contenerme. Me sienta en el banco y me aferro a él, besándolo y quitándole la camisa por la cabeza. Nunca he deseado tanto sentir a alguien contra mí como en este momento. Su promesa, su confianza… me vuelven loca. Por fin voy a obtener mi venganza, y de la fuente que menos esperaba. Cuando Dominic se burló de mí en aquel restaurante, pensé que era el enemigo, que Gallagher había vuelto para atraparme de nuevo.

Estaba equivocada.

Jimmy estaba equivocado.

Estoy al borde de lo que he necesitado durante toda mi vida adulta —venganza— y este hombre, al que quería odiar, va a ayudarme a conseguirla. —Joder, Dominic, no me puedo creer que vayas a ayudarme.

—Cumplo mi palabra. Ahora, quítate la ropa...

17

DOMINIC

Me quedo de pie sobre Nan mientras ella desabrocha lentamente su camisa y la deja deslizarse por sus brazos. Esta vez es diferente, no está enfadada ni exigente conmigo. Desabrocho lentamente mi cinturón y me quito los zapatos. Mi polla se está hinchando, llenándose bien en anticipación de enterrarse en ella.

—Siempre me dejas con ganas de más —le digo mientras me acerco al banco—. Debería encerrarte en una jaula con nada más que mi polla. Ella se levanta y se baja los pantalones, quitándoselos de una patada. Sus bragas también han desaparecido, quitadas y dejadas dentro de sus pantalones.

—¿Me quieres? —susurra, apartando la mirada de mí.

—Sí —respiro.

—Muéstramelo.

Lo único que le queda es el sujetador, pero ver sus tetas cremosas y redondas enmarcadas por el material rojo sedoso es excitante. Creo que se lo dejaré un momento.

Me bajo los pantalones por los muslos y muevo el cuerpo de Nan al borde del banco. Uso mi pulgar y mi índice para sacar mi polla de los calzoncillos y me acerco a ella. Su humedad brilla en sus labios, rogándome que meta mis dedos. Ella se encuentra conmigo a mitad de camino, presionando sus labios contra los míos y rodeando mi cuello con sus brazos. Envuelvo mi mano alrededor de la parte posterior de su cabeza y juego con su pelo mientras nos besamos. Luego, mientras me arrodillo, uso ambas manos para separar sus labios y examino su clítoris antes de llevármelo a la boca. Ella jadea y chilla mientras lo chupo y paso mi lengua justo debajo del capuchón.

Me encanta cómo sabe, como una mujer lista para follar. Deslizo mis dedos dentro y fuera de ella con mi pulgar presionando su clítoris. Ella arquea la espalda y suplica más.

—Por favor, Dom, fóllame —suplica. Es una de las primeras veces que usa mi nombre abreviado como los demás, y me encanta. También me encanta cómo le tiembla la voz cuando estoy dentro de ella, así que empujo más fuerte, masajeando su botón en un pequeño círculo.

—Oh, te voy a follar tan fuerte que no podrás caminar —. Trabajo realmente su coño, empujando mis dedos dentro de ella mientras ella agarra mi muñeca y me insta a ir más rápido.

—Joder, sí —gime mientras habla—, sí, así.

—¿Más fuerte? Te gusta duro, ¿verdad, pequeña zorra?. Si meto mis dedos en ella más fuerte, le haré moratones por dentro, pero parece que le encanta, así que se lo doy.

—¡Sí, sí, joder, joder, joder! —grita mientras su cuerpo se tensa y sus jugos brotan sobre mi mano. Ella se está corriendo, y puedo sentir sus músculos temblando y agitándose alrededor de mis dedos mientras agarra la madera con ambas manos ahora. Su boca queda abierta, los ojos cerrados, y su coño se contrae alrededor de mis dedos. Es una sensación poderosa, saber que le hago esto.

Cuando su cuerpo se relaja y sus temblores cesan, saco mis dedos de su maduro coño y me los chupo limpiándolos. Ella levanta la cabeza, los ojos entornados por la lujuria, y me sonríe. —Ahora, dame tu polla —dice con una voz sensual.

Ella ya está mojada, así que puedo deslizarme profundamente y ponerme a follarla inmediatamente. El banco no está hecho exactamente para follar, así que estoy prácticamente tumbado encima de ella, metiendo mi polla en su ansioso coño. Ella todavía está bajando de su orgasmo, y yo estoy trabajando para llegar al mío, así que esas dos cosas me facilitan concentrarme en follarla.

Mientras la follo, le bajo el sujetador para dejar sus pechos al descubierto. Sus pezones rosa oscuro están tan duros y erectos que mi polla se estremece en respuesta. Paso la lengua por uno de sus pechos, enganchándome con fuerza y metiendo toda su areola en mi boca. No la chupo, todavía no. Simplemente la dejo ahí y disfruto de la sensación de su piel. La beso, la mordisqueo y la lamo por todas partes hasta que no puedo más. Entonces la muerdo. No con fuerza suficiente para dejar marca, pero sí lo bastante para que sepa que estoy aquí y que no voy a ser delicado. Quiero que recuerde esto, que me recuerde a mí.

Al principio empujo dentro de ella lentamente, sacándola y volviéndola a meter. Está tan apretada alrededor de mí que siento que podría correrme ya, pero me aguanto. A este ritmo no voy a durar mucho, pero aún no quiero correrme. Quiero estar dentro de ella para siempre. Su coño se aprieta a mi alrededor y me estremezco, apretando los dientes para no venirme.

—Dios, qué polla más grande —jadea ella, arañándome las caderas. Sus manos recorren mis costados con avidez, raspando y arañando mi piel.

Empujo más fuerte, más rápido. Quiero sentir mi polla presionando con fuerza contra su pared trasera. Quiero que le cueste trabajo tragársela entera. Estoy casi allí. Su coño me ordeña tan bien que sé que voy a reventar pronto.

—Oh, vas a hacer que me corra —jadeo—. ¿Vas a correrte conmigo, Nan?

—Sí —gime—. Sí, me voy a correr. Su clítoris está hinchado y sensible, pero eso no le impide frotárselo. Me gusta que sea tan agresiva, y le doy un beso brutal mientras me saco.

Mi polla está mojada con sus jugos, y quiero mantenerla así. Recogo parte de sus fluidos y los froto en mi polla.

—¿Más? —pregunto, deslizando mi polla arriba y abajo por su coño.

—Sí, sí —gime, arrastrando los dedos por mi pecho. Está loca, empujando sus caderas contra mi cuerpo, dejando que su humedad embadurne mi polla y mis caderas. Es excitante, y el hecho de que ni siquiera le importe estar al aire libre lo hace aún más excitante.

—Eres una chica mala, Nanette —le digo, inmovilizándole las caderas. Provoco su entrada con la cabeza de mi polla, balanceando lentamente las caderas. Ella gime.

—Dios, vuelve a metérmela —gime, arañándome mientras tira con fuerza de mis caderas. No creo que intente hacerme daño, pero una parte de mí quiere que lo haga. Esa parte que quiere que me marque, que deje una señal de que estuve aquí. Arquea la espalda, tomándome más profundo cuando vuelvo a empujar dentro de ella. Me encanta cómo su coño envuelve mi polla, cómo me masajea y cómo se mueve bajo mí.

Ella respira con dificultad, susurrando mi nombre mientras se corre. Yo no voy mucho más tarde, y siento cómo mis huevos se contraen al empujar más fuerte y rápido. Sus gemidos bajos se vuelven frenéticos, chillidos agudos, y sus uñas perforan mi piel. —Así es, grita. Dile al mundo entero que eres mía ahora. Empujo más fuerte, sintiendo su cuerpo golpear contra el mío. Su coño lo acepta, acogiéndome en su cavidad palpitante. —Nunca volverás a follarte a otro hombre, Nanette. Eres mía ahora. Me perteneces.

—Joder, joder... —gime, y deja caer la cabeza sobre mi pecho, pero yo no he terminado. Reduzco el ritmo un momento, controlando la necesidad de correrme. Incluso me detengo, dejando que su calor me envuelva mientras la beso, sujetándole la cabeza con las manos.

—Eres mía. ¿Me has oído? Mía. La obligo a mantener la cabeza erguida y cuando abre los ojos, se lame los labios.

—Nadie me posee —susurra, sin aliento.

—Yo te poseo, y es la forma más libre que jamás serás. La beso con fuerza otra vez, mordiéndole el labio antes de soltarle la cabeza. Un gruñido bajo surge de mi pecho al empezar a empujar de nuevo. Estoy tan cerca que sé que no podré contenerme.

—Córrete para mí —gruño mientras empujo fuerte y profundo. No tarda mucho, y siento cómo su coño se contrae cuando descargo dentro de ella. Dejo escapar un gemido gutural bajo al correrme, clavándole los dientes en el hombro mientras la lleno de mi lefa.

Me da vueltas la cabeza y no sé si voy a desmayarme o no, pero sé que no quiero parar. No quiero sacármela, y no quiero que esta sensación termine. Es tan ardiente, tan sucio, tan animal. Es exactamente lo que necesito ahora. Ella aún jadea, intentando recuperar el aliento y mirándome como si quisiera más. Estremezco cuando sus labios recorren mi piel mientras me levanto lentamente y veo mi semen gotear de su coño a la hierba blanda de abajo. Me agacho y la levanto de golpe para que quede de pie frente a mí.

Mirándola desde arriba, siento una hinchazón en el pecho, una sensación de orgullo. Es mía, y solo será mía. Su cuerpo está resbaladizo bajo mi tacto, húmedo por el sudor de nuestro encuentro. Ella me mira aún con la neblina del deseo en los ojos. Permanecemos abrazados el uno al otro. No estoy preparado para admitir que es mi punto débil. Si lo hago, alguien irá tras ella, intentará hacerle daño. No puedo permitir que eso ocurra.

—¿Qué querías decir con que te pertenezco?— Su pregunta inocente surge mientras empieza a ajustarse el sujetador, metiéndose las tetas dentro. Me agacho y recojo sus bragas y pantalones y se los entrego.

—Exactamente lo que dije: me perteneces. Nadie más va a tocar nunca ese coño tuyo. Eres mía.—

Se endereza y mira hacia otro lado, como si aún tuviera reservas. Acabará por aceptarlo, sobre todo cuando le muestre lo que significa pertenecerme, cómo trato a los que me pertenecen.

—¿Estás diciendo que quieres casarte conmigo? ¿Estás enamorado de mí?— Se sienta en el banco, con la ropa en la mano, observándome mientras me visto. Son preguntas justas, pero no puedo responderlas. Ahora no.

—Haces demasiadas preguntas. Agradece que sea yo quien te reclama y no alguien mucho más siniestro.— Me abrocho los pantalones y luego el cinturón mientras espero, me pongo la camisa y me calzo. Se viste con lentitud exasperante, como si estuviera asimilando todo lo que he dicho.

Cuando está vestida, con los zapatos en la mano, le ofrezco el brazo y volvemos hacia la casa. Ella guarda silencio y yo tampoco hablo. Nunca esperé que Nanette irrumpiera en mi vida como una bola de demolición, pero aquí está. Al llegar, abro la puerta para Nanette y la conduzco al salón, donde sirvo un vaso de whisky para cada uno. Nos sentamos en silencio durante unos minutos, bebiendo a sorbos. Siento su mirada sobre mí, estudiándome.

Por fin, habla. —Entonces, ¿qué viene ahora?—

Respiro hondo y dejo el vaso. Siempre he sido un lobo solitario, haciendo las cosas a mi manera sin rendir cuentas. Pero ahora, con Nanette en mi vida, tengo a alguien a quien proteger y mantener. Y eso exige prudencia, especialmente en este negocio. Vacilo antes de responder. Nunca se me dieron bien las relaciones, y la idea de

atarme a una sola persona me resulta ajena. Pero algo en Nanette me hace querer retenerla, mantenerla cerca.

—Ahora vas a tu habitación y te quedas allí. La puerta se reparará hoy mismo. Iré a buscarte después de cenar. Necesito que hagas que Jimmy trabaje. Ya no está en mis manos.— Bebo un sorbo de whisky y observo cómo cambia su expresión.

—¿Qué quieres decir con que ya no está en tus manos? —pregunta, mirándome por encima del borde de su vaso. Sus ojos se abren de par en par por el miedo— algo saludable.

—Mis hermanos saben lo de Jimmy. —Mantengo la mirada fija en su dirección, aunque mi mente divaga—. Si no lo convences de que termine esto, tomarán cartas en el asunto y no podré detenerlos. Mi primo ya lo recogió una vez por husmear.—

—Eso no puede pasar. Prometiste—

—¡Basta! —corto. Nanette se pone de pie, asustada—. Haré lo necesario para proteger lo mío. Ahora, ve a descansar. Tenemos que conseguir que veas a Jimmy y hagas que empiece a colaborar conmigo en lugar de contra mí. Su vida depende de ello. Y si lo relacionan contigo, tendré un buen lío entre manos.—

Asiente, agarrando su vaso de whisky con fuerza mientras se acerca al mueble bar y lo llena hasta el borde. Está alterada y sé por qué: tiene terror de perder a su hermano, como debe ser. Yo lo metí en esto y ahora, por lo que siento hacia ella, debo asegurarme de sacarlo.

La observo caminar hacia la puerta y detenerse, volviendo la mirada. —¿Dom? —pregunta con un hilo de voz.

—Sí.—

—Gallagher tiene que morir…—

—Lo sé.—

Desaparece en el pasillo y yo bebo otro sorbo. No me hago ilusiones: esto no será fácil. Es el mayor desorden que ha tenido el negocio familiar, y yo lo he empeorado metiendo a los Slater. No puedo —ni quiero— permitir que nadie la toque, pero si Jimmy no saca la cabeza de su culo y actúa correctamente, morirá. La culpa es solo suya, no mía, aunque Nanette no lo verá así.

—Señor —dice Mika desde la entrada—, tiene una llamada de Sven. Dice que es urgente y que necesita hablar con usted. —Agita un teléfono y yo asiento.

—Dile que le llamaré en media hora. Estoy disfrutando de mi bebida. —Levanto el vaso y ella asiente, retrocediendo. Sé que me echará la bronca por lo de Jimmy y quiero estar sereno. Debo reflexionar antes de que mi carácter me domine. Sven sabe que alguien anda tras mí, pero ninguno sabe aún quién. Por ahora, ese sigue siendo mi secreto... o más bien de Jimmy.

Por ahora…

Ese pequeño ratón hablará o le arrancaré la lengua yo mismo. Sin necesidad de involucrar a Sven. En cualquier caso, Nanette es mía y no viviré sin ella. Es raro encontrar a una mujer que te vea tal cual eres sin retroceder, incluso cuando le muestras tu faceta más bestial. Jamás volveré a putas callejeras.

18

NANETTE

Me he quedado traspuesta hace un rato, a media tarde, y me despierto con el sonido de la puerta al cerrarse. Me incorporo de un salto y miro alrededor. Dominic está aquí, de pie junto a la puerta. Tiene un aspecto severo, como si algo hubiera salido mal. Ha cambiado su traje azul habitual por un jersey de cuello alto y unos pantalones negros. Parece vestido para ir a una vigilancia o cometer un atraco. Pero le queda bien; el color negro le sienta fenomenal a su tono de piel.

—Es hora de prepararse —dice, entrando en la habitación. Se dirige directamente a la cómoda, donde abre los cajones y empieza a sacar ropa. Me froto los ojos y bostezo. La siesta me ha dejado un poco aturdida, pero estoy segura de que en cuanto me despabile del todo me sentiré mucho más alerta. Esa cantidad de whisky siempre me deja frita.

—¿Prepararse? —pregunto, girándome para que los pies me cuelguen por el lateral de la cama. Me bajo y las puntas de los dedos apenas rozan la alfombra mientras estiro los brazos sobre la cabeza. La puerta está arreglada por cortesía de uno de los hombres de Dominic que vino antes, mientras yo seguía bebiendo. Al hombre

le llevó menos de veinte minutos cambiar la puerta por una nueva, marco incluido.

—Se suponía que íbamos a cenar con Jimmy, pero se niega a verme en público. Ahora que mi hermano, y potencialmente el topo, saben que lo he contratado, tiene miedo. Probablemente sea lo mejor. Es un patoso. —Dominic hurga en mis cajones... ¿mis cajones? ¿Es que ahora llamo a esto mi hogar? Me levanto y camino hacia él; me doy cuenta de que ha seleccionado unos vaqueros y una camiseta blanca, sin sujetador ni bragas. Por supuesto, ahora mismo los llevo puestos, pero sé cómo le gusta verme vestirme, o desvestirme, mejor dicho.

—¿Entonces dónde nos vamos a reunir con él? —Me apoyo en la cómoda mientras él recoge el montón de ropa y me lo entrega. Lo cojo, esperando a que responda. Si Jimmy no quiere salir, deberíamos ir nosotros a verlo, pero si la gente sabe que está implicado con Dominic, probablemente no sea buena idea que Dom esté en casa de Jimmy. Solo servirá para llamar más la atención sobre él. Mi objetivo es mantenerlo a salvo.

—Tú vas a ir sola. Yo no iré. Mi primo te llevará en coche. —Se acerca a la cama, se sienta y se pasa una mano por el pelo oscuro y suelto.

—¿Yo sola? —Me muerde el miedo—. Eso suena peligroso. ¿Y si alguien nos vigila y me relacionan con todo esto? No quiero participar en este plan. —Dudo, mientras el temor me invade. Jamás en la vida pensé que acabaría haciendo de mensajera para el jefe de la Bratva, pero aquí estoy, tan enredada en su vida que bien podría ser su mula de la droga.

—Mira, Nanette, hay vidas en juego. Va a ser como cualquier otro día que visites a Jimmy. Te llevarán hasta el barrio y Red aparcará. Te bajas, vas a casa de Jimmy como siempre y le dices lo que tengo que decirle.

Le retiro la mirada. No quiero que vea mi miedo; no le gusta el miedo. Así que le doy la espalda y dejo la ropa sobre la cómoda mientras me desabotono la parte de arriba. La prenda se me resbala por los hombros y cae al suelo; recojo la camiseta blanca y limpia que Dominic ha elegido. Es un polo de tres botones, con un caballo bordado en el lado izquierdo del pecho. Una camisa sencilla para un trabajo sencillo, aunque ojalá no estuviera pensando así. Esto no es un trabajo; es una visita a mi hermano.

—Vas a hacerlo muy bien, Nanette.

Me pongo la camiseta por la cabeza y noto el reflejo de Dominic en el marco del cuadro que hay colgado en la pared frente a mí. Tiene el ceño fruncido, probablemente molesto por mi miedo. Tengo que mirar a otro lado; detesto que se moleste por mis emociones. ¿Por qué lo detesto? ¿Qué demonios me pasa por la cabeza? Debería disfrutar de esto. No debería importarme lo que piense o sienta, pero me importa. Me importa. Él también ha calado en mí. Supe que yo había calado en él cuando me dijo esta mañana que ahora le pertenezco, ¿pero esto?

Me desabotono los pantalones y me los bajo, saliendo de ellos antes de coger los vaqueros y ponérmelos. Me quedan clavados, una vez más, y sigo asombrada de cómo Dominic sabía que tenía esta talla.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que decirle? —Me subo la cremallera y me abrocho el botón antes de darme la vuelta. A Dominic le centellean los ojos de lujuria un fugaz segundo, probablemente porque estaba en bragas agachándome delante de él. Es lo último en lo que pienso. Quiero ver a Jimmy, asegurarme de que está bien.

Se inclina y recoge las bailarinas que he dejado a los pies de la cama, metidas justo debajo del marco. Me las quité de una patada cuando me metí en la cama a descansar. Es imposible que las hubiera visto, no con la forma en que la manta cae sobre el pie de la cama y se amontona en el suelo. Me ha tenido que estar observando mientras dormía por su pervertido circuito cerrado de televisión.

—Vas a decirle exactamente lo que te dije en el jardín hoy mismo. Su vida corre peligro si no termina esto. Es muy posible que el topo sepa que anda por ahí buscando a mi posible asesino. Mi hermano Sven lo sabe, y Red lo sabe. Sven sabía que había un topo porque lo sospechamos tras la muerte de mi madre. Hemos estado intentando sacarlo a la luz desde entonces. Pero si hablaron con la persona equivocada sobre Jimmy, está en apuros...

—¿Quieres decir que la vida de Jimmy corre peligro porque tú la has cagado? —Cruzo los brazos sobre el pecho, negándome a coger los zapatos que intenta entregarme.

—No, la vida de Jimmy corre peligro porque él la ha cagado. Se puso a husmear en lugares donde mi familia tiene vigilancia y lo pillaron. —Dominic me tiende los zapatos con fuerza; los cojo y me siento a su lado.

—¿Y qué? ¿Simplemente mata al topo y el resto de la familia se retira? ¿Cómo probará entonces que mató a un traidor y no solo a un miembro de la familia? ¿No irá la familia a por él? —me estremezco al pensar en lo que pasará si Jimmy sigue adelante con esto. Debería irse de la ciudad ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

—Yo me encargaré de que las cosas salgan como es debido. Cuando el topo esté muerto, Jimmy y yo tendremos todas las pruebas necesarias para demostrar a mis hermanos y a mi padre que era necesario. La familia quedará marcada, pero será en aras de mantenernos unidos.

Me calzo un zapato, luego el otro, y me froto las palmas sudorosas contra los muslos. Estoy nerviosa, lo cual probablemente sea bueno. Si estuviera demasiado confiada, estoy segura de que acabaría causando problemas. Algo me dice que todos en esta familia están siempre en tensión, siempre nerviosos. Eso no garantiza una esperanza de vida muy larga, dado que las enfermedades cardíacas y los derrames cerebrales por la presión arterial alta y el estrés están a la orden del día.

—Una cosa más —dice, metiéndose la mano en el bolsillo. Saca una pequeña pulsera de plata. Tiene una sencilla piedra azul a modo de amuleto colgando de la cadena. Es bonita, pero no es ningún accesorio de moda.

—¿Qué es esto?

—Es una pulsera de seguimiento. —Me agarra la muñeca y rodea el brazo con la cadena, forcejeando con el pequeño cierre de mosquetón con sus dedos gigantes. Retiro el brazo y me lo pego al estómago mientras pinzo el cierre con la otra mano y lo abrocho.

—¿No te fías de mí?

—No me fío de nadie; para eso están las pistolas. —Se levanta y me ofrece la mano. Me pregunto si cree que voy a huir o si piensa que hay posibilidades de que alguien me atrape. En cualquier caso, el hecho de que sienta la necesidad de rastrearme significa que soy valiosa para él. Eso hace que mi miedo aumente un poco, porque si otros descubren que soy valiosa para él, sabrán que merece la pena secuestrarme.

—Pongámonos en marcha. —Dominic me guía escaleras abajo hasta la puerta principal, donde espera un hombre de pelo rojo fuego y ojos color avellana oscuro. Lleva unos vaqueros gastados y una vieja camisa de franela. No estoy segura de si es un disfraz o si el primo de Dom es más de campo que de ciudad, pero me sonríe y eso me tranquiliza—. Nan, este es Red. Te llevará al barrio de Jimmy. También será quien te traiga de vuelta a casa, así que deberías quedarte esto.

Dominic me entrega un teléfono móvil. Es viejo, un modelo de tapa con una pantalla de pulgada y media. Le pongo mala cara y lo miro mientras lo acepto. —¿Para qué es esto? ¿Y mi móvil?

—No necesitas el tuyo, se puede rastrear. Este es para llamar a Red o a mí si hay una emergencia. También puedes usarlo para llamarlo cuando necesites que te recojan. Solo hay dos números

programados. —Dominic da unos toquecitos al teléfono y me mira con severidad—. Cada llamada que se haga desde aquí queda grabada, así que nada de tonterías. Ya sabes que la vida de Jimmy depende de ello.

Pongo los ojos en blanco. —Lo sé.

—¿Lista? —pregunta Red, señalando el coche que está aparcado a pocos pasos de la puerta principal. Asiento con la cabeza y miro a Dominic.

—¿Qué pasa si esto sale mal? Si algo ocurre y Jimmy sale herido... Me hiciste una promesa. —Hago una pausa, deteniéndome a medio camino entre la puerta y el coche.

—Yo cumplo mis promesas. Tú cumple la tuya. —Dominic entrelaza las manos frente a él y me observa mientras termino de llegar al Toyota Camry destartalado. Red me abre la puerta y subo, echando una última mirada a Dominic mientras Red rodea el coche y entra.

Ya estamos en marcha y estoy a solas con este hombre al que no he visto en mi vida. No es nada nuevo para mí; mi profesión requiere que esté con hombres desconocidos con regularidad, pero no con hombres como este. No hombres como los de la familia de Dominic. Al menos, ninguno que yo supiera. Ahora me pregunto a quién habré estado «acompañando» estos últimos años y si habré estado en la cama con otros miembros de familias del crimen organizado.

—¿Así que eres su primo? —le pregunto al hombre que conduce. Me mira de reojo y asiente. Del tipo silencioso; me parece bien. No me importa un hombre que tiene poco que decir. Yo tampoco tengo mucho que decir. Eso hace que los quince minutos de trayecto por la ciudad hasta el barrio de Jimmy pasen más rápido. Tengo tiempo para ensayar lo que voy a decir.

No es hasta que aparcamos a dos manzanas de casa de Jimmy que me doy cuenta de que, esta vez, Dominic no me ha tapado los ojos. Debe de hablar en serio cuando dice que ahora soy suya. No tiene

intención de dejarme marchar. Eso me resulta tan reconfortante como aterrador mientras Red apaga el motor. Sigo asustada, con los dedos temblorosos mientras me desabrocho el cinturón de seguridad.

—Simplemente entra, haz el trabajo y sal. —La voz de Red es calmada. No alcanzo a descifrar su personalidad, pero supongo que es muy parecido a Dominic: oscuro, enfadado, taciturno. Supongo que toda su familia es así.

Asiento y abro la puerta. Una visita más a casa de Jimmy, ¿verdad?

Jugueteo con la pulsera mientras cierro la puerta del coche y empiezo a caminar. Me entran ganas de mirar a mi alrededor, de ver si hay vehículos sospechosos o alguien vigilándome, pero supongo que para eso se ha quedado Red en el coche. Me está vigilando porque Dominic se lo ha ordenado. Por eso Dominic no puede estar aquí; alguien lo vería y lo mataría. Así que ha enviado a su primo en su lugar.

Cruzo la calle; la casa de Jimmy está a solo tres viviendas, en la siguiente manzana. Estoy deseando darle un abrazo gigante y, a la vez, lista para darle un buen golpe en la cabeza. Jimmy siempre nos mete en líos y esta vez es grave. Solo espero que atienda a razones. Dominic me ha dicho exactamente lo que tengo que decirle, y no tengo intención de hacerlo. Si Jimmy comete este asesinato, tendrá a la Bratva pisándole los talones durante décadas. No; quiero a Jimmy fuera de esta ciudad y lo quiero fuera ya. Luego quiero que Dominic me ayude a vengarme de Gallagher, y me reuniré con Jimmy en otra parte.

Incluso antes de abrir la puerta principal de Jimmy, sé que algo va mal. Los dichosos cuencos del gato han vuelto. Está alimentando a los callejeros otra vez. Y junto a ellos hay una pila de bolsas de basura y varias botellas de alcohol vacías. Golpeo la puerta pero no hay respuesta, así que simplemente entro. Ni siquiera está cerrada con llave. Jimmy está cometiendo errores, errores garrafales. Si ni

siquiera cierra la puerta, o bien se ha rendido por completo y espera a que vengan a matarlo, o se ha largado de la ciudad.

—¿Jimmy? —llamo, avanzando por el pasillo. Oigo movimiento en la cocina, una silla arrastrándose sobre el linóleo. Luego veo una sombra en la pared al acercarme. La casa huele a sudor y a comida podrida—. Jimmy, soy Nan. Ya estoy aquí...

Doblo la esquina hacia la cocina y lo veo limpiando frenéticamente rayas de cocaína de la mesa hacia su palma. Me mira con los ojos como platos por la sorpresa y balbucea unas cuantas sílabas antes de barrer el resto de la droga hacia la palma de su mano.

—Jimmy, ¿pero qué cojones? ¿Cocaína? —Arremeto contra él y lo agarro de la muñeca, obligándolo a ir al fregadero, donde vuelco el contenido entre los platos sucios y abro el grifo para enjuagarle la mano. Ni siquiera se me resiste; nunca lo haría. Soy su protectora, la única que vela por él—. ¿Qué estás haciendo?

—Nan, yo...

—¡Por Dios, tienes a la mafia detrás y te estás metiendo rayas! —Lo dejo allí lavándose las manos mientras registro la cocina. Sus escondites habituales (el viejo bote de café encima del microondas, un hueco en el suelo bajo el fregadero y pegado bajo la silla de la cocina) están todos vacíos de más droga—. ¿Dónde está? ¿Dónde está el alijo?

Lo miro con furia, sin haber llegado siquiera al mensaje de Dominic o, mejor dicho, a mi advertencia de que se largue de la ciudad.

—No, Nan, la necesito. Por favor —suplica, agarrando un paño para secarse las manos.

Salgo disparada por el pasillo hacia el cuarto de baño, donde sé que esconde más droga. Levanto la tapa de la cisterna y ¡bingo! Sumergidas en el agua del depósito hay dos bolsitas con cierre hermético, lastradas con piedras. Tiro de la cadena, vaciando así la cisterna, y saco las bolsas. —¿De verdad creías que te saldrías con la

tuya? ¡Sabes que esta mierda te destroza! Sabías que volvería y encontraría esto. Te costó tres años desintoxicarte la última vez que hiciste esto. —Abro la primera bolsa y vierto el contenido en el agua que se arremolina en el váter, y Jimmy me arrebata la otra bolsa. Por cómo se comporta, me doy cuenta de que ya le va a costar volver a dejarlo.

—No puedes entrar en mi casa y hacer esto. —Aprieta la bolsa en el puño y yo le obligo a abrir los dedos.

—Vaya que si puedo. Dámela —ordeno, rompiendo la bolsita. El polvo blanco empieza a gotear, flotando en el aire. Consigo quitársela y el contenido se va por el desagüe junto con el alijo de la bolsa anterior—. ¿En qué estás pensando?

Paso por su lado hacia el salón. Estoy lívida. Él me sigue, gimoteando y sin decir nada coherente. Esos bastardos lo tienen aterrorizado. Sabía que esto pasaría. Es un hombre inteligente, bueno en lo suyo, pero esto es demasiado. Ver a Gallagher en aquel restaurante desencadenó algo en él y está recayendo de forma estrepitosa.

—Jimmy, ¿terminaste el trabajo?

—No. No puedo hacerlo. —Niega con la cabeza, agarrándose el pelo a manos llenas.

—Te van a matar. Dominic y sus hermanos te van a matar si no haces el trabajo. O lo terminas o te largas de la ciudad. Es lo que tienes que hacer. —Me dan ganas de darle un bofetón para que espabile, pero no puedo estar enfadada con él. Yo estoy igual de aterrorizada, y él lo está gestionando tan bien como lo haría cualquier otro.

Me acerco a él, extendiendo los brazos para darle un abrazo, y oigo disparos. Mi instinto es tirarme de rodillas. Los disparos son tan fuertes que hacen temblar las paredes. Gateo hasta la ventana, mirando hacia la calle. Desde este ángulo no veo nada. Así que

gateo más allá de la ventana y me pongo de pie, asomándome solo en una dirección. Veo al primo de Dominic tambaleándose. Cae al suelo, apretándose el pecho. Otros tres hombres lo rodean; uno de ellos le da una patada. Luego miran hacia la casa, como si pudieran ver a través de la cortina tras la que me oculto.

El miedo me paraliza. Miro hacia donde estaba Jimmy y se ha esfumado. Oigo cómo se cierra de un portazo la puerta trasera y me dirijo frenéticamente hacia allí. No sé si estos hombres son de Dominic o enemigos, ¿el topo quizás? Lo único que sé es que mi viaje de vuelta a casa de Dom no va a salir bien si el conductor está muerto en la calle. Doy la vuelta en el pasillo para ir hacia la puerta de atrás y algo me hace tropezar. Caigo al suelo con fuerza, golpeándome la cabeza contra el suelo de madera.

—Vaya, vaya, pero si aquí tenemos a la chica guapa. —La voz de un hombre llega a mis oídos y hace que se me erice la piel. Intento abrir los ojos, pero alguien me encasqueta algo en la cabeza y me lo ata al cuello. Todavía puedo respirar, pero mis manos se disparan hacia mi garganta por instinto. Grito.

—¡Soltadme! No podéis hacer esto. —Suelto patadas y manotazos al aire, esperando que Jimmy haya escapado. Siento que me levantan del suelo y me echan al hombro, mientras voces masculinas hablan y ríen como si estuvieran dando un paseo por el parque, y no secuestrando y asesinando.

Esto no ha salido para nada como estaba planeado. Y ahora me doy cuenta de por qué Dominic me puso esa pulsera en el brazo. Solo espero que ellos no se den cuenta de que está ahí.

19

DOMINIC

En el mismo instante en que Nanette se sube a ese coche, sé que algo va a salir mal. Lo noto en las entrañas, y mi instinto nunca falla. Observo cómo Red se aleja por mi largo camino de entrada y gira hacia la carretera; después, me retiro al interior de la casa. El chip de rastreo que puse en la pulsera me dirá dónde está en todo momento, de modo que, por ahora, me dirijo a la cocina. La aplicación de mi teléfono conoce la ruta planificada hacia la casa de Jimmy y emitirá un aviso si la pulsera de seguimiento no sigue el camino previsto.

Mika está ocupada sacando brillo a la cubertería cuando entro. Me recibe con una sonrisa educada. —Señor, ¿qué puedo hacer por usted? ¿Le apetece beber algo? —Deja el cuchillo de mantequilla y se coloca el paño sobre el hombro, mirándome expectante.

—No, no hace falta, pero ¿qué hay de un tentempié? ¿Te queda alguna de esas deliciosas galletas con pepitas de chocolate? —Camino hacia la encimera donde está el tarro de las galletas y ella chasquea la lengua, dándome mimos de madre.

—¿Antes de cenar? —pregunta ella soltando una risita—. Por supuesto, siempre tengo galletas para usted, señor. Le traeré

también un vaso de leche.

Me siento en la isla donde imagino que Nanette ha desayunado y almorzado cada día desde que llegó. Mika es una cocinera maravillosa y tiene una personalidad acogedora. Me pregunto cuánto se habrá sincerado Nanette con ella o cuántas veces habrá tenido Mika que llamarle la atención. Mientras me prepara el refrigerio, decido sacar el tema.

—Mika, has visto a nuestra invitada por aquí últimamente, has cocinado para ella, has limpiado lo que ensuciaba…

—Sí, señor. La señorita Nanette es un encanto —dice sin volverse a mirarme, aunque presiento que no está siendo del todo sincera. Ahora ya conozco a Nanette; es cualquier cosa menos un encanto absoluto. Es una mujer de armas tomar de principio a fin.

—¿Qué impresión te da? Y sé sincera conmigo.

Mika se gira sosteniendo un plato de galletas y un vaso de cristal corto lleno hasta el borde con leche. Los deja frente a mí y se sacude las manos en el delantal. Se muestra pensativa, como si necesitara elegir las palabras adecuadas para evitar molestarme. Soy un hombre severo y todo mi personal lo sabe. Agradezco el cuidado que pone en su respuesta.

—Bueno, señor, la señorita Nanette tiene opiniones firmes. Tiene mucha fuerza de voluntad, y eso es algo bueno para usted, señor. Lo necesitará si se queda aquí mucho tiempo —Mika inclina un poco la cabeza—. Es demasiado curiosa. Si no tiene intención de revelarse ante ella por completo, tendrá que reforzar algunas puertas. —Se ríe entre dientes y me da una palmadita en la mano—. ¿Le gusta esta mujer?

Miro los cálidos ojos castaños de la mujer que prácticamente me crió; no es que mi madre no fuera buena madre, pero, dadas sus circunstancias, Mika fue quien más estuvo ahí para mí. Insistí en que se quedara cuando mi padre se mudó y me dejó la casa. Estaría

perdido sin ella. Además, conoce a la familia por dentro y por fuera; su difunto marido fue uno de los altos cargos antes de mi época.

—Me gusta —Le sonrío y doy un mordisco a una galleta. Ya no está caliente, pero está deliciosa. Después de bajar el bocado con un trago de leche, digo—: ¿Y a ti te gusta? —No necesito su aprobación, pero valoro su compañía. Mi padre nunca aprobará a Nanette; la llamará ramera barata, como a las fulanas del bar. Esas serán sus palabras exactas. Pero cuando él ya no esté, nada de eso importará, y yo estaré en la cima.

—Me gusta —dice ella, sonriendo de oreja a oreja—. Te mantendrá alerta, y tú necesitas eso —Mika se da unos golpecitos en la sien—. Te ayuda a mantenerte despejado.

Suelto una carcajada profunda y cordial sabiendo que tiene razón. Nanette me va a dar guerra a diario. Nunca he querido una esposa pasiva que me dé todo lo que quiero y me adore. Quiero una mujer vivaz, con carácter, que pueda desafiarme y hacerme pensar. Nanette es precisamente eso.

Oigo que suena un aviso y saco el móvil. Han pasado menos de treinta minutos y ella ya se ha desviado del plan. —Un segundo —le digo a Mika, metiéndome la otra mitad de la galleta en la boca. Deslizo el dedo para desbloquear el teléfono y aparece la aplicación, que es la última que tuve abierta. La señal de Nanette no viene de casa de Jimmy. Se está moviendo, y rápido; cómo, no lo sé. Su chip aparece ya a casi tres manzanas de distancia y se dirige al norte a gran velocidad.

Pongo los ojos en blanco, soltando un suspiro de pesadez. —Bueno, Mika, parece que tendré que terminarme estas galletas en otro momento. Gracias por la compañía y por los dulces —Doy un golpecito con la mano en la encimera y añado—: ¿Quizá podrías ponerles el doble de pepitas de chocolate la próxima vez?

—Ay, ya sabe que intento ayudarle a cuidar la línea. Al médico no le hará ninguna gracia que le suba el colesterol con tanto dulce —Me

guiña un ojo y recoge el plato y el vaso—. Venga, vaya a trabajar. Prepararé un asado con patatas para la cena.

Asiento y salgo hacia mi despacho. No me preocupa a dónde vaya Nanette. Mientras sea lo bastante tonta como para llevar la pulsera en la muñeca, podré localizarla. Pero ese pensamiento me hace dudar un momento. Nanette sabe que puse un rastreador en esa pulsera. Es posible que me haya despistado tirándola a algún vehículo en marcha o, lo que es peor, que alguien la haya capturado. Esta última idea hace que se me encoja el pecho.

Voy a mi escritorio, saco mi Glock y el cargador extra, y la enfundo en mi costado. El cargador va a mi bolsillo antes de sacar mi cuchillo del cajón superior. Una parte de mí me regaña por no haber ido con Red; es difícil de manejar y sin duda le habrá dado problemas. Deslizo el cuchillo en la funda de mi bota y me dirijo al armario, de donde saco otra pequeña nueve milímetros. No puedo ir poco preparado para esto. Si solo es Nan dándose a la fuga, la traeré de vuelta sin problemas, pero si alguien ha ido a por ella, necesitaré toda la potencia de fuego que pueda llevar. Así que cojo mi calibre treinta y ocho y me la meto en la cinturilla.

Mi teléfono suena, vibrando en el bolsillo donde lo guardé tras ver su chip moviéndose por el mapa. Lo saco y veo que es Jimmy. Nanette debería estar con Jimmy ahora mismo, no llamando él. Deslizo para contestar y me llevo el teléfono a la oreja para oírlo fuera de sí.

—Oh, Dios mío, la han cogido. Se la han llevado, y ¿a dónde narices van?

—Jimmy, cálmate —No logro entender lo que dice. Parece un balbuceo sin sentido.

—Se la han llevado, Dominic. Se han llevado a la puta Nanette. Ha desaparecido. Directamente de mi salón —Está jadeando; ha estado corriendo. No oigo nada de fondo, excepto silencio, lo que significa que no está en un coche persiguiendo a quienquiera que se haya llevado a mi mujer.

—¿Cómo que se la han llevado? ¿Quién se la ha llevado? —Me muevo hacia la puerta principal con agilidad felina, corriendo hacia mi coche.

—Unos tipos de negro. Ha habido disparos y luego he corrido. Pensaba que Nanette venía detrás de mí. No era así. Salí por detrás y salté la valla antes de que entraran en casa, pero ella no estaba conmigo. Y ahora se ha ido. Se la han llevado.

—Vale, para —dije, subiéndome al coche—. ¿Qué más ves? Mira hacia afuera.

Jimmy gimotea y resuella. Parece que está bajo los efectos de algo; definitivamente no está sobrio. —Hay un tipo muerto en la acera en un charco de sangre. Al menos, creo que está muerto. No se ha movido ni un músculo en unos minutos, y hay mucha sangre.

—Joder —gruño, saliendo a la carretera—. ¿Cómo es?

—No lo sé. Tatuajes, camisa de franela andrajosa. Es pelirrojo.

Se me cae el alma al suelo con su descripción. Sé que es Red. —¡Sal ahí fuera y comprueba si está vivo! ¡Ya!

Piso el acelerador a fondo, sin preocuparme siquiera por las señales de stop o el tráfico que viene de frente. He conducido en suficientes persecuciones a alta velocidad como para maniobrar por estas concurridas calles de la ciudad. Tras varios minutos, estoy a mitad de camino de casa de Jimmy y él vuelve a estar al teléfono. —Está muerto, Dom. El tío está muerto. La tienen —solloza, casi con el mismo llanto que tuve yo cuando entré en la habitación de mi madre y la encontré muerta. Conozco ese llanto, ese pavor del duelo que se cuela en un alma y la desgarra.

—Maldita sea, Jimmy. La tienen porque no sabes hacer tu puto trabajo. Termínalo ahora o ella morirá. Levanta el culo y haz lo que no pudiste hacer antes, porque te prometo que esta gente no es como Gallagher. En cuanto le hagan daño, irán a por ti y no pararán

hasta que estés muerto. —Cuelgo la llamada y me meto por una intersección concurrida mucho más rápido de lo que es legal.

Mi teléfono vuelve a avisar: la aplicación me alerta de la desviación de Nan de nuestro plan. Ahora sé que no es cosa suya; son problemas, problemas mortales. Piso el acelerador con más fuerza mientras abro la aplicación y coloco el móvil en el soporte de manos libres. La señal del chip parpadea en el mapa, revelando que el vehículo en el que la tienen sigue en movimiento. Eso no es bueno. Si quisieran mantenerla con vida, habrían ido a una de mis casas seguras, no fuera de la ciudad.

Giro por High Street con la esperanza de interceptarlos. Cuanto más tiempo parpadee esa señal, más probable será que descubra a dónde se dirigen. Aún estoy a kilómetros de alcanzarlos, pero la señal me guía. Mi única esperanza en este momento es que no se den cuenta de que la estoy rastreando. Hemos usado rastreadores como esta pulsera antes, pero no es habitual. Normalmente, colocamos un micro en un coche o en la suela del zapato de alguien.

—Joder, Nan… ya voy —Los neumáticos chirrían al girar por un callejón, botando con tanta fuerza que casi me golpeo la cabeza contra el techo del coche. Tengo que llegar hasta ella. Prometí que la protegería, que la ayudaría a vengarse, y no voy a quedarme de brazos cruzados dejando que le hagan a Nanette lo que le hicieron a mi madre. Ni siquiera Sven lo permitiría, si lo supiera. No creo que sepa lo de Nanette ahora mismo, solo lo de Jimmy, lo cual no augura nada bueno para ella. La torturarán, intentarán que dé información sobre su hermano.

Llevo el coche al límite, siguiendo la señal hasta que gira hacia el puerto. Sé exactamente a dónde van ahora. Planearon que yo cayera en la zona de carga del puerto durante el intercambio del cargamento de armas, y su jugada falló. Reduzco la velocidad, sabiendo que llamar la atención ahora sería un error. Seguro que me estarán esperando. Esto significa que ni siquiera les importa que pueda ser rastreada. Puede que ya esté muerta. Su juego no es

llevársela para llegar a Jimmy; ella era su objetivo desde el principio. Me han hecho salir, me han atraído lejos de la seguridad de mi casa fuertemente vigilada hacia campo abierto. Giro por un callejón y detengo el coche un momento.

Respiro hondo y suelto el aire, tratando de pensar con claridad. Si saben que Jimmy está involucrado, como dijo Red que sabían, podrían haberlo cogido en cualquier momento, matarlo y deshacerse de su cuerpo sin que yo lo supiera. No lo quieren a él. Es demasiado fácil. Nanette, en cambio, resguardada en mi casa, escondida por mí… Ella es a la que realmente quieren porque es el cebo. Y aquí estoy yo, como una polilla hacia la llama, persiguiéndolos. Tengo que pensar.

Me golpeo la frente con la palma de la mano. —Piensa, Dominic. Maldita sea —Me pellizco el puente de la nariz. Ya no puedo confiar en nadie. Red ha muerto y Sven solo hará que nos maten a los dos. Tengo que entrar solo, decidir quién está en mi contra, eliminarlos y luego sacar a Nanette de allí… si sigue viva. Es mi única opción.

Un poco más calmado, salgo del callejón a la calle. Si entro directamente por la puerta principal, habrá una emboscada esperando. Si me cuelo por detrás, tendrán guardias vigilando. Así que hago lo único que se me ocurre. Veo un camión rígido aparcado en una gasolinera a casi una milla de distancia, me detengo y aparco a su lado. El conductor está sentado en su asiento comiendo algo, y yo entro directamente por la puerta del copiloto y le apunto con mi arma.

—Voy a necesitar que conduzcas —le digo con calma—. Si haces lo que te digo, no te pasará nada de nada. Solo necesito que me lleves a un sitio al que no puedo ir con mi coche.

—Sí, sí, colega —dice él, con un acento muy marcado—. Mira, no hace falta que me apuntes con la pistola. Te llevaré a donde quieras. —Tira su comida por la ventana y mete la marcha—. ¿A dónde tienes que ir?

—A la zona de carga del puerto, muelle A —Bajo el arma y miro alrededor—. ¿Tienes otra gorra por ahí?

El hombre echa la cabeza hacia atrás. —Ahí detrás —dice, indicando los quince centímetros de espacio tras su asiento. Miro por encima del hombro y veo una gorra de béisbol azul con letras rojas que no significan nada para mí. Me la encasqueto en la cabeza y hago un gesto hacia la carretera—. Llévame allí rápido. La vida de una mujer depende de ello.

El hombre se incorpora al tráfico y acelera. Yo habría ido a toda pastilla, pero me muerdo la lengua, intentando ser paciente. Si consigue acercarme, no tendrá que hacer nada más. Ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es en llegar hasta Nanette y asegurarme de que esté viva y a salvo. Y dispararé a cualquiera o a cualquier cosa que se interponga en mi camino. Estoy al borde de mi venganza; puedo saborearla. Aunque tenga que vengarme yo mismo en lugar de Jimmy.

El conductor me hace pasar por la puerta fácilmente y se detiene a unos cientos de metros del almacén donde sé que llegan mis cargamentos de armas. La señal de Nan sigue sonando; ella, o al menos su cuerpo, está en ese edificio. Pongo mi teléfono en silencio y me dirijo al hombre. —Te debo un gran favor —le digo—. Pregunta por Dominic Gusev cuando tengas oportunidad. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudarte, solo tienes que pedirla.

—¿Gusev? ¿Te refieres a como la Bratva? —Sus ojos se abren de par en par y yo asiento.

—Cualquier cosa que quieras o necesites; me buscas y será tuya —Salgo de la cabina del camión y, en cuanto mis pies tocan el pavimento, corro hacia un contenedor cercano para esconderme. Necesito organizar mis pensamientos y trazar un plan. Simplemente no puedo hacerlo a la vista de todos.

20

NANETTE

El traqueteo del coche me ha dejado cardenales en los hombros y las caderas. Primero me han tirado al maletero de un coche y ahora estoy acurrucada contra una pared. Sea lo que sea este cuarto, huele a pescado podrido y a moho. También se nota la humedad, como si alguien acabara de ducharse o como si estuviéramos cerca del puerto. Escucho con atención esperando oír algo que me dé una pista de dónde estoy, pero solo percibo los sonidos de una fábrica: el pitido de una carretilla elevadora, algunas máquinas funcionando y hombres gritando por encima del ruido del equipo.

Tiemblo; hace frío. No me han quitado la bolsa de la cabeza, pero me han atado los brazos a la espalda, así que no puedo quitármela yo misma. Jugueteo con la pulsera, preguntándome si hay alguna forma de indicarle a Dominic dónde estoy o si el simple hecho de llevarla puesta es suficiente para que me encuentre. Espero que no piense que lo he abandonado. Si hubiera tenido tiempo suficiente con Jimmy, probablemente lo habría hecho. Nos habríamos subido a su coche, habríamos conducido hasta las afueras de la ciudad y habríamos robado otro vehículo para escapar desde allí. Por supuesto, yo habría sido lo bastante lista como para deshacerme de

la pulsera. Si tengo esa oportunidad, puede que lo haga todavía, o tal vez no. Las cosas con Dominic no son tan horribles.

—Vaya, mira quién se ha despertado —dice una voz masculina, dándome un susto. Pensaba que estaba sola en este lugar, pero está claro que no, o quizá acaba de entrar. Aunque no he oído pasos.

—¿Qué queréis de mí? —No soy tonta. Sé perfectamente lo que quieren de mí. Quieren a Dominic. Probablemente me estén usando ahora para llegar a él. Es posible que sepan que me está rastreando y que me usen como cebo para que salga de su escondite. O peor: quieren que Jimmy me dé caza. Él no puede hacer eso, pero es lo bastante estúpido como para intentarlo.

—Oh, qué zorrita más peleona. Ahora sí oigo los pasos a medida que se acercan a mí. Son botas de goma sobre este suelo frío, chirriendo con cada pisada. Me quita el saco de la cabeza de un tirón y la luz me ciega un instante hasta que mis ojos se ajustan. Es una oficina vieja con varios archivadores altos alineados contra las paredes. Hay unos estantes a un lado, cubiertos de cajas y productos de limpieza. Sigo sin reconocer el sitio, pero al menos puedo ver.

Hay una única ventana al otro lado de la habitación, sobre una mesita llena de revistas. Si este imbécil se va, puedo abrir esa ventana y escabullirme de aquí. No le quito la vista de encima, como si fuera mi única esperanza, mientras el hombre de pelo oscuro y descuidado se yergue sobre mí.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto, sin apartar los ojos de la ventana.

—A estas alturas ya deberías saber por qué estás aquí. ¿Estar liada con Dominic no te ha enseñado nada? —Se mofa y tira la bolsa sobre el escritorio. Unos papeles revolotean hasta el suelo cerca de mis pies y les echo un vistazo. Hay un logotipo en la esquina superior derecha del papel, un astillero en Long Island Sound. He visto anuncios de ese sitio. Aceptan cargamentos grandes y permiten que la gente deje sus barcos en dique seco durante el

invierno. Sé dónde estoy. De poco me sirve sin un teléfono. Estoy segura de que ya me lo habrán quitado.

El hombre me observa con interés, como si intentara decidir qué es lo que Dominic ve en mí. Me siento como si me estuvieran analizando como a un trozo de carne en el gancho de un carnicero. Cambio la postura en la que estoy sentada, dándome cuenta de que las cuerdas de mis manos no están tan apretadas. Probablemente pueda sacar las manos si no me está mirando. Sin embargo, me quedo perfectamente quieta, no quiero que el hombre me lea el pensamiento. Intimidada, tiene hombros anchos y una pistola enfundada en la cadera. Si quisiera, probablemente podría partirme en dos.

—¿Quién eres? —pregunto, sin esperar realmente que me dé una respuesta, pero me grabo su cara en la memoria. Tiene los ojos azules, pero son oscuros y tormentosos. Tiene una cicatriz sobre el ojo derecho; parece que le abrieron la cara en algún momento. Lo miro con furia, pero no parece afectarle.

—Quién sea yo no es asunto tuyo. —Me da una patada en los pies y hago una mueca. No duele, pero casi me caigo de lado.

—Cuando Dominic llegue, vas a pagar por esto. No le gustará que me estés maltratando. —Estoy tan furiosa que podría escupirle, pero no lo hago. No quiero empeorar mi situación.

—Ja, qué graciosa eres. —Cruza los brazos sobre el pecho y me mira fijamente—. Dominic está fuera. Ya no es el jefe. Vamos a nombrar jefe a Sven.

—¿Por qué, para poder mangonearlo? ¿Qué tenéis contra él? ¿También está listo para apuñalar a Dominic por la espalda?

Ese comentario me cuesta un bofetón tan fuerte que me caigo, golpeándome la cabeza contra la esquina del escritorio. Hago una mueca, soltando un grito de dolor, e intento incorporarme, pero él está ahí. Me pisa el pelo y se agacha a mi lado, casi hincándome la

rodilla en el lateral de la cabeza. Las lágrimas me escuecen en los ojos, pero las ahuyento parpadeando. No soy débil y este hombre no me va a amedrentar. Me mantendré fuerte porque me niego a ser una cobarde.

—Escúchame bien, zorra: no eres más que un peón. Nada más. No hay nada que me impida degollarte ahora mismo. Ya podría haberlo hecho. Estás viva como moneda de cambio y nada más.

El teléfono del hombre suena y él se levanta, retrocediendo. Lo observo mientras lo saca del bolsillo. Sacude la cabeza con frustración, luego se da la vuelta y sale. Me quedo ahí tumbada un momento, esperando a que vuelva, pero después de unos minutos me doy cuenta de que no va a regresar. Al menos no por ahora. Me obligo a sentarme, forcejeando con las ataduras de mis muñecas hasta que siento que las cuerdas me cortan la piel; es posible que lo estén haciendo. Duele como un demonio y no están tan flojas como esperaba.

Con un poco de esfuerzo, consigo pasar las manos por debajo de las caderas y luego por el trasero hasta que abrazan mis piernas contra el pecho. No soy lo bastante flexible como para liberarlas del todo, pero al menos puedo separar las rodillas y ver que el nudo está flojo. Al principio intento en vano sacar las muñecas, pero luego pruebo a usar los dientes para desatar el nudo. Cuando eso resulta inútil, busco por la habitación alguna forma de salir de este lío. Hay una papelera en la esquina, una caja de cartón que tiene palabras escritas en algún idioma asiático, unos trozos de papel todavía en el suelo frente a mí y una especie de caja de madera con asa.

No oigo a nadie al otro lado de la puerta, así que me arrastro por la habitación hasta que puedo ver el interior de la caja de madera, y veo la victoria. Es un viejo maletín de herramientas, con una sierra pequeña, una palanca, algunos destornilladores, un par de llaves inglesas y algunos vasos de carraca. Me ha tocado la lotería. Me arrastro más rápido, ansiosa por librarme de estas cuerdas e intentar romper la ventana.

Me duelen las caderas, pero consigo levantar una pierna y alcanzar la sierra de la caja. Resulta torpe intentar girarla en mi mano hasta que la hoja queda contra la cuerda, pero entonces me pongo a trabajar. Me concentro, moviendo la sierra de arriba abajo con movimientos lentos y decididos hasta que la cuerda empieza a deshilacharse y, al poco rato, se rompe en dos. La cuerda sigue enrollada en mis muñecas, pero con un extremo libre solo tardo un segundo en soltarla por completo; me pongo de pie y estiro mi dolorida espalda.

Camino de puntillas hasta la puerta y escucho; oigo el trabajo que se realiza fuera. También oigo algunas voces masculinas muy cerca de la puerta, lo que significa que no puedo escabullirme por ahí, así que vuelvo a la ventana. Está cerrada y además es de cristal esmerilado. No puedo ver fuera. No creo que estemos en un segundo piso, pero no puedo saltar sin más si lo estamos. Y tampoco puedo romperla. Los hombres que están tras la puerta entrarían en cuestión de segundos. Así que empujo la palanca de la parte superior de la ventana para abrirla e intento levantarla.

Es una ventana vieja, de madera, probablemente hinchada por la falta de uso. Está atascada, lo que hace que sea el doble de difícil de abrir. Frustrada, empujo hacia arriba con todas mis fuerzas, pero no cede. La examino, mirando por encima del hombro un par de veces para asegurarme de que nadie entre en la habitación. La pintura de color canela aplicada a brochazos sobre este viejo marco de madera ha dejado la ventana sellada. Nunca conseguiré abrirla sola, al menos no sin algún tipo de herramienta, así que regreso a la caja de herramientas del suelo y rebusco en ella. Encuentro la palanca, pero ningún cuchillo ni otra herramienta para romper el sello de pintura. La palanca tendrá que servir.

Vuelvo a la ventana, dispuesta a ponerle ganas. La palanca pesa, pero no es que no haya usado una antes. Presiono la uña en la ventana cerca de la base, golpeándola ligeramente para encajarla en su sitio. Si golpeo demasiado fuerte, me oirán, así que solo puedo esperar haber hecho un trabajo lo bastante bueno introduciéndola

en la madera. Pero cuando empiezo a tirar del mango, se sale de la madera haciendo un ruido fuerte. Me quedo helada, con el corazón golpeándome de repente diez veces más rápido de lo normal, como si no estuviera ya lo bastante histérica.

Durante un segundo no ocurre nada. Pienso que quizá me salga con la mía, pero entonces la puerta se abre y aparece el mismo hombre de la cicatriz. —¿Qué demonios estás haciendo? ¿Cómo te has soltado? —Se abalanza sobre mí y me quita la palanca.

Me aterra que pueda pegarme con ella, así que mantengo las manos fuertemente cerradas alrededor del mango, sin soltarlo. —Suelta, zorra —grita él, tirando de ella.

—¡No, déjame ir! —Lucho contra él, negándome a entregarla, y él me suelta un revés con el dorso de la mano que me tira al suelo. Caigo con fuerza contra el archivador que tengo detrás y resbalo hasta el suelo, donde su bota impacta en mi cadera; suelto un grito de dolor.

—¡Joder, para! —grito, cubriéndome la cara por si quiere pegarme otra vez. Me late el pómulo y me duele la cadera. Siento como si me hubiera dislocado algo.

—Mujer estúpida, ¿qué creías que ibas a conseguir con esto? Todo el lugar está rodeado por mis hombres. Te habríamos visto en, literalmente, un minuto, como mucho. Quédate ahí sentada y espera a que aparezca tu hermano.

Sus palabras captan mi atención y bajo las manos. —¿Jimmy? ¿Qué quieres decir? ¿Viene hacia aquí? —Estoy confundida. ¿Jimmy trabaja con ellos? ¿O esperan que venga a rescatarme?

—Realmente eres tonta, ¿verdad? ¿Es que Gusev no te ha contado nada? —El hombre tira la palanca en la caja de herramientas y esta tintinea contra las otras herramientas con un sonido fuerte y agudo que me lastima los oídos. Me los tapo brevemente, temblando, y luego vuelvo a bajar las manos mientras me acurruco en posición

fetal. Él se pone en cuclillas de nuevo, con las manos sobre las rodillas y entrelazadas frente a él.

Me encojo. No quiero que me hable más. No quiero que me mire ni que me toque. Quiero irme a casa. Quiero la seguridad de mi arriesgada vida de acostarme con hombres ricos y poderosos y sentir esa liberación. Eso es lo que quiero. Normalidad. Mi mezcla específica de normalidad que me hace sentir que tengo el control.

—Eres demasiado guapa para terminar así, ¿sabes? Es una pena que tu hermano se haya metido en este lío. Vamos a traerlo aquí mismo para que se despida antes de destriparlo. Puedes mirar si quieres. —Me aparta un mechón de los ojos y me lo coloca tras la oreja; yo aparto la cabeza de un tirón.

—Eres un monstruo. ¡Lárgate de aquí!

Él se ríe entre dientes y se levanta, retrocediendo despacio, pero esta vez se lleva la caja de herramientas con él. Ahora no puedo contener las lágrimas. Salen con fuerza y rapidez. No quiero detenerlas. Jimmy es todo lo que me queda; no pueden matarlo. Lo necesito.

Me levanto y camino cojeando hasta la puerta y la aporreo, gritando como una loca. Alguien tiene que detenerlos; no se les puede permitir hacer esto. —¡Dejadme salir! —Golpeo la puerta con más fuerza, deseando tener esa palanca. El pomo no gira, está bajo llave desde fuera, y me siento asustada y furiosa a la vez. ¿Dónde está Dominic? Ya tiene que saber que no estoy donde debería estar. Miro la pulsera. ¿Es que esto no funciona? ¿Por qué no está aquí?

—¡Dejadme salir! ¡Dominic os va a matar! —Aporreo la puerta hasta que me duelen las manos, luego abro los puños y la golpeo con las palmas, sollozando, hasta que no puedo mantenerme en pie.

Se supone que esto no debería estar pasando. Cuando Dominic irrumpió en casa de Jimmy aquel día, yo solo quería proteger a mi hermano. Eso era todo. Iba a hacerle daño a Jimmy, así que le dije

que me iría con él por voluntad propia, y ahora míranos a los dos. Debería haberme enfrentado a él, haberlo echado. Debería haber obligado a Jimmy a huir, a irse de la ciudad.

Me deslizo por la puerta llorando y me quedo sentada apoyada en ella. Quiero que Dominic aparezca y cumpla lo que prometió. ¡Maldita sea, lo prometió! Y aquí estoy encerrada, secuestrada de nuevo, solo que esta vez es real. Esta vez, voy a morir si él no aparece. Lo noto en los huesos. No quiero morir. Quiero que aparezca Dominic.

—¡Por favor, no le hagáis daño a mi hermano! —grito, todavía llorando a moco tendido—. Por favor, a Jimmy lo arrastró a esto Dominic. Por favor, no le hagáis daño.

Ni siquiera sé si alguien puede oírme ahora. He dejado de oír voces fuera. De hecho, tampoco oigo el motor de la carretilla elevadora y sorbo por la nariz en silencio para poder escuchar qué ocurre fuera de la puerta. Pego la oreja contra el metal; está frío y siento vibraciones que vienen de algún lugar. A lo lejos oigo hablar, pero no cerca. Me limpio los ojos y uso el dobladillo de la camiseta para limpiarme los mocos de debajo de la nariz; asqueroso, sí, pero aquí no hay pañuelos.

—¿Hola? —digo en voz alta, esperando que haya alguien. Oigo pasos —. ¿Hola? —llamo, ansiosa. No estoy lista para que Jimmy aparezca, para decir adiós. Es demasiado pronto. Él es todo lo que tengo.

Algo choca con fuerza contra la puerta. Hace un ruido tan estrepitoso que juraría que ha sido un disparo. Me alejo de la puerta, encogiéndome en la esquina junto al archivador donde estaba la caja de herramientas. El golpe se repite, una y otra vez. Estoy temblando. —¡Parad! Por favor —lloro, hecha una bola, abrazándome las rodillas contra el pecho.

Me tapo los oídos y me balanceo, cerrando los ojos con fuerza. ¡Quiero a Dominic! ¡Quiero irme a casa!

21

DOMINIC

Mi móvil vibra en mi bolsillo y lo saco. Estoy agachado detrás de un contenedor de basura que apesta a pescado muerto, pero los guardias pasan por aquí cada pocos minutos. Es el único lugar aislado para esconderse. Respondo al teléfono siseando un —¿¡Qué!?— en un susurro fuerte.

—Dom, soy Jimmy. El italiano está muerto.

Mi pecho ya late con la fuerza suficiente para mover un tren de mercancías, pero saber ese dato empieza a tranquilizarme. —¿Y el topo? —pregunto, con cuidado de mantener la voz baja. Estoy tan cerca del final de todo esto que no puedo fastidiarlo dejando que me pillen ahora. Jimmy ha hecho su parte, al menos la mayor parte.

—Se llama Nick. Tiene una cicatriz sobre el ojo derecho. Eso es todo lo que le he sacado al italiano antes de meterle una bala en la frente. Ahora, ¿dónde está Nan? —Jimmy suena frenético, pero tiene que calmarse de una puta vez. Si entra aquí a lo loco, lo arruinará todo. Extraer a Nanette de donde sé que la tienen encerrada va a requerir precisión. Conozco este almacén como la palma de mi mano; el único lugar lógico es la oficina del fondo.

—Voy a por ella, Jimmy. Ahora tienes que pasar desapercibido. Vas a estar en el radar de todo el mundo, del de mi familia y del de los italianos. Tienes que evitar ir a tu casa. Ve a un parque, a algún lugar público. Asegúrate de no llevar sangre encima.

—¿Crees que soy idiota? Por supuesto que no llevo sangre encima.

Jimmy levanta la voz y me dan ganas de hacer lo mismo, pero oigo pasos crujiendo sobre la grava en el pavimento y contengo el aliento. Hal pasa por delante con su AR-15 y no estoy seguro de para quién trabaja en este momento. De todas formas, tenemos patrullas alrededor de este edificio a todas horas, pero no hay forma de saber si es leal a mí o a Nick. Y ahora que sé que es Nick, no tendré problemas en quitármelo de en medio.

—¿Estás ahí? —espeta Jimmy.

—Sí, maldita sea. Estoy escondido. —Me quedo petrificado cuando los pasos se detienen y luego miro por encima del hombro. Hal se para un momento, hace un barrido con su arma y luego sigue moviéndose—. Escucha, estate en mi casa en dos horas. Trae el dedo del hombre como prueba de que está muerto. Tendrás tu recompensa. —Cuelgo el teléfono y me lo guardo en el bolsillo, esta vez apagándolo. No necesito que el zumbido de las vibraciones alerte a nadie de mi presencia una vez que esté dentro.

No tardo mucho. Siguiendo nuestro estricto horario de rondas de guardia, me cuelo por la puerta principal entre turno y turno. Apenas tengo treinta segundos para recorrer el corto pasillo delantero hasta el andamio que domina los tanques de producción de abajo, donde se está descamando y destripando el pescado para su transporte. Este no es el trabajo real; es solo una tapadera para el contrabando de armas, pero sirve para pagar las facturas.

A mitad del primer pasillo, me meto en el baño de hombres para esconderme mientras el guardia dobla la esquina para hacer su ronda por este corredor. Cuento hasta quince y me asomo para ver que me da la espalda mientras entreabro la puerta. No sospecha

nada cuando salgo y me dirijo en dirección opuesta a él. Al final del largo pasillo, justo pasada la puerta de la planta de producción, está la oficina. Oigo a Nanette llorar, pero para no atraer ninguna atención no deseada todavía, me muerdo la lengua. Está preguntando si hay alguien aquí fuera, pero si la llamo, se asustará de verdad.

Intento girar el pomo de la puerta en silencio, pero está echada la llave y no tengo la contraseña. Miro a mi alrededor y no veo más que una vieja caja de herramientas de madera. Nada de lo que hay dentro parece útil para forzar la cerradura, pero el peso de la propia caja podría soltar el pomo. Me queda menos de un minuto antes de que el guardia salga de la planta de producción al pasillo, y como las carretillas elevadoras de allí ya no hacen ruido, estoy a punto de correr un riesgo que podría costarme la vida. Pero tengo que hacerlo.

Cojo la caja, con herramientas y todo, y la levanto por encima de mi cabeza. Cuando la estrello con fuerza contra el pomo, Nanette deja de hablar. Ni siquiera pierdo el tiempo llamándola. Vuelvo a levantar la caja y la golpeo con fuerza otra vez. El pomo se rompe un poco, colgando en un ángulo extraño mientras vuelvo a descargar la caja sobre él. En cuanto salta, suelto la caja y saco el destornillador, usándolo para hacer palanca en el pestillo contra la chapa y la puerta se abre hacia dentro.

La empujo con fuerza, haciendo que rebote contra algo, pero ni siquiera me molesto en mirar contra qué golpea. Nanette está hecha una bola contra la pared con los oídos tapados y los ojos fuertemente cerrados. Está temblando y no tengo tiempo para tonterías. Corro hacia ella y la agarro por los brazos.

—¡No! —suelta un chillido, y le tapo la boca con la mano.

—Shhh —siseo, mirando por encima del hombro—. Tenemos que salir de aquí.

Ella me echa los brazos al cuello, apretándome. —Dom, ¿dónde está Jimmy? Han dicho que van a matarlo. —Nanette está frenética, sollozando mientras la levanto en brazos. Me quedo quieto un segundo, escuchando, pero no oigo nada por encima de sus sollozos —. No pueden matarlo. Me prometiste que lo protegerías.

—Cállate, mujer —le digo, y se queda en silencio. Escucho de nuevo y oigo gritos. Alguien ha oído el ruido que he hecho y vienen hacia aquí. Dejo a Nanette en el suelo, apartando sus brazos de mi cuello, y la empujo detrás de mí mientras me giro hacia la puerta—. Puede que tenga que salir de aquí a tiros, Nan. Tienes que quedarte detrás de mí y hacer exactamente lo que te diga o estaremos los dos muertos.

—Dom, el topo... ¿está aquí? —Se aferra a mi espalda, agarrando puñados de mi camisa mientras me muevo hacia la puerta.

—Sí, está aquí.

—¿Es el hombre que me llevó? —pregunta, sin siquiera intentar hablar bajo. Ya es demasiado tarde para el silencio. La cosa se está poniendo fea fuera de esta puerta. La abro y me asomo. No hay nadie en el pasillo ahora, pero no puedo simplemente salir corriendo. Si lo hago, Nanette podría quedarse atrás o quedar atrapada en el fuego cruzado.

—Mantente cerca de mí —le ordeno, sujetando su muñeca con una mano y apuntando con la pequeña pistola de mi cintura hacia el pasillo. Llegamos a la puerta de la planta de producción y miro hacia el suelo, donde unos cuantos guardias se dirigen hacia mí—. ¡Vamos! —siseo, empujándola para que pase de largo la puerta. Ella sale disparada, corriendo hacia el final del pasillo, y yo me pongo de espaldas a ella, retrocediendo por el corredor lo más rápido que puedo.

—¡Joder, Dominic! —chilló Nanette, y me doy la vuelta para ver a Leo agarrándola.

—¿Dom? —pregunta, confundido.

—Suéltala, Leo —le digo con voz ronca, y mi hermano pequeño obedece, sacando su propia arma. Sé al instante que es leal mientras retrocedo hacia él hasta que estamos hombro con hombro. Nanette gira el pomo de una puerta, pero está atascada, quizá cerrada con llave. Tira de ella frenéticamente, gimiendo mientras me dirijo a Leo—. Tenemos un topo, Leo. Es Nick, seguro, y puede que otros. Me están cazando. —Es la explicación más rápida que puedo darle sin pruebas que lo demuestren, pero él me guarda las espaldas.

—Vete —me dice, apuntando con su pistola al pasillo—. Yo los mantendré a raya.

Nanette suelta un grito cuando la aparto de la puerta y apunto con mi arma hacia ella. En el momento en que apriete el gatillo, los alertaré de mi posición, pero tengo que hacerlo. Disparo el arma, reventando el pomo, y la puerta chirría al abrirse. Nan es la primera en pasar y yo la sigo. Leo va tras nosotros, cubriéndonos las espaldas, y oigo que estalla un tiroteo en el pasillo. La habitación tiene una única ventana que sé que da al callejón detrás del edificio. Es donde estaba escondido antes de colarme.

—Agáchate —le digo antes de usar el codo para romper el cristal. Nanette cae de rodillas, cubriéndose los oídos mientras Leo dispara su arma por el pasillo.

—¡Joder, Dominic, es Warren! Literalmente me está disparando. —Leo usa la puerta metálica como cobertura mientras sigue vaciando su cargador. Saco la Glock de mi funda junto con el cargador de repuesto de mi bolsillo y se los deslizo por el suelo.

—Usa esto.

Leo acepta la ayuda cuando su pistola hace clic varias veces: se ha quedado sin munición. Recoge la Glock y sigue cubriéndome. En cuestión de minutos llamarán a la policía y llegará, así que tengo

que salir de aquí. Después, tendré que hacer que mi contacto en la comisaría limpie este desastre, pero por ahora mi preocupación es seguir vivo y mantener a Nanette a salvo.

Con mi espalda cubierta, termino de romper el resto del cristal de la ventana. Aún sobresalen fragmentos del marco, así que me quito la chaqueta y la coloco sobre el alféizar. —Nan, tenemos que salir trepando —le digo. La ventana está alta, pero no deberíamos hacernos daño si tenemos cuidado—. Yo iré primero. —Me meto la pistola en la cintura y me asomo por la ventana. No hay guardias. Es probable que todos hayan sido atraídos al interior, donde están estallando los verdaderos fuegos artificiales.

—Dios, Joey también. Dominic, todo el puto lugar está a tiros. Sven está disparando a Joey. —Leo suena frenético, como si esto fuera un shock total para él. Sven hizo un trabajo mejor ocultando el complot de lo que yo pensaba.

—Tú sigue disparando. Los que te disparan son nuestros enemigos. Cuantos más eliminemos, más limpia quedará esta familia.

—¡Pero si son todos de la familia! —grita, asomándose por la puerta para disparar otra ronda.

—Que compartan sangre no los convierte en familia. —Le hago un gesto a Nanette para que venga a la ventana y luego saco un pie. Mientras saco el otro pie por la ventana y me apoyo en el alféizar, buscando con los dedos de los pies el contenedor de abajo, ella se aferra a mi mano.

—Joder, no puedes dejarme aquí.

—No te voy a dejar aquí. Sal por la ventana y te ayudaré a bajar. —La punta de mis pies toca el borde del contenedor. Es una posición precaria, pero consigo equilibrarme por el momento. Me estiro hacia la ventana y voy a por ella, pero un disparo resuena a mi espalda y siento un dolor punzante en el hombro izquierdo. Caigo dentro del contenedor, gritando de dolor.

—¡Dominic! —chilló ella, pero no mira por la ventana. Es más lista de lo que pensaba. Tardo un momento en orientarme y, cuando lo consigo, me incorporo, listo con mi pistola. Me asomo por el borde del contenedor y veo a dos hombres acercándose y un coche que llega despacio. Sin pensarlo, grito—: ¡Soy Dominic! ¡Si no estáis conmigo, estáis contra mí! —Los hombres siguen cargando contra mí, lo cual es prueba suficiente de que no vienen en son de paz.

Me asomo por el borde del contenedor y les apunto con mi arma, y aun así no retroceden, así que disparo tres veces; la primera bala alcanza a uno de los hombres, la segunda falla, y la tercera le da al segundo hombre. Tomo aire, haciendo una mueca de dolor. Si me hubieran dado en el hombro derecho, estaría en mucho más peligro. Por suerte para mí, soy diestro.

—Nan, vas a tener que saltar —grito hacia la ventana, y antes de que pueda repetir la frase, tiene los pies fuera y salta encima de mí. Aterriza con un estruendo y es mi turno de soltar un alarido de dolor. Todavía oigo el traqueteo de disparos dentro, pero ahora me preocupa más el coche que se acerca. Quienquiera que sea ha visto que los dos estamos en el contenedor y somos blancos fáciles. Me queda una bala en esta pistola, ocho en la del calibre treinta y ocho, y nada más que mi cuchillo.

—Dom, ese tipo que conduce el coche es el que me secuestró. —Nanette se queda callada de repente, su susurro ronco revela su miedo.

—¿Cómo era? —pregunto, muy consciente de que el coche se acerca por segundos.

—Cicatriz sobre el ojo derecho, ojos azules. Tiene el pelo castaño y descuidado. —Se muerde una uña, un hábito que no le había visto en todo el tiempo que he pasado con ella. Su descripción de Nick es clavada. Él es el cerebro detrás de todo esto, y dentro sus hombres están muriendo. Ya descubriré cuántos y quiénes se me opusieron más tarde, pero ahora es el momento de que deje de esconderme y recupere lo que es legítimamente mío.

—Sal de ahí, Dominic. No vas a salir vivo de esta. Mis hombres están dentro masacrando a los tuyos. —La arrogancia de Nick me enfurece. Levanto ambas manos en señal de rendición mientras me pongo de pie lentamente, sabiendo que la de nueve milímetros que tengo en la mano está casi vacía. Con una sola bala, voy a necesitar la del treinta y ocho que llevo sujeta a la espalda.

—Quédate abajo, pase lo que oigas —le siseo a Nanette sin siquiera mirarla. Cuando mi cabeza asoma por encima del borde del contenedor es cuando estoy en mayor peligro, pero tengo el presentimiento de que Nick no se limitará a volarme la cabeza de un tiro. Es demasiado engreído para eso. Primero querrá regodearse, presumir. Así que me levanto con audacia, con la pistola apuntando al cielo.

—Suéltala —dice él, con su propia arma apuntándome.

Lanzo la pistola al pavimento junto al contenedor y mantengo las manos en alto. Nick me mira fijamente y luego me hace un gesto con el arma. —Sal.

Obedezco sus órdenes, saltando fuera del contenedor con un fuerte impulso. Pongo todo mi peso en mi brazo derecho mientras mis pies vuelan sobre el borde y aterrizan en el suelo. El hombro izquierdo me duele tanto que casi suelto un gemido, pero no voy a mostrarle ninguna debilidad. Este hombre es una enfermedad y va a morir. Ahora tiene sentido que él esté detrás de esto. Odiaba a mi madre porque mi padre no quiso nombrarlo sucesor al trono. Mi madre se aseguró de que yo fuera quien recibiera ese honor.

—¿De verdad contrataste al mismo puto italiano para cazarme? El mismo que... —Pienso en la cicatriz de mi pecho y me arrepiento de haber hecho que Jimmy apretara aquel gatillo. Ese hombre merecía una dosis personal de justicia, pero no tanto como el que tengo delante.

—Lo hice... poético, ¿verdad? —Se mofa y da un paso más cerca. Oigo a Nanette moviéndose en el contenedor detrás de mi, pero no

miro. No puedo quitarle el ojo de encima a este gilipollas ni un solo segundo.

—Vas a caer, Nick. Aún no te has dado cuenta.

—No creo que entiendas cómo funciona esto, Dominic. Tengo muchos hombres de mi lado. He intentado decirte que mis chicos están dentro masacrando a los tuyos.

Escucho el lamento de hombres muriendo, aunque el fuego de armas ya ha cesado. Me sorprende que Leo no se haya asomado por la ventana para cargarse a Nick, pero es posible que le hayan dado o quizá se haya quedado sin munición otra vez.

—No estoy seguro de que sepas lo que está pasando ahí dentro.

El arma de Nick baja ante mis palabras y monta el arma, apuntando con el cañón directamente a mi pecho. —Ahora mismo estás muerto. Y aunque no sea yo quien ocupe ese puesto, tu hermano hará lo que le digamos. Hay hombres de camino ahora mismo para matar a Alexsi.

—¿A mi padre? Déjale fuera de esto —gruño, dispuesto a echar mano a mi pistola, pero así, al descubierto, estaré muerto antes de desenfundarla.

—Sí, a tu padre. ¿Cómo creías que íbamos a lograr esto? —Se ríe locamente y por un segundo cierra los ojos. Empiezo a echar mano a mi pistola, sabiendo que es mi única oportunidad, cuando algo vuela por encima de mi hombro. Una sombra fugaz aparece sobre mi cabeza y luego, sea lo que sea, se estrella contra su frente. Me da el tiempo justo que necesito para desenfundar mi pistola y montar el arma. Apunto a su pierna y aprieto el gatillo, dándole justo por encima de la rodilla.

—¡Joder! —grita Nick, cayendo al suelo. Su arma cae lejos de él y yo corro hacia allí y la pateo aún más lejos.

—¿Decías? —Me sitúo sobre él, con la pistola apuntando a su cabeza. Estamos a solo unos pasos de mi nueve milímetros, así que la recojo y apunto con la del treinta y ocho a su otra pierna.

—Dios, Dominic, no puedes hablar en serio. No vas a salir vivo de esta. Si me matas, no sobrevivirás ni un día.

Le he disparado dos veces, una en cada pierna, y todavía cree que ha vencido. No tiene ni idea de lo que son capaces mis hombres leales. Miro por encima del hombro a Nanette, que está de pie en el contenedor, enterrada hasta el pecho, mirándome.

—Date la vuelta, Nan —le digo, pero ella sacude la cabeza.

Esto la va a dejar traumatizada de por vida, pero si se niega a mirar para otro lado, no puedo evitarlo. Suelto la de nueve milímetros sobre su pecho, sabiendo que no queda más que una bala.

—Estás loco. Podría matarte ahora mismo. —Nick agarra el arma débilmente y me apunta.

—Pero no lo harás. —Un movimiento al final del callejón me llama la atención. Son mis hermanos, los cuatro, caminando hacia mí con las armas en la mano—. Porque en el momento en que lo hagas, te masacrarán. —Les dedico un asentimiento y Nick mira en esa dirección y palidece.

—Joder, Dom, solo dispárame. Acaba con mi sufrimiento. —Cambia de tono tan rápido que tengo que reírme de él.

—¿Tu sufrimiento? Dejaste que esa basura italiana violara a mi madre y la destrozara tanto que se suicidó. Vas a seguirla ahora a ese infierno.

—¿Qué? —pregunta él, temblando. Tira el arma, pero yo se la devuelvo de una patada.

—Mátate tú mismo, Nick. Es lo que te mereces, porque es lo que le hiciste a ella. Y deberías hacerlo antes de que ellos lleguen aquí.

Porque si se enteran de que fuiste tú el que organizó todo aquello, no te dejarán morir. Te torturarán durante meses.

Nick está temblando, sudando tanto que el sudor le resbala por la cara. Recoge la pistola y se apunta a la cabeza. —Dom, por favor.

—Hazlo de una puta vez, Nick.

El estallido resuena justo cuando Sven llega a mi lado, y la cabeza de Nick cae hacia atrás, con medio cráneo desaparecido. Sangre y restos de sesos salpican la parte delantera de su coche y yo hinco una rodilla. Me duele tanto que creo que ya no puedo respirar.

Se acabó.

El asesino de mi madre ha sido vengado. El topo ha sido erradicado. Y tengo a Nanette.

Ahora, mientras no esté tan traumatizada que no pueda estar cerca de mí, tendré la vida que quiero... por fin.

22

NANETTE

En mi mente visualizo la sangre por todas partes. De nuevo; de la misma forma que cuando casi mataron a Jimmy. Me atormenta, incluso mientras Dominic me acompaña arriba, a mi habitación. A él apenas le llega el aire. Siente un dolor inmenso, pero yo soy incapaz de reaccionar. El miedo me corroe la conciencia. Ya he estado aquí, en este infierno en el que vivo ahora mismo, y luché para salir. ¿Cómo he vuelto? ¿Por qué he dejado que esta familia me absorba?

—Jimmy... —gimo, pero Dominic me guía hacia la cama apoyando su mano derecha en la base de mi espalda. Yo también estoy cubierta de sangre, la sangre de Dominic. En cuanto el hombre de la cicatriz murió, me lancé sobre él. Se desplomó en el suelo y yo estaba allí, presionando la herida. Sus hermanos han dicho que la bala ha entrado y salido, y que llevarlo al hospital es peligroso. Sé que necesita puntos, pero está intentando hacerse el valiente, incluso con la manga de su chaqueta todavía atada alrededor de la herida que supura.

—Jimmy vendrá más tarde, Nan. Quítate esa ropa ensangrentada y deja que te ayude a meterte en la cama.

Obedezco en modo automático. Es algo que ya he aprendido a hacer. Primero me quito la ropa, luego mi dignidad se desvanece mientras permanezco casi desnuda, todavía manchada de sangre, delante de él. Solo que esta vez sus ojos no me devoran diabólicamente. Sufre, y yo sufro por él.

—Deja que te ayude —le digo, obligándolo a sentarse en el borde de la cama. Me hace caso y voy al cajón de la mesita de noche donde vi unas tijeras en algún momento. Las saco y empiezo a cortarle la ropa. Es lo bastante rico como para reponerlo todo en un abrir y cerrar de ojos, pero desnudarlo así le evitará parte del dolor.

—Ay —se queja cuando llego al nudo grueso de su manga. Está muy apretado, pero las tijeras dan buena cuenta de la tela. Se queda sentado con el torso desnudo, con un pequeño hilo de sangre bajándole por el pecho.

—Necesitas un médico. Como mínimo, antibióticos —uso un retal de tela para limpiarle la sangre, pero está tan manchado como yo. Me agarra de la muñeca y me detiene, y temo haberle hecho más daño, pero me lleva la mano a los labios y la besa.

—He pensado que te perdía, y esa idea me ha vuelto loco de rabia. Eres mía, Nanette. No bromeaba cuando lo dije —sus ojos me escudriñan y, tras lo que hemos pasado hoy, sé que soy suya. Es todo lo que quiero ser.

—Lo sé, Dom —ni siquiera retiro mi mano. Me la besa de nuevo. Por primera vez en mi vida, no se trata de poder. No se trata de dominar a alguien o de usar mi capacidad o mi cuerpo para conseguir que hagan lo que yo quiero. No se trata de recuperar lo que alguien me robó, ni de que se escuche mi voz. Cuando los ojos de Dominic recorren mi pecho desnudo, me siento vulnerable, y me gusta. Me gusta que me mire así, con ojos hambrientos. Me gusta ser débil ante él, que él sea más fuerte que yo, y más poderoso.

—Voy a necesitar que me ayudes con el cinturón —dice en voz baja, y bajo la mirada para ver el bulto creciente en sus pantalones. Me

acerco, le desabrocho el cinturón y la bragueta del pantalón, y él se pone de pie junto a mí. Le deslizo los pantalones y los calzoncillos por las caderas, y él se quita los zapatos de una patada y sale de la ropa. Al mismo tiempo, me bajo las bragas y espero a que esté listo para mí.

—Dom, no tienes por qué...

—Nan... —me interrumpe. Su tono es severo, pero no de enfado. Me mira a los ojos, pero no veo en ellos esa misma pasión animal y hambrienta que he visto antes. Usa su mano derecha para acariciarse la verga, preparándola para mí, pero no veo cómo va a ser capaz de hacer esto. No puede usar el brazo izquierdo en este momento.

—Dominic... —murmuro, suspirando. No es que no lo desee. No hay nada que quiera más en este momento que tenerlo, pero no quiero lo que quiero normalmente. Ni siquiera sé cómo expresar lo que deseo.

Se tumba en la cama y se apoya con cuidado sobre la espalda, indicándome con la barbilla que suba. Estar encima, dominarlo, es lo último que me apetece. Me resisto, sacudiendo la cabeza, pero él me llama con un dedo para que me acerque y, como una mascota amaestrada, gateo hacia él.

—No quiero... —empiezo a decir, pero no sé cómo explicarlo.

—Sé lo que quieres —me empuja la pierna y me pongo a horcajadas sobre él, con mi hendidura apoyada contra su miembro duro.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo sé —susurra.

—Pero si ni yo misma lo sé. No sé lo que quiero —sacudo la cabeza. No estoy segura de qué trato de decir. Estoy perdida en el momento. Perdida en su mirada. Perdida en su tacto, en su olor, en su sabor.

Estoy perdida, pero siento que estoy exactamente donde debo estar. Siento que este es mi sitio.

Lo beso, suavemente, y él me devuelve el beso. Gimo al hacerlo, es lo que siempre deseo hacer con él. Es el hombre perfecto, y cada vez que lo beso, cada vez que lo toco, recuerdo ese hecho. Deslizo mi cuerpo sobre su verga, dejando que roce mi sexo, y él gruñe.

——No quiero tener el control.

Se incorpora y yo le rodeo el cuello con los brazos y presiono mis pechos contra él. Sus manos bajan por mi trasero, recorriendo la curva, y lo aprietan, dándome un azote suave. Suelto un pequeño grito y él se ríe; luego yo me río con él. —Quieres montarme, Nan — su voz es un gruñido bajo y ronco—. Desliza las caderas hacia delante y empuja la punta de su verga dentro de mí.

—Oh... —gimo y asiento con la cabeza. Sí que quiero montarlo.

A medida que me hundo en su miembro, usando las rodillas para sostenerme, mis músculos se tensan y mi cuerpo tiembla. Soy yo quien tiene el control, pero siento que no tengo ninguno en absoluto. Él controla mi cuerpo, mis acciones, todo mi ser. Tiene los ojos clavados en los míos, pero no consigo descifrar la emoción que albergan. Lo miro fijamente hasta que siento que voy a perder la cabeza.

Y entonces comprendo lo que quiero: no es tener el control ni dominarle. Tampoco que él me domine a mí. Quiero que seamos uno. Quiero que seamos un solo cuerpo, un solo corazón, una sola alma. Quiero que estemos juntos siendo uno, y no de una forma que signifique que yo dejo de ser yo y él deja de ser él. No quiero que nos perdamos. No quiero que nos convirtamos en una sola persona. Solo quiero que estemos juntos. Quiero ser parte de él, y que él sea parte de mí.

Le miro a los ojos, a las profundidades verde oscuro de su alma, y sé que llevo razón. Sé que esto es lo que quiero. Quiero estar con él,

en todos los sentidos. Quiero ser suya. Quiero pertenecerle, por completo y para siempre. —Quiero unirme a ti —susurro—. Quiero sentirte dentro de mí y sentir tu cuerpo contra el mío.

—Únete a mí, entonces —susurra él, empujando con más fuerza dentro de mí. Abre los brazos, rodeándome, atrayéndome hacia sí—. Ven aquí. No puedo moverme; su verga está muy profunda dentro de mí y no quiero alejarme de ella. Vuelve a embestir y mi coño se aprieta a su alrededor. Él gruñe y sus dedos se clavan en mi carne. Me sujeta con tanta fuerza que no estoy segura de cómo podré separarme de él, si es que alguna vez quiero hacerlo.

Las lágrimas asoman a mis ojos y ni siquiera intento detenerlas. No siento vergüenza ni pudor, simplemente siento que es lo correcto. Siento que están justificadas. Quiero esto. Necesito esto. Lo necesito a él. Necesito que sea mi Dom. Necesito que él tenga el control, necesito someterme a él. Necesito que me diga qué hacer, y necesito hacerlo. Necesito que tome mi cuerpo, mi corazón y mi alma. Necesito que lo tome todo, y yo necesito dárselo.

Lo monto, dejando caer mi cuerpo sobre el suyo mientras él me mantiene cerca, convirtiéndose nuestros cuerpos y almas en uno solo. Siento como si flotara y, en el momento en que lo pienso, me doy cuenta de que es así. Floto, me alejo de mi cuerpo, de este momento, hacia algo que no comprendo.

—Tómame —susurro, mientras abro los ojos y lo miro—. Toma mi cuerpo, mi corazón, mi alma —él cierra los ojos y gruñe, dándome un fuerte azote, y siento que mi cuerpo se contrae a su alrededor. Estoy al borde del clímax y noto cómo mi cuerpo se tensa para recibirlo. No necesito tocarme, ni frotarme, ni hacer nada más. Lo único que necesito es sentirlo dentro de mí, y eso basta para lanzarme al abismo.

Me mira pero no dice nada. Simplemente deja que lo tome y que yo tenga el control. No lucha por soltarse ni intenta ponerse encima. Deja que haga lo que quiera con él.

Lo monto con fuerza y rapidez, dejando caer mi cuerpo sobre el suyo repetidamente.

—Córrete —dice él, y lo hago. Me corro, con fuerza, y él también. Se corre conmigo y se corre dentro de mí, llenándome con su semilla, uniéndonos, fusionándonos. Me desplomo sobre él y él me abraza con fuerza, acariciándome el pelo, la cara, la espalda. Siento su verga dentro de mí, sus brazos rodeándome. Siento sus manos acariciándome suavemente, con posesividad, como si comprendiera lo que acabo de entregarle.

Y entonces lo siento, una sensación que nunca antes había experimentado: la sensación total y completa de estar en casa. No sé qué significa. No sé por qué lo siento, pero sé que es real. Sé que existe. Y sé que es él. Sé que es lo que siempre he deseado.

—Tienes que descansar —me dice, besándome la coronilla.

Lo que de verdad necesito es que me abrace, pero el sueño me pesa en los párpados. Es por las emociones, pero el día me ha pasado factura. Quiero ver a Jimmy, pero quizá eche una pequeña siesta. Me aparto de él y, antes de que mi cabeza toque la almohada, me quedo dormida.

23

DOMINIC

Nanette ya está roncando suavemente para cuando por fin consigo ponerme y abrocharme los pantalones. El brazo me duele a rabiar, pero tengo que aprender a aguantar. Tiene razón. Necesito que venga mi médico a hacerme un chequeo y darme antibióticos, pero conectar con ella era mucho más importante para mí que eso.

Me dirijo a mi despacho faltando solo unos minutos. Le dije a Jimmy que dos horas y en apenas unos instantes se cumplirá ese plazo. Ya he hecho los planes; simplemente estaba esperando a que terminara su primera tarea. Esta próxima le parecerá pan comido si lo hace tal como he planeado para él. Todo encajó en su sitio en el momento en que Gallagher entró en aquel restaurante. Eso también estaba planeado. Estoy seguro de que tanto Jimmy como Nanette se dan cuenta ahora.

Nanette también ha cambiado. La forma en que interactúa conmigo, la forma en que me folla, incluso su tono de voz. Es diferente; está completa, incluso. Lo más intrigante de todo esto para mí es que no necesitaba vengarse de Gallagher para estar completa. Solo aprender a confiar en que cumplo mi palabra fue suficiente para

sacarla de esa cueva de miedo alimentada por el trauma. Jimmy, por otro lado, todavía necesita justicia.

Me siento tras mi escritorio, sediento de un trago de mi escocés, pero sé que eso solo me licuará la sangre y necesito que el médico me suture antes de hacer algo así. Así que me abstengo, aunque la bebida también me ayudaría a lidiar con el dolor insoportable.

Jimmy entra puntual, exactamente cuando se supone que debía estar aquí. Levanto la vista de mi bruma de sueño y dolor, y señalo con la cabeza la silla frente a mí. Se queda mirando mi torso desnudo, con la sangre aún brotando lentamente del agujero de bala en mi hombro. La sangre se desliza por mi pecho y brazos, goteando desde las yemas de mis dedos. Dos pulgadas más abajo y habría estado respirando sangre, pero por suerte para mí, Nick tiene una puntería horrible.

Los hematomas y cortes salpican mi piel —algunos viejos, otros nuevos—, casi como un mapa topográfico. —Entonces, ¿lo has pillado? —dice Jimmy mientras se sienta. Se queda mirando el agujero de bala como si le recordara al que le propinaron a él hace años. No es mi primera herida de este tipo, y estoy seguro de que no será la última. Puede que tampoco sea la última de Jimmy, esa que le dio Gallagher. No si acepta la propuesta que estoy a punto de ofrecerle.

—Sí, lo he pillado. —Asiento lentamente y siento los párpados pesados—. Está muerto, junto con al menos otros diez que se unieron a él para derrocar mi autoridad. —Me lamo los dientes, saboreando el sudor de Nanette en mis labios al hacerlo. Jimmy me observa con nerviosismo.

—Entonces, ¿ya he terminado? ¿Nanette y yo somos libres de irnos? —Se remueve en la silla, entrelazando las manos antes de separarlas y juguetear con el anillo de su mano derecha. Puedo ver que me tiene miedo; es una buena posición. Siempre es una buena posición.

—Bueno, está el asunto de la muerte de uno de los miembros de mi familia que tenemos que discutir. —Alargo la mano derecha y abro el cajón superior de mi escritorio. El Magnum del cuarenta y cuatro que guardo allí está cargado, listo para usar, y lo saco y lo poso sobre el escritorio frente a Jimmy. Palidece, lamiéndose los labios y encogiéndose en el asiento como si la pistola fuera un perro rabioso que pudiera saltar y morderle.

—Yo no he matado a nadie de tu familia, Dominic. Solo al italiano. —Su voz está llena de temblores, temblando tanto como lo hacen ahora sus manos. Cree que lo mataré por esto, lo que me demuestra lo poco que me conoce de verdad. Potencialmente podría dejarlo libre, obligarlo a guardar el secreto y dejarle vivir su vida. Tengo trapos sucios de él y pruebas de su implicación suficientes como para que, si se vuelve contra mí, pueda entregarlo igual de fácil. Se hundiría junto con el barco. Pero existe ese pequeño asunto que le prometí a Nanette.

—Red no merecía morir en la calle frente a tu casa, James. —Uso su nombre de pila y él se pone serio, tragando saliva con dificultad. Su nuez de Adán sube y baja, con el miedo inundando sus ojos.

—Mira, Dom, yo no podía saber que vendrían a por él. —Jimmy levanta las manos a la defensiva y sacude la cabeza—. Eso no fue culpa mía.

—Si hubieras matado a ese italiano cuando debías, si me hubieras dado la información sobre el topo antes, no estaríamos teniendo esta conversación. —Le doy un toque a la pistola y señalo con la cabeza—. Cógela.

Traga saliva de nuevo, vacilando. Sus ojos pasan del arma a mi cara. —Dom… yo…

—No me toques los huevos, Jimmy. Coge la puta pistola. —Le lanzo una mirada fulminante hasta que la coge—. ¿Qué sientes? —le pregunto, tanteándolo. Me mira con nerviosismo. Cree que puede

refugiarse en la oscuridad de mi oficina y desvanecerse, pero no sabe lo que tengo planeado para él.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a ¿qué sientes sabiendo que tienes la justicia a tu alcance?

—Dom, yo nunca haría eso. No te mataré.

Eso es mentira. Con los medios, la oportunidad y el motivo adecuados, cualquiera me mataría. No soy un hombre estúpido. Jimmy es tan básico como el resto de nosotros. Un italiano podría acercarse a él mañana y pagarle diez millones y yo estaría muerto. Lo que le ofrezco es mucho más que eso; algo que demostrará su lealtad hacia mí y hacia Nanette y le asegurará un lugar en mi familia para siempre. Puede que no seamos de la misma sangre, pero después de esto, lo consideraré como si lo fuera.

—Gallagher estará en la ópera de la calle Hoewisher el martes por la noche a las siete para una representación de *Madame Butterfly*. Entrarás por la puerta trasera usando esa pistola. —Hablo con calma y él mira el arma. El silenciador está integrado, lo que se lo pondrá aún más fácil—. Estará en el palco doce, solo. Su mujer se sentirá enferma de repente justo antes de la hora de salir, y como él tiene que reunirse con un dignatario extranjero inmediatamente después, no llegará tarde.

—¿Qué? —Jimmy parece confundido.

—Te estoy entregando la venganza en bandeja de plata, Jimmy. No hay cámaras de vigilancia en el teatro, ni guardias, ni siquiera seguridad. No se lo esperará. —Lo miro fijamente y él sacude la cabeza.

—¿Dónde está el truco? —pregunta, dándole vueltas al arma una y otra vez en su mano.

—Como he dicho, un miembro de mi familia ha muerto. —Aprieto los labios y lo pienso por última vez. No tengo ninguna duda de que Jimmy es el único hombre para este trabajo—. Red era mi confidente personal. Me conseguía información cuando la necesitaba. Se encargaba de tareas difíciles, tenía contactos por toda la ciudad. Se ha ido. Su puesto tiene que ser ocupado.

—Yo… no lo entiendo. —La respiración de Jimmy es errática, probablemente su pulso también. Sigue sacudiendo la cabeza como un tonto. Tengo que explicárselo paso a paso o no lo pillará.

—Se te está dando una oportunidad de redención. Nanette merece su venganza, y tú también. Sé lo que os hizo a ambos. Gallagher, al igual que el italiano, tiene que pagar. He preparado todo para ti. Solo tienes que entrar, apretar el gatillo y salir. Eso es todo. Si quieres, incluso puedes torturarlo un poco. Los palcos de la ópera están insonorizados. —Bajo la barbilla, mirándolo por encima de la nariz.

—Pero… ¿por qué? —Las cejas de Jimmy siguen fruncidas por la confusión y deja que la pistola descanse en su regazo.

—Porque cuando conozco a alguien que es capaz de hacer las cosas de las que yo también soy capaz, creo que es digno de trabajar cerca de mí. Soy el hombre más poderoso de esta ciudad. Tú crees que es el alcalde o el comisario (a los que tengo en marcación rápida), porque me necesitan, Jimmy. Ahora, todo lo que tienes que hacer es terminar lo que empezaste hace años. Acabas con Gallagher, nos demuestras a mí y a tu hermana que tienes lo que hace falta, y serás mi mano derecha.

Jimmy titubea un momento, metiendo la mano en el bolsillo. Saca un pañuelo que tiene una pequeña mancha de sangre y lo lanza sobre mi escritorio. —¿No es eso una prueba? El dedo del italiano, como pediste.

—Tráeme el de Gallagher y Nanette sabrá que has terminado el trabajo. ¿O prefieres que le dé a ella la pistola?

Se remueve incómodo. Entiendo la dinámica entre Jimmy y Nanette con más claridad que nunca. Se siente avergonzado de que ella haya sido la que lo ha protegido todos estos años. Es esa vergüenza la que lo ha frenado, lo que le ha hecho sentirse menos hombre. Es esa vergüenza la que hizo que retrasara este trabajo y me fallara una y otra vez. Cuando Gallagher esté muerto, Nanette podrá descansar y Jimmy se sentirá como el hombre más poderoso del mundo.

—Entonces, ¿vas a hacerlo? —pregunto, esperando su respuesta.

—¿Martes a las siete, la ópera de Hoewisher?

—No llegues tarde.

Jimmy se levanta, se mete la pistola en la cinturilla del pantalón y camina hacia la puerta.

—No te equivoques, Jimmy —le llamo. Se detiene y vuelve la vista hacia mí—. Tu hermana es mía ahora. Si la cagas, mueres. No puedo evitar que la gente de Gallagher venga a por ti. Pero si tienes éxito, tendrás a toda la Bratva a tus espaldas. Nunca te faltará de nada, y a Nanette tampoco.

Jimmy sale sin decir una palabra más, y durante unos momentos me quedo solo. Me siento con mis pensamientos un rato, preguntándome si tendrá el valor de hacerlo. Si no, yo mismo acabaré con Gallagher, solo para ahorrarle a Nanette el espectáculo sangriento. Es demasiado preciosa para volver a ver algo así. Después de ver morir a Nick hoy, esa es toda la sangre que quiero que presencie jamás.

Le envío un mensaje de texto a mi médico haciéndole saber que necesito que venga, y luego me reclino en mi silla. Ha sido un día de mil demonios, y aún no ha terminado. Supongo que los puntos dolerán de lo lindo también; el doc no siempre es delicado, pero he salido de esta con vida. El topo ha sido erradicado y mi familia está a salvo. Pienso en llamar a mi padre, pero puede esperar hasta la

mañana. A Sven también; querrá saber cómo planeo reorganizar las cosas ahora que mucha de nuestra gente ha revelado lo comprometida que está.

—¿Dom?

Levanto la vista para ver a Nanette bajo el marco de la puerta. Lleva puesta una de mis camisetas blancas y unas bragas rosas. Está preciosa, incluso con la sangre todavía reseca en sus manos. Más tarde, la pondré en un baño de agua caliente y la lavaré, me limpiaré yo también, pero ahora le hago un gesto.

—Ven, siéntate conmigo —le digo, y ella se sube directamente a mi regazo. Su cuerpo se acurruca contra mi pecho, frágil y emocional.

—¿Has dicho que venía Jimmy? —pregunta, apoyando la frente contra mi cuello. El aroma de nuestro sexo todavía impregna su piel. Me gusta que sea así. Soy como un perro que ha marcado su territorio. Quiero que huela a mí en todos los sentidos para que cada hombre sepa que es mía para siempre.

—Acaba de irse. —Le beso el pelo y la sujeto tan fuerte como puedo con el brazo derecho. Ella juguetea con el vello de mi pecho, quitando la sangre seca de él.

—Esperaba verle.

—Volverá. Está bien. Ahora mis hombres le vigilan y estará a salvo. Nadie va a hacerle daño, Nan.

Se siente bien en mis brazos, un bienestar que nunca pensé que tuviera derecho a disfrutar. Desde el día en que murió mi madre, sentí que solo merecía la tragedia, el dolor, la tristeza. Pero esta victoria, por pequeña que parezca desde fuera, me ha enseñado que no puedo culparme por la maldad de los demás. Ver la cercanía entre Jimmy y Nanette me demostró que la familia lo es todo, aunque creo que ya lo sabía.

Nan toma aire profundamente como si fuera a decir algo, pero no dice nada. Noto que está inquieta, aunque no sé si quiere preguntarme algo o si es porque cuando se subió a mi regazo mi herida empezó a sangrar de nuevo. Toca el flujo pegajoso ligeramente y luego presiona su dedo índice contra el pulgar y frota la sangre.

—¿Y Gallagher? —dice, con la voz apenas en un susurro.

Con confianza, respondo: —Jimmy se está encargando de eso, y cuando termine, te demostrará que nunca más tienes que volver a temer nada.

Nan me mira con miedo en los ojos. —Pero la última vez…

—No va a volver a pasar. Tu hermano está listo esta vez.

Me mira fijamente un momento y luego vuelve a apoyar la cabeza. Está tan diferente ahora, ya no me cuestiona, no está enfadada en absoluto. Pensar que hace una semana no podía evitar gritarme, y ahora se acurruca en mi pecho sintiéndose segura.

Vuelvo a meter la mano en el cajón de mi escritorio; esta vez no es una pistola lo que busco. Revuelvo un poco entre los clips y las chinchetas, y encuentro lo que busco. Introduzco la punta del dedo en el anillo y lo saco, cerrando el cajón de nuevo. Mientras lo sostengo frente a la cara de Nanette, ella suelta un jadeo y se tapa la boca con la mano.

—He visto ese…

—Sí, porque registraste mis cosas. —Blandí el anillo de diamantes y perlas que aparecía en la mano de mi madre en las fotos del viejo álbum. Es el anillo de mi madre. Lo saqué de su dedo mientras yacía desangrándose junto a ella. Póntelo. —Le tiendo el anillo a Nanette y ella vacila.

—Dominic, yo…

—Póntelo —ordeno, y ella se incorpora, con una mirada de vergüenza. Se desliza el anillo por el dedo lentamente pero no me sostiene la mirada—. Ahora vas a ser mi mujer.

—¿Es eso una proposición? —pregunta, levantando la barbilla para que nuestros ojos se encuentren.

—Es una orden.

Una sonrisa curva la comisura de su labio y se inclina para besarme, pero en el momento en que nuestros labios se rozan, me estremezco de dolor. Se apoya en mi pecho y la sangre fluye con más rapidez de la herida.

—Joder, lo siento —dice saltando, y yo suelto una risita, tosiendo un par de veces.

—No pasa nada. El médico está de camino para darme unos puntos.

Ella me sonríe y agarra unos pañuelos para cubrir la herida. —Ya va siendo hora de que hagas lo que yo te digo —bromea juguetona. Estoy impaciente por hacer de esta mujer mi esposa. Es lo único que queda en mi lista.

24

NANETTE

Este jardín se ha convertido rápidamente en mi lugar favorito de la propiedad de Dominic. Me siento en una pequeña mesa de patio de hierro forjado, pintada de blanco a juego con la celosía bajo la que se encuentra. El jardín es un oasis precioso lleno de flores en flor de todos los colores imaginables. El aire está cargado con el dulce aroma del jazmín y la lavanda. Una pequeña fuente borbotea en un rincón, y su suave melodía sirve de telón de fondo al trino de los pájaros y al zumbido de las abejas. La luz del sol se filtra a través de las hojas de los árboles, creando patrones moteados en el suelo. Es un refugio tranquilo, un lugar para escapar del caos del mundo exterior.

La semana pasada ha sido un completo huracán de emociones y problemas. Apenas he tenido oportunidad de recuperar el aliento, y mucho menos de procesar todo lo ocurrido. Mi mente no deja de volver a aquel almacén, reproduciendo los hechos una y otra vez como un disco rayado. Pero mientras estoy sentada aquí, en este jardín tranquilo, por fin siento que puedo empezar a soltar parte de ese trauma. Mi mente puede descansar, aunque solo sea por un rato.

Pero mi tranquilidad se rompe cuando oigo el sonido de unos pasos crujiendo sobre el camino de grava. Perdida en mis pensamientos, no me he dado cuenta de que alguien se acercaba hasta que está justo delante de mí. Levanto la vista y veo a Jimmy, con una pequeña sonrisa en los labios. Dominic está detrás de él, imperturbable como de costumbre. Jimmy me recibe con los brazos abiertos cuando salto del asiento para correr hacia él. Siento como si hubieran pasado meses; en realidad solo han sido unos días.

—Oh, Dios mío, pensé que no volvería a verte —dice, envolviéndome en el abrazo de oso más apretado que he sentido en años. Me estruja con tanta fuerza que apenas puedo respirar, y le doy unas palmaditas en la espalda para que me suelte.

Doy un paso atrás y lo observo, notando los moratones en su mejilla y los cortes en sus nudillos. Se me encoge el corazón. —¿Qué te ha pasado? —pregunto con voz temblorosa. Aunque estoy agradecida de que esté vivo, me duele que lo hayan herido. Mi único pensamiento es su bienestar. Siempre ha sido así, desde aquella noche con Gallagher.

Jimmy se encoge de hombros. —Solo un pequeño altercado. No es para tanto. —Resta importancia a mi preocupación, pero eso no me ayuda a relajarme.

Dominic se aclara la garganta, llamando nuestra atención. —Os dejaré a solas para que os pongáis al día. Tengo asuntos que atender —dice antes de marcharse.

Jimmy se sienta frente a mí y noto que juguetea con las manos. —Lo siento, hermanita —dice en voz baja—. No pretendía arrastrarte a todo esto.

Niego con la cabeza. —No seas tonto, Jimmy. Solo me alegra que estés sano y salvo. —Me siento en el borde de la silla, lista para escuchar los detalles escabrosos. Sé lo mal que fueron las cosas por mi parte; lo peligroso que fue. Jimmy ni siquiera puede mirarme a

los ojos ahora mismo, avergonzado por haberme enredado en su calvario. Ha terminado. Eso es lo único que me importa.

Asiente, pero veo que todavía se guarda algo. —Hay algo más —dice, vacilando. Noto una mirada diferente en sus ojos, una que me tranquiliza en cuanto su vista se encuentra con la mía.

—¿Qué pasa? —Me inclino hacia delante, observando su expresión con atención.

Jimmy respira hondo antes de hablar. ——Es Gallagher —dice con voz firme y serena. Nunca le he oído pronunciar el nombre de ese hombre con un tono tan tranquilo. Ni siquiera rompe el contacto visual.

Asiento despacio, con el corazón a mil por hora. Aquella noche sigue fresca en mi mente, y el pensamiento de ese hombre me produce escalofríos. Tras el encuentro en aquel restaurante, ha estado en mis sueños, en mis horas de vigilia; me atormenta y me hace sentir paranoica. Dominic prometió ayudarme a vengarme. ¿Es así como lo ha hecho?

—Lo encontré —continúa Jimmy, con voz baja y peligrosa—. Y me encargué de él.

Se me abren los ojos de par en par al comprender a qué se refiere. —¿Quieres... quieres decir que tú...? —Siento que se me corta la respiración.

Jimmy asiente con expresión implacable. —Lo maté, hermana. Le hice pagar por lo que te hizo a ti... por lo que nos hizo.

Apenas puedo creer lo que oigo. Es como si me hubieran quitado de encima un peso que he cargado durante más de una década. He sido vengada, y Jimmy ha sido quien lo ha hecho. No ha sido por mi mano como me hubiera gustado, pero ya no está, y Jimmy también se ha vengado. Noto una nueva fuerza en sus ojos ahora, algo que quizá nunca habría tenido si no hubiera hecho esto por su cuenta.

Gallagher casi mata a Jimmy tras obligarle a presenciar aquello. Sé cuánto le afectó a Jimmy durante años. Pasó todo este tiempo como un asesino entrenado, intentando encontrar la forma de darme la justicia que merecía —que merecíamos—, exactamente igual que yo he vivido cada día intentando recuperar mi voz, mi poder. Dominic sabía lo que hacía. Todo este tiempo, esto es lo que tenía planeado. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Por un momento, el jardín se queda en silencio, solo con el trino de los pájaros a mi alrededor. No sé qué decir, cómo reaccionar. Una parte de mí está agradecida a Jimmy por vengarse en mi nombre. Pero otra parte tiene miedo, preguntándose si todo esto volverá para perseguirnos, si alguien sabrá que fue él.

Finalmente, recupero el habla. —Gracias —digo, con la voz apenas superior a un susurro—. Gracias por hacer eso por mí.

Jimmy sonríe, y su mirada se suaviza. —Desde el momento en que ese bastardo te tocó, es lo único en lo que he pensado. Esta noche dormiré más tranquilo.

Asiento, sintiendo que una oleada de alivio me invade. Por primera vez en años, me siento segura. Y todo es gracias a Jimmy y a Dominic. Ni por un segundo pensé que me sentiría así por Dominic, pero así es, y me gusta. Ser la fuerte todo el tiempo me ha agotado. Estoy agradecida de tener ahora a dos hombres que me protejan, hombres en los que confío para proteger mi vida.

Alargo la mano para coger la de Jimmy, pero él se aparta y se mete la mano en el bolsillo. Cuando vuelve a sacarla, tiene un anillo. Es una alianza gruesa de oro con una piedra de ónice rodeada de pequeños diamantes. He visto ese anillo demasiadas veces, he sentido su picadura cuando impactaba contra mi mejilla. Es el anillo de Gallagher. Parpadeo y las lágrimas ruedan por mis mejillas. Realmente lo ha hecho.

—Te he traído esto como prueba de que realmente se ha ido. —Ya puedes descansar, Nan —me deposita el anillo en la palma, y yo

cierro la mano sobre él, llorando un momento. La pesadilla de mi pasado ha terminado. La curación puede llegar, tanto para mí como para Jimmy. Solo puedo cubrirme la boca y llorar.

Momentos después, Dominic aparece por el camino, trayendo una bandeja con bebidas y una botella de Scotch. Levanto la vista mientras deja la bandeja sobre la mesa y, cuando me levanto, me abraza. Se muestra tierno ahora, apartándome el pelo de la cara y besándome la frente. Es como si él también hubiera cambiado; como si vengar a su madre le hubiera dado la paz que necesita para estar aquí por mí.

—Ha terminado —susurro, y él asiente, con los labios aún presionados contra mi frente.

—Aunque tenemos un nuevo acuerdo —dice Jimmy, interrumpiéndonos.

Me seco los ojos y vuelvo a sentarme, y Dominic se une a nosotros y se sienta cerca de mí.

Jimmy se aclara la garganta y toma la palabra. —Me quedo con Dominic, Nan. Ambos hemos acordado que podemos hacerlo mejor juntos que separados. Será peligroso y arriesgado, pero es lo correcto. Queremos asegurarnos de que nadie más tenga que pasar por lo que tú pasaste.

Asiento, sabiendo que Jimmy y Dominic son una fuerza de la naturaleza.

—Entonces, ¿vas a ser simplemente un sicario para la Bratva? —Miro a Dominic, nerviosa por lo que esto supone para Jimmy.

Jimmy me mira con una suave sonrisa. —Es más que eso, Nan. —Hay un destello de orgullo en sus ojos, y no puedo evitar alegrarme por él, aunque sé que aliarse con Dominic es un asunto peligroso. Miro el anillo que tengo en la palma de la mano y luego el anillo que llevo en el dedo.

—Yo también tengo algo que decir —le digo, buscando a Dominic. Él coge mi mano y la aprieta—. Voy a casarme con Dom. —Los ojos de Jimmy se abren con sorpresa y mira a Dominic, luego vuelve a mirarme a mí. —¿Estás segura, Nan? —pregunta, cauteloso.

Asiento, sintiendo que una oleada de determinación me invade. —Sí, estoy segura —respondo con firmeza—. Dominic ha estado ahí para mí en todo momento, y sé que siempre lo estará. Lo quiero, Jimmy. Quiero pasar el resto de mi vida con él.

La mano de Dominic se aprieta alrededor de la mía. Sé que nunca admitirá que me ama; tal vez eso le haga parecer débil. Pero sé que me quiere a su manera. Puede que solo sea un objeto por la forma en que habla de mí a los demás, pero nadie me ha conocido nunca como él, ni siquiera Jimmy.

Jimmy nos mira a los dos un momento y luego exhala un profundo suspiro. —De acuerdo —dice al fin—. Si es lo que ambos queréis, no me opondré. —No parece el hombre más feliz del mundo, pero ahora estamos todos juntos en esto.

—Es lo que quiero —le digo, y estoy convencida de ello.

Veo a Dominic levantarse y caminar hacia la fuente, con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo mientras camina. Doy un sorbo a mi Scotch y dejo el vaso antes de levantarme y seguirle hasta la fuente, de la que brota el agua con fuerza, y el rocío de la espuma blanca empaña el aire, creando una lluvia fresca a nuestro alrededor. El sonido del agua borboteando de la fuente es una melodía tranquilizadora frente al trasfondo de todo lo ocurrido la semana pasada. Al acercarme, veo el ladrillo con la inscripción del nombre de una mujer. Sé en mi corazón que se trata de una piedra conmemorativa, colocada aquí después de que su madre fuera enterrada.

Aunque Dominic se pone de pie, permanece encorvado, con la cabeza gacha. Su mirada se dirige al suelo, y solo puedo adivinar qué emociones se agitan en su interior. El pelo le cuelga en

mechones, tiene ojeras y los labios curvados hacia abajo. Alargo la mano y toco la de Dominic, que está agarrada a la fuente. Su mano se siente áspera y callosa. Paso mi mano sobre la suya y lo miro; su mano sigue aferrada a la fuente, su respiración es pesada y sus ojos están fijos en el suelo que tiene delante.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela, y él asiente.

—Tienes razón. Ha terminado. —Su voz ronca está llena de dolor, y lo comprendo perfectamente.

Me acerco más a él, rozando su cuerpo con el mío mientras inclino la cabeza para mirarlo. Pongo mi mano sobre su corazón, sintiendo el rápido latido bajo mi palma. Se estremece ante mi contacto, pero no se aparta. Al contrario, se inclina hacia mí, apoyando su frente contra la mía.

—Sé que duele —susurro, mezclando mi aliento con el suyo—. Pero nos tenemos el uno al otro.

Él asiente, aflojando su agarre en la fuente mientras me rodea con sus brazos, atrayéndome hacia él. Siento el calor de su cuerpo contra el mío, y sé que mis palabras le han servido de consuelo. Cierro los ojos, dejándome llevar por el momento, por la sensación de sus brazos rodeándome, por el aroma de su colonia.

Cuando me separo, sé que la única forma que tengo de soltar y seguir adelante es eliminar cualquier rastro que tenga de Gallagher. Miro el anillo y luego miro a Jimmy. Él asiente, comprendiendo mis palabras tácitas, y ambos sabemos lo que hay que hacer. Respiro hondo antes de ponerme de rodillas. La piedra está dura bajo mis rodillas y noto cómo el frío traspasa mis vaqueros. Pero ignoro la molestia, centrándome en la tarea que tengo entre manos. Con dedos temblorosos, cavo en la tierra, sintiendo cómo el polvo y el suelo ceden a mi contacto. Tardo unos minutos, pero al fin golpeo algo duro y sé que he encontrado el lugar donde debo enterrar el anillo.

Es un símbolo de mi libertad, pero también de un pasado que debo dejar atrás. Cierro los ojos, respiro hondo y dejo caer el anillo en el agujero. Lo cubro de tierra, dándole unos golpecitos suaves antes de levantarme. Jimmy está de pie a unos metros, observándome con expresión sombría.

——Ya está —digo suavemente, con la voz apenas superior a un susurro—. Ya estoy lista para seguir adelante. —Él asiente, comprensivo, y me coge de la mano. Nos alejamos de la piedra, dejando el anillo enterrado bajo ella. Siento como si me hubieran quitado un peso de encima y sé que por fin puedo empezar un nuevo capítulo en mi vida.

Regresamos y nos unimos a Jimmy en la mesa. Mientras estamos allí sentados, bebiendo Scotch y hablando de nuestros planes para el futuro, no puedo evitar sentirme agradecida por los dos hombres que tengo sentados al lado. Me han dado una sensación de seguridad y protección que nunca creí posible. Y mientras chocamos nuestros vasos, sé que juntos podremos enfrentarnos a cualquier cosa que se cruce en nuestro camino.

El sol empieza a ponerse, bañándonos con un resplandor cálido, y me reclino en mi silla, sintiéndome satisfecha. Ha sido un largo viaje, pero por fin he encontrado mi lugar en este mundo gracias a Jimmy y a Dominic. Y mientras contemplo las vistas, con los dos hombres a los que quiero a mi lado, sé que estoy exactamente donde debo estar.

Hace unos meses, nunca imaginé que me vería libre de aquel trauma. Creía que ningún consejero del mundo podría desatar los nudos de mi corazón. Desde que Dominic irrumpió en mi vida, siento que todo está del revés, pero en el buen sentido. Me siento más ligera, más feliz, más tranquila. Ahora puedo respirar y volver a soñar. Y eso es más de lo que nadie podría pedir.

25

DOMINIC

Estoy sentado en mi despacho, esperando. Este maldito esmoquin es incómodo de narices, pero hoy es el día de mi boda. Sin embargo, ni siquiera el día de mi boda se detiene el trabajo. Mi padre está cada vez más enfermo y me están pidiendo que asuma más responsabilidades, lo que significa que tengo que atar todos los cabos sueltos tras lo sucedido el mes pasado. Después del tiroteo en el muelle, recibimos mucha atención no deseada por parte de la policía, y dejé que Sven se encargara de todo. Ahora necesito saber si ha hecho bien su trabajo.

Entra en mi despacho con paso firme y se sienta frente a mi escritorio.

—Supongo que todo está solucionado, ¿verdad? —pregunto, confiando en que ha cumplido bien con su deber.

Sven asiente. —Sí, Dom. Los maderos ya no nos pisan los talones y el topo está muerto. Nos hemos asegurado de que su cuerpo no aparezca jamás.

Asiento, aliviado. —Bien. No puedo permitirme cabos sueltos el día de mi boda.

Sven se inclina hacia delante, estudiándome el rostro. —¿Cómo te sientes, Dom? ¿Con todo lo que ha pasado?

No puedo evitar soltar un hondo suspiro. —Sinceramente, ni yo mismo lo sé. Ha sido un torbellino. Trato de ir día a día. —Saber que mi madre por fin puede descansar en paz porque su agresor ha recibido su merecido es lo que he deseado durante décadas. Sven lo sabe; él lo deseaba tanto como yo.

Él asiente con comprensión, pero hay un brillo en sus ojos que sugiere que aún no ha terminado de hablar. —¿Y qué hay de Nanette? ¿Cómo te sientes respecto a ella?

Siento que un calor me recorre el cuerpo con solo mencionar su nombre. Nanette es como un tren de mercancías que no vi venir. Yo solo quería que el hombre que hirió a mi madre muriera, y por el camino encontré a la horma de mi zapato. Me muestro distante delante de Sven, pero por dentro no hay nada que me haga más feliz que casarme con Nanette y llenarle la tripa de bebés.

—Todo saldrá bien. —Los hombres de mi familia no nos ponemos sentimentales con nuestras mujeres, y yo ya casi soy el líder. Sven lo entiende y me da una palmada al ponerse en pie. Sin embargo, aún no he terminado con él, así que lo llamo por su nombre. —Sven.

Se detiene, metiéndose las manos en los bolsillos y esperando a escuchar lo que tengo que decir. —Dime, Dom.

—¿Qué pasa entre Allie y tú? Quiero decir, has estado perdiendo los papeles constantemente. Leo me ha contado cómo manejaste las cosas en aquel tiroteo del almacén. Un poco de contención nos habría ahorrado tener a los pasma encima. —Frunzo los labios, mirándolo con severidad. Sven se descontrola cuando las cosas no salen según sus planes, y este asunto con su pretendida amada le ha traído una buena dosis de atención no deseada últimamente.

—Ya sabes cómo es, Dom. Las mujeres... —Le quita importancia con un encogimiento de hombros, pero su respuesta no me convence.

Esa mujer no es una mala influencia para él; le vendría bien alguien como ella para recordarle que debe mantener la guardia alta y la cabeza baja, pero está siendo un temerario con el asunto del exnovio, y la gente empezará a fijarse si no le obligo a moderarse.

—Sven, no puedes ir por ahí de cualquier manera. Vas a hacer que empiecen a vigilarte, y si la gente equivocada pone los ojos en ti, no habrá nada que mi padre o yo podamos hacer al respecto, ¿lo entiendes? —Me levanto y me ajusto la corbata. Casi es hora de recorrer el pasillo y solo quiero terminar ya con esta reprimenda. Estoy seguro de que Sven también.

—Mira, Dom, lo tengo bajo control. Ahora que el topo ha pasado a mejor vida, estoy seguro de que las cosas con Allie se calmarán. ¿De acuerdo? —Me dedica una mirada poco convincente y sacude la cabeza antes de salir de la habitación.

Respiro hondo e intento sacudirme la tensión que la imprudencia de Sven me ha provocado. Hoy no puedo permitirme distracciones. Me dirijo hacia el jardín donde está a punto de celebrarse la ceremonia. El sol brilla con fuerza, bañándolo todo con un resplandor cálido. El jardín está decorado con gusto, con flores blancas y de un rosa empolvado bordeando el pasillo. Los invitados ya están sentados, esperando mi llegada.

El aroma de las flores es embriagador y lo inunda todo. Resulta incluso un poco excesivo. Me hace pensar en el verano, en la juventud y en la inocencia. Yo ya disto mucho de ser inocente, pero Nanette se merece esto después de todo lo que ha pasado.

Me sitúo al principio del pasillo y observo cómo avanzan las damas de honor, con sus vestidos en tonos pastel ondeando con elegancia tras ellas. Todas son hermosas, pero ninguna se compara con Nanette. Ella es la personificación de la elegancia con su vestido de satén blanco, y lleva el cabello peinado en suaves ondas que enmarcan su rostro a la perfección. Mientras camina hacia mí, no puedo evitar sentir orgullo. Ahora es mía y haré lo que sea para protegerla.

El sacerdote comienza la ceremonia y escucho con atención sus palabras. No soy un hombre religioso, pero hay algo reconfortante en el ritual y la tradición de una boda. Me hace sentir que todo está bien en el mundo, aunque solo sea por un momento.

Cuando llega el momento de los votos, Nanette se gira hacia mí con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. —Dominic —comienza con la voz apenas por encima de un susurro—, nunca pensé que encontraría a alguien que pudiera entenderme como tú lo haces. Me has enseñado lo que significa amar y ser amada, y prometo pasar el resto de mi vida demostrándote lo mismo.

Le cojo las manos entre las mías y siento cómo el calor me invade ante su contacto. —Nanette —digo con voz grave y firme—, nunca creí que encontraría a alguien que me hiciera querer ser un hombre mejor. Me has enseñado lo que significa ser generoso y preocuparse por alguien más que por cualquier otra cosa en el mundo. Prometo protegerte y amarte hasta el fin de los tiempos.

Mientras hablo, siento que me quito un peso de encima. La presencia de Nanette me ha dado un propósito que nunca creí posible. He pasado mi vida haciendo cosas de las que no me siento orgulloso, pero con ella a mi lado y el agresor de mi madre fuera del mapa, siento que por fin puedo empezar a hacer las cosas bien.

El sacerdote nos hace un gesto, indicando que es hora de intercambiar los anillos. Deslizo la alianza de diamantes en el dedo de Nanette y ella hace lo mismo conmigo. Es un gesto pequeño, pero se siente como una promesa inquebrantable entre los dos.

El resto de la ceremonia transcurre en un torbellino de felicidad y alegría. Nos besamos y los invitados vitorean mientras recorremos de vuelta el pasillo. No puedo creer la suerte que he tenido al encontrar a alguien como Nanette. Es todo lo que no sabía que necesitaba y haré cualquier cosa para asegurar su felicidad.

En cuanto beso a mi esposa, nos llevan al interior de la casa, donde Mika ha organizado el banquete y ha preparado una tarta. Jimmy

revolotea cerca de nosotros, siguiendo cada uno de mis pasos. Me costó convencer a mis hermanos para que lo aceptaran, pero ahora todo está en orden en mi mundo. Además, si casarme con Nanette implicaba integrarlo en la familia, entonces tomé la decisión correcta. Ahora, si él puede ayudar a mantener a raya a Sven con el lío de Allie, nos irá bien.

Si…

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition)

Dangerous Games (SPANISH Edition)

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos || Su San Valentín Pecaminoso

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa
